



Alma de Niña

ALMA DE NIÑA

OBRAS DEL MISMO AUTOR

NIÑOS.....	1 vol.
IRRESPONSABLE.....	1 vol.
ALMA DE NIÑA.....	1 vol.

EN PREPARACIÓN

Matucha

FOLLETINES DE LA TRIBUNA

ALMA DE NIÑA

POR

MANUEL T. PODESTÁ



BUENOS AIRES

IMPRENTA DE P. CONI É HIJOS

680 — CALLE PERÚ — 680

—
1892

ALMA DE NIÑA

I

¿Vendrá?...

Diez veces se había hecho esta misma pregunta y otras tantas la duda había mordido, con sus diente-cillos de ratón, el corazón de Adela.

Estará estudiando para el examen... Esta explicación producía una tregua, un momento de calma, pero de nuevo la pregunta, empujada por la zozobra y un tanto de ansiedad angustiosa, invadía el corazón de la enamorada; entonces, nerviosa y rápida, se encaminaba á la puerta de calle para espiar el momento de su llegada...

Miró á ambos lados de la estrecha calle; se empinó en el umbral, para distinguir mejor las personas que avanzaban á la distancia, y en un buen momento creyó encontrar semejanza entre aquél á quien esperaba y un joven que tenía su misma manera de andar... ¡ Es él!... exclamó, sin poder reprimir la impresión, pero pronto se convenció del error y una nube de tristeza rozó fugitiva su hermosa frente.

La tarde iba declinando: una tarde de verano, tibia, serena, llena de resplandor y de polvo de oro, esparcido en el ambiente.

Adela se había arrimado al quicio de la puerta y contemplaba desde allí con mirada vaga los varios matices del cielo, que formaban en el horizonte bandas caprichosas de iris, veladas por una gasa de puntitos brillantes, en la que parecían desmenuzarse los rayos del sol poniente.

Nunca había encontrado tan triste y aban-

donada la calle y, á medida que avanzaban las sombras, creía descubrir cosas nuevas y perspectivas nunca observadas. Algunas casas lejanas, que sobresalían de la línea, le parecían improvisadas en su sitio; la cúpula de la iglesia inmediata brillaba en un punto, como si hubiesen derramado azogue sobre los azulejos de que estaba cubierta.

En la cruz de hierro se habían dado cita las golondrinas, tijereteando con sus colas negras, en tanto que sus compañeras se lanzaban al espacio, describiendo curvas y círculos caprichosos, con las alas tendidas y las miradas fijas en los tejados, donde habían empezado á construir sus nidos.

Los pocos transeuntes que avanzaban, envueltos en los reflejos rojizos de los últimos rayos, proyectaban sombras de gigantes.

Una brisa suave, impregnada de olor á tierra mojada, acariciaba el semblante de Adela. Ella continuaba inmóvil, pensativa, mi-

rando fijamente el punto brillante de la cúpula, como fascinada, en tanto que por su imaginación cruzaban dudas amargas y resonaban en sus oídos, con eco extraño, los múltiples ruidos de la calle.

Ya no vendrá, dijo de pronto, como contestando á sus propias preguntas, y, haciendo un esfuerzo y arrojando una última mirada á todos los ámbitos de la calle, vió perderse también esa tarde una esperanza que había alimentado durante todo un día de conjeturas y zozobras...

En el patio, se detuvo; un pequeño patio alegre, circundado por paredes blanqueadas, tapizadas de enredaderas olorosas, limpio, inundado de luz durante todo el día y ostentando en el centro un pequeño jardín, formado de macetas que Adela cuidaba con esmero. Especialmente una planta de jazmines, cuyas flores estaban destinadas á Emilio, el estudiante que la había trastornado la cabeza.

Adela cuidaba la planta como á un niño mimado; todas las mañanas, apenas abría la puerta de su cuarto, dirigía una mirada á su jazmin, una especie de saludo á sus flores albas y fragantes; luego, se acercaba, aspiraba su perfume suave, mezclándolo con su aliento, y acariciaba sus hojas de verde sombrio, brillantes, lustrosas, acanaladas y húmedas por el rocío de la noche.

Examinaba con prolijidad el pequeño arbusto, para darse cuenta de sus progresos, y, cuando encontraba una nueva hoja, una pequeña rama, con sus hojitas de verde más claro, experimentaba una alegría inmensa, algo como el transporte de una madre que ve asomar un nuevo dientito de su pequeño hijo.

Crecía su planta como el cariño que sentía por Emilio.

En verano, cuando los rayos del sol hacían languidecer sus hojas y teñían de amarillo

los pétalos de las flores, Adela se apresuraba á formar un toldo para protegerla, pero, con tal esmero y con tanta coqueteria infantil, que el atavio de la planta la hacía sonreír. Era una verdadera toilette de todas las mañanas, que le valía no pocas burlas de sus amigas y especialmente de su tia vieja, al lado de la cual vivía.

En invierno, la paseaba por todo el patio, buscando el calor y la luz, como á uno de esos enfermitos pobres y tullidos, que son arrastrados en cajones con ruedas, buscando en el ambiente tibio un tónico para sus carnes macilentas.

La planta era hija de Adela; ella le había dado vida con su aliento, con su cariño, con la prolijidad esmerada de sus cuidados; tenía una historia, una historia como la de esas huérfanas que caen bajo el amparo de manos piadosas, que las crían, las educan y las convierten, de niñas pobres y de escala humilde,

en señoritas que pueden figurar entre las más distinguidas...

En los primeros tiempos de sus amores, Emilio le había llevado una tarde un hermoso jazmín, rescatado á vil precio del cesto de los vendedores ambulantes. Adela procuró hacerlo vivir todo el tiempo que pudo, teniendo su tallo sumergido en el agua y cubriéndolo después con una copa de vidrio. Cuando lo vió entristecerse, replegar sus pétalos amarillentos y marchitos, que fueron cayendo uno á uno, sintió ella también una mezcla de tristeza y desconsuelo; luego, una ráfaga de alegría repentina, al pensar que ese vástago diminuto podría germinar, echar raíces y convertirse en planta. Recogió cuidadosamente los restos de la flor que acababa de morir, los amortajó en un finísimo papel de seda y en la página predilecta de su devocionario fueron á descansar piadosamente, acariciados por el recuerdo y por los

besos que finjia dar á las estampas bendecidas.

Al tallo, todavía erguido y provisto de algunas hojas, le sumergió dentro de una botella con bastante agua, y á ésta, colgándola de un clavo, la puso fuera del alcance de las manos profanas de su vieja tia.

Era curioso observar cómo Adela espiaba los menores cambios que se operaban dentro de la botella. Poco á poco, se fué enturbando el líquido; al principio, tomó un color verde claro; luego, muy intenso; por último, apenas se distinguía al través del vidrio el pequeño vástago. Entre tanto, preparaba Adela una maceta de barro cocido con la minuciosidad de detalle con que se prepara el alojamiento de una novia: la mejor tierra, la más negra, elegida casi grano por grano, tamisada después con precaución, regada y removida por algunos dias, durante cuyo intervalo el pequeño vástago había empezado á

cubrirse de una pelusa fina, compacta, filamentosa, hasta que en un buen momento se convenció Adela de que el proceso de germinación estaba terminado.

Tomó la botella y, con la precaución con que la clueca rompe el cascarón para que el polluelo salga ileso, así rompió Adela el vidrio de aquélla. Con golpecitos suaves al principio, como para tantear la resistencia; con choques más fuertes después, sirviéndose primero del canto de un cuchillo, reemplazado en seguida por una lima vieja que halló á mano, rodeada la operación de todos los miramientos requeridos, se llevó á cabo con el más completo éxito, salvo una pequeña herida que se hizo Adela, en un descuido, en la yema del pulgar izquierdo, y que hubiera pasado desapercibida si una gota de sangre roja, brillante como un globulillo de vidrio, no se hubiese depositado sobre una de las maceradas hojas del vástago, levantan-

tando en el espíritu supersticioso de Adela una sombra de contrariedad.

Instalada ya en su alojamiento, protegida del viento y de las lluvias por un invernáculo improvisado, creció la planta como una criatura mimada, pasando al poco tiempo de la maceta á un recipiente más amplio, preparado esta vez por Adela y por Emilio, mientras sus cabezas, inclinadas sobre la planta, rozaban sus cabellos, y sus manos, hundidas en la tierra húmeda, enfangadas, negras, se buscaban para entrelazarse y comprimirse en contracciones nerviosas, como una promesa de no abandonarse jamás.

Cuando Adela descubrió el primer botón, tuvo arrebatos de alegría de niño que posee el juguete que más deseaba. Daba saltos y palmadas á su alrededor, llamaba á la viejita con voz emocionada, acariciaba la planta, abrazando sus ramas como hubiera abrazado la cabeza de Emilio, dando repetidos besos á

cada una de sus hojas, en tanto que decía: ¡Ah mi plantita querida... mi queridita... mi hijita... cuánto te he cuidado!... Y luego, pensativa: La primera flor es para él; sí, para él... no... no es para él... es para la virgen... Y con acento de ingenuidad y promesas de enamorada, corría hacia la puerta para ver si la casualidad hacía llegar á Emilio y podía comunicarle tan fausta nueva.

Una buena mañana despertó Adela con la seguridad de que su jazmín estaba en flor. Saltó de la cama precipitadamente, abrió los postigos de su habitación y miró hacia el patio. Aquello era una maravilla: una flor blanquísima, abierta como el seno de una virgen, se destacaba del fondo verde sombrío de las relucientes hojas; era gemela de la que le había traído Emilio; no, era su hija primogénita, la más bella, la más fragante, la que debía presentarle á la noche, como el símbolo de su cariño y de sus promesas.

Las flores que había producido esa planta marcaban una por una las horas de su felicidad, que se llevaba Emilio en el ojal de su levita, como una prueba de su constancia.

Crecía cada vez más frondosa y fecunda; hubo día en que se abrieron hasta diez flores á la vez, exhalando su perfumado aroma por todos los ámbitos del patio. Emilio y la virgen tenían su reparto por igual. Adela había constituido escrupulosamente esa sociedad y por ningún motivo hubiese permitido que otras personas poseyeran las flores de su planta predilecta. Cuando no había más que una, echaba á la suerte; si ganaba la virgen, Adela se quedaba mustia, tomaba con displicencia la flor y la colocaba en el vasito de cristal de su cómoda, dirigiendo á la imagen sagrada una mirada casi de reproche. ¡Cuánto hubiera deseado que la virgen hiciese un milagro; que le dijese: — Llévatela, entrégasela á él, yo estaré satisfecha, — pero su virgen no era

de las que hacían milagros por tan poca cosa y se quedaba con su carita rosada, fresca, de virgencita satisfecha, disfrutando del perfume de la flor.

En un día de gran lluvia y viento, la planta estuvo á punto de zozobrar, como otras de sus compañeras; en cada sacudida, en cada estremecimiento, cuando veía que las ráfagas pasaban furiosas entre sus ramas, echando al aire sus hojas, como un ladrón que abandona huyendo la presa robada; cuando la veía revolverse con desesperación, como si tuviese un ataque convulsivo, y quedar después chorreando agua, como un perro que sale del río y se sacude en la orilla, participaba ella también, detrás del vidrio, de las conmociones de su planta, y cuando al día siguiente la veía de nuevo, más bella, más reluciente, más fragante y con flores que se habían abierto durante la noche; más blancas, más frescas, más erguidas, prometía á la

virgen duplicar sus derechos en el contrato con tal de que salvase á esa hija adoptiva de sus cuidados y de su cariño...

En las tardes que habia esperado en vano á Emilio, las flores habian languidecido, se habian marchitado y aún algunas se habian desprendido, para caer al pie, secas, enjutas, amarillentas, como si una vejez prematura las hubiese arrancado enfermas y desfallecidas del tallo que les daba savia y vida.

Esa vez también Adela las cortó con tristeza: eran tres; la última, la que habia abierto en el dia anterior, tenia el color del marfil viejo, se habia inclinado ya hacia la tierra y empezaba su agonía de flor marchita.

¡ Ah, ya no vendrá!... No sé qué pensar... se dijo Adela con desaliento. Seis dias que no lo veo, que no me escribe... El corazón me anuncia algo muy triste... Y sin poder contenerse, con una emoción súbita, sintió un golpe de sangre en la cara, una impresión

dolorosa en las sienes y algo como un vapor caliente que invadiera su cerebro... Sobre la flor amarillenta cayó una lágrima que fué absorbida inmediatamente; la vió desaparecer como si aquella flor la sepultara en su cáliz para compartir su dolor... Adela miró fijamente la planta; trémula y desfallecida, evocó todos los detalles de su historia de planta huérfana, como ella la llamaba, y, recordando la mancha de sangre que dejara su dedo herido sobre una de las hojas, se estremeció y algo como un presentimiento le infundió terror; le parecía descubrir en cada una de las hojas, como brotando del verde sombrío, una gota de sangre rutilante.

Dominada por esta alucinación, abandonó el patio y fué á caer de rodillas ante la imagen de la virgencita risueña, que parecía contemplarla con el aire y el engreimiento de una aldeana ataviada con sus ropas domingueras.

II

Adela no era una belleza.

El poeta no habría sacado gran partido del corte de sus labios, ni del color del iris de sus ojos expresivos, ni de sus cejas bien arqueadas y tupidas.

Si alguien hubiese dedicado versos á su hermosura, lo habría echado á la broma y probablemente se hubiera dicho para sus adentros que el vate era un embustero. Ella se contentaba con ser simplemente una buena muchacha, crédula, religiosa, enamorada, sorprendida por una pasión en la edad en que el corazón domina la cabeza y en que la ig-

norancia es una virtud para la mujer que no aspira más que á la felicidad del hogar.

Se destacaban en su tipo físico los rasgos peculiares de una mujer simpática y podía verse al través de su pupila la superficie tersa de una alma candorosa. En su fisonomía, de líneas suaves y correctas, dominaba un aire de bondad y de distinción que imponía una respetuosa deferencia, á pesar de su modesta posición social.

Cuando se la oía hablar, se encontraba en el timbre de su voz una vibración tan especial, una armonía tan dulce en la inflexión del tono con que se expresaba, que desde ese instante se la observaba con curiosidad y se la escuchaba con placer. Si había un poco de animación en sus palabras, la expresión de sus ojos, antes tranquila y reposada, proyectaba fulgores extraños, que se irradiaban en su fisonomía para levantar en cada músculo, en cada línea, contracciones armóni-

cas, que transformaban repentinamente su rostro, dándole los atractivos de la belleza, como una concesión fugaz que hacía avivar más el deseo de contemplarla, como temerosos de perderla.

— Póngase linda, solía decirle Emilio cuando ella tenía su expresión habitual de seriedad y de bondadosa calma.

— ¿Cómo?

— Pero muy fácilmente: queriéndolo.

— Luego, yo no soy linda siempre, agregaba Adela sonriendo.

— Ya empieza á serlo; cuando sonrío, los labios toman otra expresión; no tienen el corte y la severidad de los labios fríos y descoloridos de una inglesa.

— ¿Y basta con que sonrío?

— En fin... ya es algo... y si á una sonrisa le agrega una mirada de esas que guarda para las grandes ocasiones, exclamaba Emilio riéndose, su fisonomía cambia de aspecto.

Adela ensayaba entonces con ingenuidad de niña las sonrisas y las miradas que tanto complacían á Emilio... y efectivamente, la transformación era inmediata.

— Así... así, repetía Emilio, batiendo las manos. ¡Qué linda está ahora!

Adela se sonrojaba, bajaba los párpados y devolvía á su semblante el tono de gravedad propia, añadiendo con tristeza: Sé que no soy linda, pero en cambio... Nueva ocasión para sonrojarse aun más, para levantar los párpados y dirigir á Emilio una de aquellas miradas intensas, escudriñadoras, desconfiadas, de esas que van en busca de otra igual que corresponda á la intensidad de la pasión que las provoca. Emilio comprendía toda la significación de estas miradas. Sabía muy bien que Adela, á pesar de todo su cariño, alimentaba en el fondo de su alma una duda amarga respecto del porvenir. El mismo, sin darse cuenta del por qué, tenía el presen-

timiento de que Adela sería desgraciada. ¿Por qué, solía preguntarse muchas noches, cuando se retiraba de su lado, he de abrigar dudas respecto de nuestra felicidad futura? ¿No la quiero acaso con intenso cariño? ¿No sería capaz de hacer cualquier sacrificio por ella? ¿No lo abandonaría todo por complacerla? ¿Y entonces por qué cruzan por mi espíritu esas ráfagas de desconfianza respecto de mí mismo? Pronto concluiré mi carrera, tendré una posición independiente, tal vez holgada, y podré corresponder mejor al cariño de Adela, cumpliendo mi promesa.

Adela, por su parte, quedábase pensativa, contrariada. ¿Acaso no he sido demasiado expansiva con Emilio, no he sabido interesarle con mi conversación, no he podido atraerle tanto cuanto deseara? Estas y otras preguntas se levantaban como sobras inquietantes en su espíritu. Pero yo no puedo hacer lo que hacen las demás; yo no puedo tu-

tearle, no puedo permitir que me tome las manos á cada instante, ni concederle que me bese como á un niño cuando se aproxima á mí emocionado y con la voz temblorosa.

Estas mismas reflexiones, esta defensa contra su propia debilidad, aumentaban aun, más su inquietud y la hacían pensar en que tal vez no era así como debía conducirse; en que Emilio acabaría por encontrarla demasiado fría, excesivamente reservada, y en que, al fin, concederle que la comprimiera las manos y la besara las mejillas en nada podría comprometerla. Mañana voy á tutearle apenas entre, exclamaba de pronto; voy á decirle todo lo que he pensado de él y de mí, los escrúpulos que he tenido... ¡Ah, si me engañara! Al fin es un estudiante, lleno de aspiraciones y de promesas; poco conoce el mundo y la sociedad... mañana tal vez encuentre otra mujer que le ofrezca mayores halagos, más brillantes atractivos, una po-

sición encumbrada... ¿y entonces?... ¡Ah, no es posible! exclamaba Adela con los ojos humedecidos; no podrá olvidarme, no, no querrá engañar á una pobre muchacha como yo... sería capaz de morirme si esto sucediera... VolvÍase en ese instante hacia su vieja tía, que dormitaba en su sillón; le daba un abrazo fuerte, cariñoso, besándola en la frente, á cuyas demostraciones correspondía la vieja señora con un: ¡Jesús, niña, te has vuelto loca... tienes unas cosas... si me has dado un susto!

— No te enojés, viejita, no te enojés; tanto, tanto te quiero y soy tan feliz, que necesito quererte más para que comprendas que no soy ingrata... ¡Si supieras lo que me ha dicho Emilio esta noche! Él también te quiere mucho. Cuando nos casemos, añadía Adela, riéndose con la ingenuidad que le era propia, tendremos una casa mejor. más grande, más linda, con balcones á la calle, para

sentarnos á tomar el fresco en el verano : sala, ante-sala, luego su cuarto de estudio, mi costurero, nuestro aposento... ¡Oh qué lindo será todo eso! Ríete, tía, ríete ; ¿por qué estás tan seria? ¿estas cosas no te halagan?... tu también tendrás tu salita, tu pieza bien amueblada, con estufa... porque tu sufres ya mucho los rigores del frio, ¿no es cierto mi viejita?... Y Adela volvía á abrazar á la anciana señora, que la miraba con cierta mezcla de curiosidad y de tristeza. ¿Pero qué tienes?... estás callada, tía, no me contestas, no participas de mi alegría?

— Sueños de niña... la felicidad no está en todo eso, replicó la viejita con tono sentencioso.

— La felicidad, la felicidad, exclamó Adela, como pronunciando una frase cuyo significado le fuera desconocido... la felicidad... ¿Acaso no soy feliz? ¿No soy feliz, tía? insistió la niña con tono melancólico.

— Pero, niña, ¿ te has vuelto loca ?...

— Si, tía, estoy loca, loca de alegría, de placer, de... yo no sé lo que me pasa... ¡ ah!... ves... ahora me da gana de llorar... qué tonta soy... si ya estoy llorando... exclamó Adela como enfadada consigo misma, mientras enjugaba dos lágrimas que se deslizaban por sus mejillas, sonrosadas por la excitación.

La viejita continuaba en su actitud reservada, dibujando apenas una sonrisa en sus labios descoloridos.

— Tía, ¿ tú no has estado enamorada nunca? exclamó de pronto Adela, como para leer en el fondo del corazón de la señora, que miraba con tanta frialdad la expansión de sus sentimientos.

— ¿ Yo?... ¡ Jamás ! niña.

— No te creo ; algún amorcillo habrás tenido allá en tus buenos tiempos... no te creo, repitió Adela, acariciando la cabeza de la

anciana, como si fuese un niño. ¿Nunca, nunca has tenido amores?

— Pero, Adela, esta noche estás insufrible con esas explosiones; ¿qué te pasa? ¿qué te ha dicho ese enamorado que tanto trastorna tu cabeza?

— ¿Qué me ha dicho?... pues me ha dicho que tu serás la madrina de casamiento, añadió Adela, riéndose de nuevo; y, sin dar tiempo á que su tía le contestara, se sentó al piano y lanzó al aire las notas más bellas de su repertorio.

III

La salita de Adela era un nido de chucherías: una salita azul, alegre, con dos ventanas que daban á la calle, cubiertas con cortinillas de tul blanco.

En medio de ellas, estaba el piano, sobre el cual había colocado una colección de pequeños objetos de arte, regalos de Emilio casi todos. Monaditas de poco valor, pero dispuestas con tanto gusto y adornadas con tanta gracia, que engañaban perfectamente la vista, desempeñando un papel superior á sus méritos.

Adela solía decir á veces con cierto en-

greimiento cómico y como para provocar las muecas desdeñosas de la vieja tía:

— Esos *bibelots* son la última moda.

— ¿Qué has dicho niña ?

— ¿Tía, V. no sabe lo que son *bibelots*? preguntaba Adela riéndose y pronunciando la palabra con un dejo parisiense.

La vieja señora hacía un gesto desdeñoso por las figuritas clasificadas en lengua extranjera y se abanicaba con aparente indiferencia, pero en el fondo atufada por la ignorancia que su sobrina ponía en relieve.

Adela corría á abrazarla con transportes efusivos, en tanto que le decía :

— No se enoje mi viejita... ya sé que no le gusta que llame las cosas con nombres extraños... ya no lo volveré á decir... en cambio diremos: figuritas, hombrecitos barrigones, floreritos de *terra cotta*... no, no, floreritos de... no, esto no, tía, *terra cotta* es muy fácil... tierra cocida.

— ¿Pero, niña, me crees tan ignorante?

— No, no... tía, si ya sé que V. no es ignorante.

— No creas, Adela, no creas; estás en un error, con tus *bibelotes* y con tus *terras cotta*s y... ¿qué más?... te digo que estás en un error... esos mamarrachos de vidrio, de barro cocido, esas figuritas, algunas hasta indecentes, como esa que representa á una francesita loca en traje de baño, no se permitian en mi tiempo, no. En cambio, señorita, sepa V. que en nuestra sala había buenos jarrones de la India, lindos floreros de porcelana con paisajes primorosos, hermosísimas, muy hermosísimas urnas de cristal, cubriendo flores artificiales que hoy ya no se ven, pájaros embalsamados de colores preciosos... ! Vaya unos gustos los de hoy !... *bibelotes*, *bibelotes*... ¡ indecencias !... Vamos, niña, no seas majadera, agregó la anciana señora, haciendo un movimiento de impa-

ciencia y cambiando de postura en el sillón en que estaba arrellenada.

Adela reía estrepitosamente y, para calmar el despecho de la viejita, tomó la *baigneuse* que estaba colocada sobre el piano, la acarició como á un gatito y luego, poniéndola de frente, ante los ojos de su enfadada tia, exclamó:

—¿Pero dime si esta *baigneuse*... no, he dicho mal... si esta *madamita*, con su cuerpecito arqueado y sus formas tan esbeltas, no es un modelo de gracia y de belleza?

— ¡Sal de aquí con esa desvergonzada !... mucho me extraña, debo decirtelo muy seriamente, que ese despreocupado de Emilio te haga semejantes regalos y que tu... en fin, déjame en paz con tus... ¿cómo has dicho?

— *Bibelots*, tia...

— Bueno, bueno, lo que sea... basta ya de *bibelots*.

— ¿Pero si son obras de arte, tia?

— ¡Obras de arte!... mostrar lo que las buenas costumbres mandan que se oculte... ¡Jesús, niña, de veras que te desconozco!... Adela cambió de actitud, comprendiendo que su tia podia irritarse; colocó con precaución la figurita en el sitio que tenía destinado y, acercándose lentamente á la viejita, la miró con dulzura, con expresión tierna, tendiéndole la máno, y le dijo:

— Bueno, mamita, hagamos las paces; ya no te haré estas travesuras... si era todo de broma!

Sonrió la viejita, viendo que Adela parecía haber tomado á lo serio el reproche, y como si nada hubiese pasado le preguntó de improviso:

— ¿Quién predica en San Telmo esta noche?

— ¿Para la función de San José?

— ¡Dios mio, Adela, ya no sabes ni el dia

de los santos! Si para la fiesta de San José faltan dos meses!... ¡Qué vergüenza! exclamó la viejita, comprimiéndose las sienes con las palmas extendidas... Si yo te digo la verdad... tu cabeza anda mal; es claro, es claro...

Adela se ruborizó un tanto... Era cierto, se había olvidado un poco de los santos y hubiera levantado un conflicto en su conciencia el reproche de la anciana si en su partida de oraciones no hubiese tenido un gran déficit en favor de la virgen, de su virgen protectora, — déficit egoísta, como el de todos aquéllos que hacen ofrendas al cielo para recabar beneficios en la tierra.

La viejita se quedó mirándola con sorna, como diciendo: ¿ves? con esta me pagas la de los *bibelots*, pero, al mismo tiempo, no quería prolongar la tortura de Adela, de manera que cambió rápidamente el giro de sus pensamientos y afectando un interés mezclado de cariño le preguntó:

—¿Cuándo se recibe de doctor Emilio?

Adela se estremeció involuntariamente, sin saber por qué; le sonaba mal oír que á Emilio le llamasen doctor. Para su felicidad, para su completa felicidad, le hubiera bastado que Emilio fuera así sencillamente, Emilio, sin títulos y sin ruido. Un vago presentimiento nublaba su felicidad; le parecía que el título la distanciaba de su cariño, abriendo una brecha en su vanidad, y que ella, modesta, buena, cariñosa y apasionada, no llenaría las aspiraciones de su novio una vez que fuese todo un doctor de campanillas.

Eran quimeras de su imaginación, que desvanecía prontamente la viejita, á la cual confiaba, como á una amiga cariñosa, todas sus intimidades, todas sus zozobras, todos sus anhelos.

Largas horas pasaba en la salita azul, sentada al lado de la tía, complaciente y buena,

procurando que la conversación girase al redor del tema predilecto: el cariño inmenso que tenía por Emilio, la pasión que ella había sabido inspirarle, á punto de que todos los momentos de que podía disponer eran para ella, para ella sola, que absorbía completamente el tiempo del joven enamorado, sin perjuicio muchas veces de descuidar sus tareas de estudiante.

Escuchábala la viejecita, vestida de negro, con su carita de mujer inteligente y desengañada de la vida, mirándola á veces de hito en hito, por encima de la armadura metálica de sus anteojos, alarmada por la vehemencia con que se expresaba Adela respecto de su felicidad.

Con las manos puestas sobre las faldas, dos manos pequeñas, largas, enjutas, mostrando los nudos salientes de las articulaciones de las falanjes, cubiertas por una piel reluciente, formando pequeños pliegues salpicados de

manchitas oscuras como lentejas; dos manos frías, un tanto temblorosas, y que se agitaban con movimientos rápidos cuando la viejita quería dar más acción á la actitud que asumía para disminuir los entusiasmos de la niña.

—Cómo me gusta verte así, exclamaba entonces Adela, levantándose del sillón antiguo, de respaldo cóncavo, tapizado de damasco, encuadrado en un marco de jacarandá, — el gran lujo de la sala. Así me agrada verte, mamita, un poco enojada, y, riéndose del enfado de la señora, acababa de dirigirle una de esas preguntas á boca de jarro que tanto la exasperaban.

— Ah! eres una atolondrada, déjame de tus amoríos y de tus perspectivas para el porvenir!

— ¡Pero mamita!...

— ¡Pero Adela!... Siéntate y conversa con seriedad, háblame cuanto quieras de

Emilio, de ti, de sus promesas, de su inteligencia...

— Es un talento, exclamó Adela interrumpiéndola.

— Ves, niña, vuelves á las exageraciones; está bien, será un talento, pero un talento que se está formando y que tiene mucho que andar y que hacer para que se lo crea así. ¡ Ah, para los enamorados todos es superlativo! Mañana dirás que es un Adonis, agregó la viejita en tono de burla.

— ¡ Y lo es ! replicó Adela.

— Te compadezco, Adela; eres una niña ingenua, que todo lo ves color de rosa, que tomas la hebras doradas que penetran por las rendijas en dia de sol para anudar con ellas todas las promesas de Emilio... ¿ Ves cuán frágil es una de esas hebras?... Pues así son frágiles los vinculos de los enamorados.

— No, no, mamita, no hables así; no quie-

ro, no quiero, exclamó Adela, juntando las manos en actitud de súplica... ¡Ah pesimista, agregó en tono de reproche, es que tu jamás has estado enamorada!

— ¡Yo! exclamó la viejita, abriendo los ojos con azoramiento y levantándose con rapidez del sillón.

Al verla así, Adela se sobresaltó; miró fijamente á su tía y creyendo haberla ofendido en su exaltación se precipitó sobre ella y la abrazó de nuevo, diciéndole al mismo tiempo: perdóname mamita, perdóname, soy una perversa; ¡ah! no creía ofenderte.

La viejita había vuelto al sillón como una inconsciente; miraba á su sobrina sin proferir una palabra; había recibido sus caricias y sus protestas sin atinar á corresponderlas; se sentía oprimida, como si una mano fría le estrujara el corazón.

— No es nada, no es nada, hija mía, se apresuró á decir después de un intervalo de

silencio; he sentido aquí dentro algo como un hielo, agregó la viejita señalando la región del corazón, pero ya ha pasado, ya ha pasado...

El hecho es que Adela se quedó pensativa y preocupada, viendo la actitud de su tía, y que, sin darse cuenta ella misma de la causa, permaneció también callada, sentada en un sillón frente al de la anciana.

Así estuvieron las dos un largo rato, entregada cada una á sus pensamientos íntimos; la viejita anudando en su memoria los acontecimientos de su juventud, reproducidos en Adela con los mismos entusiasmos, los mismos arranques, los mismos ensueños de felicidad, borrados por el tiempo, por los desengaños, por las amarguras de una existencia contrariada, vencida al fin por los años, como una planta desgajada y ya sin tierra donde adherir sus raíces.

El destino había sido cruel para con ella:

sus amores se habian derrumbado en plena juventud y habia tenido que caminar sobre ruinas cuando sentia aun dentro de si toda la savia para alimentar una pasión. Habia tenido fe, esperando resignada que el ideal se presentara de nuevo con formas seductoras, pero ya su sensibilidad se habia transformado y las ilusiones, que antes daban impulso á sus sentimientos, encontraban ahora resistencias incomprensibles, puesto que ella misma se preguntaba alarmada: ¿por qué soy indiferente á estos halagos que antes tenian para mi tanto atractivo?

Era que el desengaño le habia arrebatado á esa edad gemela de la juventud, la primera, la más ardiente, la que se vive en un dia y se desvanece en un soplo; se habia encontrado, al día siguiente de una noche de insomnio y de lágrimas, con el espíritu sereno y resignado de una persona que ha sufrido una gran desgracia y que se prepara á luchar

con las adversidades del porvenir. Estos recuerdos se agolpaban á la imaginación de la anciana y le traían, como retoños de vida, su propia imagen de otros tiempos: bella, alegre, elegante, festejada y después... después la senda escabrosa de la mujer sola, sin familia y sin más afección que Adela, que había criado desde muy niña, á quien idolatraba y por la cual sentía una ternura infinita, un verdadero cariño de madre. Ella sólo pedía á Dios que la hiciese vivir hasta el momento en que pudiese ver realizados los anhelos de la niña, contemplarla feliz, unida al hombre de su predilección y en seguida... no quería nada más... su salita azul, para pasar largas horas leyendo su libro de oraciones. La felicidad de Adela era la suya propia, que venía después de tantos años á marcarle el final de la jornada. Y ella, la pretendía doble; la suya, la que le pertenecía, á la que creía tener derecho como criatura buena, y la de su querida

niña, que tanto la merecía y que tanto había hecho para conquistarla.

Levantaba desde lo más íntimo de su ternura de madre adoptiva un sentimiento delicadísimo, que hubiera podido traslucirse en la expresión con que contemplaba á Adela y estaba á punto de derramar lágrimas cuando la interrupción brusca de su sobrina la desvió de sus pensamientos.

— ¿Qué estás meditando, mamita?

— Estaba rezando, exclamó la viejita sin atinar á otra contestación.

— ¿Rezando?

— Sí... las viejas rezamos calladas... ¿tu no lo sabías?

Adela se sonrió y contempló á su vez á la anciana, diciendo para sus adentros: ¿cómo habrá sido la juventud de esta viejita? ¡no ha amado nunca!

IV

Era una mañana espléndida.

Adela había abierto de par en par las ventanas y la salita se había inundado de luz; de esa luz que penetra á la casa casi con ruido; que parece llevar ondas de alegría y de vida, para trasmitirlas á las personas y á los objetos que encuentra; que corre, se esparce, se quiebra, penetra por las rendijas y recorre todos los rincones, como un amigo alborozado que vuelve de viaje; que estrecha la mano á uno, va en busca de otro para abrazarlo, acaricia los niños, lo escudriña todo y se siente feliz al encontrar rostros

sonrientes y manos cariñosas que lo estrechan.

Adela participaba de esas impresiones; le pareció que esa mañana, tan linda, tan radiante, que la había envuelto de improviso en un manto de luz, era para ella y había esperado con la emoción tierna del amigo que se abrieran las ventanas para arrojarse de golpe dentro de la casa y animar con sus matices todos los objetos.

La salita estaba como engalanada: brillaban los muebles como si fueran nuevos. El damasco de los dos grandes sillones y del sofá, que ocupaban uno de los costados, exhibía los arabescos de sus flores de seda; los pequeños prismas de cristal que colgaban de la araña del centro, se trasmitían los colores del iris, que se quebraban en sus facetas, pareciendo que tuviesen movimientos de regocijo y que se chocaran con sus aristas, como si los rayos de luz que filtraban por

ellas quisieran entrelazarse para reproducirse con más brillo en el espejo que estaba encima del sofá.

Los mismos retratos antiguos que adornaban sus paredes, estaban animados, de mejor color, casi con vida; en el de una viejita, que daba frente á las ventanas, resaltaba el colorete de las mejillas, como si estuviese abochornada por la exhibición matinal á que la exponía Adela.

Estaba realmente muy linda la salita azul, adornada con pequeñas consolas, cargadas de jarrones, de estatuitas, de bomboneras, que Adela conservaba con religioso cuidado; algunas de ellas, con llavecitas doradas, de las cuales pendía una tarjeta con un ojal atravesado por una cinta de raso blanco: las decicatorias más tiernas de Emilio, — fechas, recuerdos, palabras, — que Adela guardaba en la memoria, como el recuerdo de sus horas más felices.

Algunas sillitas doradas que ella misma había tapizado, procurando reproducir en los dibujos sus flores predilectas ; pilas de papeles de música sobre el taburete del piano y sobre las sillas ; en el atril, el album que le había regalado Emilio, con sus iniciales formadas por dos letras doradas, entrelazadas por una quimera con grandes ojos, formados por el relieve que hacia el marroqui punzó ; media docena de fotografías de Emilio, en todas las posturas, encuadradas en marquitos de felpa que Adela había confeccionado, adornándolas con flores de relieve y figuritas de mujeres japonesas con sus ojitos de raton y las cejas arqueadas en abanico ; todo ese conjunto, modesto pero alegre, bien dispuesto, presentado al primer golpe de vista como una persona de distinción que recibe en traje de mañana, viviendo de los cuidados de Adela, como los objetos de un museo, y luego ella misma, que lo animaba todo

con su presencia, con su graciosa ingenuidad !

Todas las mañanas hacía la misma operación : abría las ventanas de par en par ; daba vuelta con un movimiento rápido las varillas de las persianas, hasta ponerlas horizontales; tiraba despues de la cuerquita que las sujetaba, haciéndolas correr rápidamente y produciendo un ruido especial que sobresaltaba á no pocos transeuntes de los que pasaban distraídos; y, por último, un gran tirón de la cuerda y las varillas verdes subían unas en pos de otras, como acróbatas, hasta quedar plegadas en lo alto como las hojas de un libro.

Algunas veces, la viejita solía correr alarmada hácia la sala, exclamando :

— Pero, niña, qué dirá la gente!... creerán que lo haces por travesura !... ¿ no te das cuenta del ruido que produces con tus persianas?... en el barrio ya te conocen por la

alborotadora matinal... acabarán por burlarse de ti... ¿ y qué dirán esas niñas de enfrente ?

— Esas niñas de enfrente no oyen... no ve que son sordas, tia, replicó Adela rápidamente, mientras hacia girar su cuerpo hacia el lado donde estaba la viejita.

Adela sostenía con esfuerzo la cuerda de las persianas y tenía los brazos levantados y rígidos; se habia escurrido la tela finisima de la manga hasta el codo; su cuerpo flexible se arqueaba en una curva esbelta, levantando su seno á la altura de la barba; de pronto, hizo girar su cabeza hacia el hombro izquierdo y, cuando notó que la viejita estaba más distraída, soltó de golpe la cuerda. Aquello fué un derrumbe estrepitoso de varillas, como si todas las ataduras de la persiana se hubiesen desgarrado. La viejita dió un salto hacia atrás, atemorizada, á tiempo que gritaba:

— ¡ Adela !... Dios mío, esta muchacha está de enchalecarla !

— Esto es para las sordas, exclamó Adela, riéndose á carcajadas y arrojándose de espaldas sobre el sofá.

— No hay remedio... estás loca... loquísima, exclamó la viejita y se retiró rápidamente de la sala.

En ese instante, Emilio, que acababa de entrar sin hacer ruido, apareció en el dintel de la puerta que daba al patio.

Adela no había notado su presencia y continuaba riéndose del susto de su tía... Es una maldad, es una maldad... realmente, estoy loca... y al decir esto vió á Emilio, que la contemplaba con la sonrisa en los labios, en tanto que se sacaba el sombrero para saludarla.

— ¡ Emilio ! exclamó, cubriendo rápidamente la desnudez de sus brazos y ocultando su cara casi en las faldas para dejar al descu-

bierto la nuca poblada de finisimas hebras de cabello en desorden.

— ¡ Ah ! te he pillado, te he pillado... ¿ En qué travesurás andas tan de mañana?... Quien la ve, quien la ve á la señorita Adela, tan seria, tan reservada, y que, cuando cree estar sola, alborota todo el barrio con sus ruidos... ¡ Qué gracioso ! Y al decir esto Emilio se adelantó para tomarle las manos.

Adela habia descubierto su semblante, en el cual se destacaban dos chapas de rubor ; la expresión de su mirada tenia el azoramiento que se observa en los niños cuando se les sorprende tomando una golosina que les está prohibida ; no sabia qué contestar á las palabras de Emilio y se limitó á decirle :

— ¿ Tú no has oído, no ?

— ¿ Qué ?

— El ruido de la persiana.

— ¡ Ah !... ¿ Eras tú ?

— Si, yo que... se me cayó la cuerda de

las manos... pesan tanto las varillas, y dicho ésto sintió que dos nuevas chapas de rubor invadían sus mejillas.

— ¡Qué dirán en el barrio! exclamó Emilio, tomando una actitud cómica; una niña como tú entretenida en jugar con la persiana...

— Ah, no seas malo, tu también quieres torturarme... No, no seas malo, y levantándose bruscamente, cerró las manos de Emilio entre las suyas... ¡Tu también eres como mamita...

Esta vez era Emilio el que se reía con estrépito, viendo la candorosa zozobra de Adela.

— ¿Y?

— ¡Ah, los jazmines! Hay cinco hermosísimos. Ya verás, exclamó Adela y salió precipitadamente de la sala.

— Pobrecita, dijo Emilio para sí, apenas hubo salido. ¡Es tan buena!

Tenia entonces Emilio veinte y cuatro años; iba á terminar su carrera de médico y se preparaba á la lucha con un caudal bien nutrido de conocimientos y una sed de fortuna y de renombre que no conseguía aplacar ni con sus triunfos universitarios, ni con las manifestaciones continuas de Adela de que era un talento y de que figuraría el primero entre sus colegas.

Surgir de golpe, llamando la atención al día siguiente de haberse recibido, era su ideal, su fantasía continua.

Su carácter no le permitía detenerse á medir seriamente los inconvenientes de una carrera tan erizada de contrariedades. Con esas consideraciones iría muy despacio y acabaría por hacerse pesimista.

Su imaginación y sus cálculos le planteaban el problema de otra manera, halagando su vanidad y su deseo de figurar en primera línea.

Estoy harto de la vida de estudiante, exclamaba á veces en el silencio de su habitación. Esta pobreza que me rodea ya me abrumba ; no le encuentro el lado poético tan cantado en todos los tonos. Vivir como un hongo en un cuartucho triste, húmedo, en el segundo patio de una casa cualquiera de poco precio ; de ella al hospital, á presenciar miserias, á tocar inmundicias, á compadecer dolores... ¡ Bah ! siempre la misma cosa, la misma visita, el mismo médico, los mismos enfermos, las mismas religiosas, que se mueven como máquinas, espiando las almas para encaminarlas al cielo... Al fin seré médico, exclamaba después, y ya verán cómo sabré sacar partido de esta profesión, que ha dado ya su más estrecho abrazo al curanderismo... ¡ Oh ! yo también tendré mis sonrisas preparadas para lisonjear á los clientes, mis preguntas de ocasión para atraerme á las viejas y unas miradas, agregaba entonándose,

para seducir á las niñas!... Así exclamaba tomando aires de personaje y se paseaba gravemente por su habitación.

Si, ahí está el secreto. ¿Acaso los clientes tienen noticia de si yo poseo poca ó mucha ciencia?... Esto lo dirán los diarios, el noticiero amigo, elogiando mi conducta caritativa y mi acierto asombroso para... resucitar muertos, agregó riéndose.

¡Oh! ellos me verán proceder con tino, naturalmente, con paciencia, con una buena voluntad infatigable; luego, dos ó tres sentencias bien estudiadas para los casos ocurientes... y adelante...

Entrar á la sociedad por las puertas doradas, abiertas de par en par, y aquí me tienes, como quien dice en la mitad del camino de la celebridad, murmuraba restregándose las manos; tomaba en seguida su sombrero y se salía á la calle, á evaporar el humo de ambición y de positivismo que se había acumulado

en su cerebro como en una caldera de vapor.

No le faltaba audacia para hacerlo; los rasgos de su fisonomía, perfectamente acentuados, revelaban desde el primer momento á un individuo que iría lejos y que sabría elegir sin mucho escrúpulo y sin vacilar los medios de alcanzar sus propósitos.

Alto, musculoso, flexible y amanerado en sus movimientos, correcto y fingido en su lenguaje, calmoso para decir y paciente para escuchar, mezcla de reserva y engreimiento, disimulados por una sonrisa amable que corría de una comisura á otra de sus labios, sombreados por un bigote negro, fino, reluciente; grandes ojos vivos, de expresión intensa, falsos y desconfiados cuando no estaba seguro del terreno en que pisaba.

Linda cabeza, con su frente ancha, despejada hacia las sienas.

Había concluido su carrera; sólo le faltaba el examen de tesis, examen que le preocupa-

ba más que ningún otro, pues cifraba el comienzo de sus triunfos en una tesis que levantara su nombre por la novedad del tema y por el aplauso que mereciera.

Esa mañana había estado cavilando precisamente sobre este punto y, como todos los que pasó en revista no le satisficieron, creyó conveniente tomarse una tregua y más temprano que de costumbre se encaminó á la casa de Adela.

Preocupado todavía con este t3pico, se arrellon3 en un sill3n, cabalgando la pierna derecha sobre la izquierda; hab3a inclinado su cabeza hacia atr3s y, mientras aspiraba el humo de un cigarrillo, contemplaba al trav3s de las rendijas que dejaban las varillas de las persianas la casa que estaba en la acera opuesta y frente á frente á la de Adela.

Una casa baja, de construcci3n rutinera, pero lujosa. Desde la puerta de calle se ve3a la serie de patios y el peque3o jard3n del fon-

do; á la derecha, estaban las habitaciones en hilera simétrica.

Emilio soñaba con una casa con puerta cochera; una casa suya, que él pudiese recorrer de largo á largo, cerrando las puertas con estrépito, dando órdenes en voz alta ó imperiosa.

¡Ah! cuándo tendré yo una casa así, decía entre dientes y cerrando los ojos con languidez. Entregado estaba á estos sueños de positivismo y de grandeza, cuando se sintió inundado por una onda de perfume suavísimo; hizo una aspiración profunda, é inclinando más la cabeza hacia atrás, abrió los ojos para contemplar á Adela, que de pie detrás del respaldo del sillón había acercado á su semblante el ramo de jazmines; sonreía y en sus ojos de niña enamorada relampagueaba todo un poema de afectos tiernos y de esperanzas prometidas.

Emilio la vió así, le pareció realmente bo-

lla y en un arranque de pasión hizo un movimiento brusco, arqueando su cuerpo en el sillón, y, antes de que ella tuviese tiempo de retirar sus manos, ya estaban comprimidas por las de Emilio, que había extendido rápidamente sus brazos por encima del respaldo.

Adela tuvo que ceder é inclinar su cuerpo hacia adelante, hasta tocar casi la frente de Emilio, que la atraía suavemente, en tanto que comprimía siempre más sus manos con contracciones nerviosas.

—Déjame, dijo Adela con voz débil y emocionada; déjame, me haces daño, Emilio, y ya rozaba con su frente la del joven, que la contemplaba con una mirada que Adela no pudo resistir.

—¿Me quieres? dijo Emilio con voz temblorosa. Mirame. ¿Tienes miedo de mi, Adela?

—No... suéltame... me haces sufrir...

—Acércate, Adela, acércate, decía Emilio, sintiendo el roce caliente del aliento de

Adela, mezclado al perfume de los jazmines que lo embriagaban.

—¡Emilio!— contestó la niña con voz apenas perceptible y entrecortada por una inspiración profunda que hizo levantar la curva de su seno — ¡suéltame!

Emilio se incorporó todavía en el sillón y dejándole libres las manos pasó las suyas rápidamente por su cabeza, atrayéndola aún más hacia sí; sus rostros se unieron confundándose, y los labios de Adela, enrojecidos y secos, como los de los niños con fiebre, se encontraron con los de Emilio; aquéllo no fué un beso, fué una vibración intensa, profunda, sostenida, como un deseo insaciable.

Adela se sintió desfallecer; no podía resistir á la conmoción voluptuosa que agitaba todo su cuerpo; temblaba como si la hubiera invadido un escalofrío; su cabeza se perdía en vértigós de apasionada languidez; toda la sangre corría hacia su cerebro, como un va-

por caliente; palpitábale el corazón con violencia, — palpitaciones que sentia resonar en sus oídos como un eco amigo, — como si desde el fondo del pecho le dijera: aquí estoy, no tiembles. Emilio no podiasoltarla; sus manos se habían hundido en los cabellos de Adela, acariciándolos con sus dedos temblorosos.

— Suéltame, suéltame Emilio, decía Adela, desfallecida cada vez más... Después se calló... Recibía las caricias de Emilio y aspiraba su aliento acre que casi la quemaba... Cerró los ojos y se olvidó de todo. Una sensación de aniquilamiento, de dulce postración, la hizo abandonarse con todo su cuerpo sobre la frente del joven... Cesaron para ella los ruidos de la calle, el temor de verse comprometida por una mirada imprudente, el miedo de que su tía pudiera entrar, todo había desaparecido... Emilio continuaba acariciándola con más calor y repetiale con más vehemencia:

—¿Me quieres, Adela, me quieres? En uno de esos instantes Adela ya no pudo resistir...

—Te quiero, sí; y rodeando á su vez con sus manos finas y nerviosas la cara de Emilio, la comprimía contra la suya mientras que, frenética, apasionada, casi fuera de sí, le repetía:

¿Y tú?... ¿y tú?... ¿no me abandonarás nunca?... ¡nunca!... ¡ah! tengo miedo... tengo miedo, Emilio, agregaba con acento cada vez más emocionado. ¡Oh, preferiría morir-me!

—¡Nunca, nunca, Adela! exclamó Emilio con acento entrecortado y abandonando su linda cabeza se puso de pie en frente de ella; sus brazos se abrieron para recibirla; trémula y convulsa se dejó caer sobre su pecho, entrelazándole los brazos al cuello, en tanto que él, comprimiendo su talle flexible con la diestra, aparta de su frente las hebras de sus cabellos en desorden para imprimirle sus be-

sos más ardientes. ¡Nunca, Adela, no tiembles, mírame, mírame, no soy capaz de engañarte!

Adela levantó los ojos y pudo leer en la expresión de los de Emilio la confirmación de sus promesas; ocultó entonces su cara contra el pecho de Emilio y sin poder dominarse rompió á llorar con sollozos entrecortados... ¡Nunca!... ¡nunca!... exclamaba interrumpiendo el llanto... ¡oh sí, seremos felices!

Los jazmines deshojados se hallaban esparcidos por el suelo, difundiendo su perfume suave; penetraba por las rendijas de las persianas un vaho tibio; habían cesado por un momento los ruidos de la calle; sólo se oían los rumores lejanos y confusos, el repique de una campana que llamaba á la misa y las notas bien acompañadas de un piano.

—Con qué gusto tocan, dijo Emilio, poniendo el oído atento. ¿Son las niñas de en-

frente, no?... Mis simpatías, agregó sonriendo irónicamente.

—¡Pobrecitas!

—¿Por qué?

—Son tan feas.

—¡Ah, pero muy ricas!

V

Eran efectivamente muy ricas las vecinas que tocaban el piano y Emilio lo había dicho en un tono tal que sin saber por qué Adela se había sentido humillada.

Esa misma mañana, después que él se hubo retirado, Adela se quedó largo rato pensativa, repitiendo mentalmente la frase: ¡muy ricas! En cambio, Emilio sabía muy bien que su única riqueza consistía en la módica pensión que el gobierno pasaba á la viejita; muerta ésta, no le quedaria recurso alguno con qué atender á su subsistencia.

Jamás se habia preocupado de estas cosas;

la materialidad de la vida, no entraba en sus cálculos ni perturbaba sus sueños de felicidad.

Ella no aspiraba mucho: continuar viviendo al lado de su viejita y que Emilio concluyese su carrera para unirse á él y consagrar así su existencia á cuidar á la anciana, que la había amparado como una madre cariñosa, y á Emilio, en quien tenía una fe profunda y un cariño que la hubiera llevado á cualquier acto de abnegación y de sacrificio.

¿Para qué quería entonces riqueza? ¿Era indispensable tener mucho dinero para realizar aspiraciones tan modestas? Eso vendría después. Cuando Emilio se recibiese de médico tendría una clientela numerosa, que le daría para llevar una vida más holgada y con más exterioridad. Emilio tiene mucho talento, será un médico distinguido, decía Adela para sí, y le sobrarán las oportunidades para hacer fortuna. Pero estas reflexio-

nes, que entraban por primera vez en el mundo de sus sueños, como pequeñas manchas que se iban agrandando cada vez más, habían concluido por llevar á su espíritu un poco de zozobra.

Sintió como una dolorosa impresión de terror al pensar en que pudiese morir la viejita antes de que ella estuviera unida á Emilio.

Pero aquello no era posible; ella, tan fuerte, tan andariega, jamás se había quejado de enfermedad alguna; sus antepasados habían muerto todos octogenarios — y era presumible que ella no haría excepción á la regla. Sin embargo, Adela se propuso, desde ese momento, dedicarse con más empeño al cuidado de la señora; insensiblemente, sin contrariarla, sin dárselo á sospechar, la obligaría á que cambiase de método de vida; aquello de ir á la primera misa en las mañanas de invierno frías y lluviosas, no le sería ya permitido.

¿Cómo no había notado antes estos desarreglos, que podrían tener consecuencias tan funestas? ¡Cuántas veces la viejita, ya de regreso de sus ejercicios religiosos, había penetrado en el dormitorio de Adela para despertarla, poniendo sobre su frente la yema de sus dedos frios y rígidos como palitos, en tanto que la ofrecía un vaso de leche espumosa y humeante! He sido una aturdida y una ingrata, se dijo para sí Adela, y de hoy en adelante he de esforzarme por cambiar los papeles; soy yo la que debo ir al dormitorio de mamita, á sorprenderla en el sueño, á despertarla cariñosamente, con un beso en la frente, y á ofrecerla el vaso de leche tibia y espumosa.

Desde mañana, se dijo, pongo en práctica este deber, que he descuidado hasta ahora.

Pobrecita!... de noche, cuando la lluvia de invierno azota los vidrios y el viento gime por entre las rendijas como un perro que

ahulla y los truenos parece que nos tiran con furia un pedazo de cielo sobre el techo, ella se levanta, temblorosa, friolenta, para acercarse á mi cama á inspirarme corage.

Adela recordó que durante esas noches, la viejita había pasado horas enteras al lado de su cama rezando, teniendo en sus manos una palma bendita, en tanto que ella, asustada como un niño, se envolvía la cabeza con las sábanas y se tapaba los oídos para no oír el estrépito de la tormenta.

¡Cuántos años hacia que la anciana continuaba prodigando á Adela todos estos cuidados, todas estas atenciones delicadas, todas estas exageraciones de cariño! ¡Ah! ella se había acostumbrado mal, había crecido engreída y mimosa, olvidándose de que ya no era una chiquita para permitir que velase su sueño en las noches de lluvia y de truenos y la despertaran por la mañana con un desayuno tan apetitoso.

¡Y los prodigios que realizaba la viejita con su modesta pensión!

Recordaba cómo una mañana, cuando había ido á la sala como de costumbre, se había encontrado entre las dos ventanas con un piano nuevo, de formato moderno, brillando la madera imitación de ébano y con unas voces que casi la habían enloquecido de placer. La noche antes, todavía había chapaleado con sus dedos sobre las teclas desdentadas y amarillentas de su viejo piano de mesa, rebelde y cansado como un animal derrengado por el trabajo.

Tan habituada estaba Adela á estas sorpresas que había concluido por considerarlas la cosa más natural del mundo. Después del piano, los vestidos de corte elegante, para que pudiese lucirlos en los días de fiesta y para que no desmereciese al lado de las señoritas de mejor posición; las alhajas, elegidas con un gusto refinado, y que, á pesar de su poco va

lor, podían completar la toilette de la niña más exigente. ¡Ah! y en el día de su cumpleaños, todos los ahorros que guardaba la viejita, los convertía siempre en algún objeto que recibía Adela en medio de transportes infantiles de satisfacción y alegría.

El día de año nuevo era siempre de grandes acontecimientos: con el tacto especial y la manera tan delicada como procedía la anciana señora, Adela tenía dinero de sobra para obsequiarla á su vez. A cierta hora del día, esperaban las dos, sus respectivos regalos: Adela, envolvía el obsequio en papel de seda, atado con cintas blancas; se encaminaba al cuartito de la tía, con aire serio, afectando ser simplemente mensajera de los felices augurios; se acercaba á la anciana, sosteniendo con mano un tanto trémula por la emoción el envoltorio, y decía á la viejita: ésto le mandan á V.; no sé quién será, porque no trae tarjeta; pero, en fin, es un

regalito de año nuevo, y, en medio de una explosión de alegría y de caricias reciprocas, desenvolvian ambas el paquete, y la sorpresa, las ponderaciones, el agradecimiento tierno de la anciana conmovian á Adela.

— ¿Le agrada mamita?... ¿Es de su gusto?

— ¡Precioso Adela!... ¡Qué buen gusto!

— Un devocionario con letras grandes, con viñetas de santos, cromos de colores brillantes!... ¡Muy lindo! ¡muy lindo!

— Bueno, dile á la persona que lo manda que quedo muy agradecida á una atención tan delicada y que... Toma, toma Adela, toma, aquí tienes tu regalo de año nuevo, concluia la viejita sin poder contener ya su satisfacción. ¿Te agrada?... ¿es de tu gusto?

— ¡Un anillo con chispitas de brillantes!... ¡Ah! y con rubies... una monada, mamita... una verdadera joya.

Volvian á abrazarse y á prodigarse besos

cariñosos y por la tarde salían de paseo; Adela elegantísima, con su traje nuevo, y la viejita como siempre: su vestido negro, sencillo, perfumado con benjui, las dos con su aire distinguido y la placidez de personas á quienes sonríe la felicidad.

Todo esto lo recordaba ahora Adela como si fuera nuevo para ella y, á medida que su imaginación iba anudando estos recuerdos en su memoria, la conducta de la anciana, iba adquiriendo formas tan bellas y rasgos tan acentuados, que ya Adela no podía resistir el deseo de correr á donde estaba la viejita para decirle cuán inmenso era su cariño, su gratitud y pedirle perdón por haber olvidado por tanto tiempo el cumplimiento de esto que ella conceptuaba ahora como un deber sagrado.

Pero si esa viejita es una santa, exclamó de pronto, una verdadera santa!

Recordó con ese motivo, las limosnas fre-

cuentas que le habia visto entregar á muchos desvalidos que llamaban á su puerta... entre ellos, á una mujer infeliz, harapienta, joven aun y madre de tres hijos, uno de ellos loquito, que hablaba dando aullidos y haciendo gesticulaciones, que se rompía las ropas y se mordía los dedos con rabia, cuando no se le permitia destrozar los trapos de sus vestidos.

¡ Ah ! si yo perdiese á mi viejita, exclamaba con acento desesperado.

Y Adela se complacia en torturar su espiritu entregada á estas cavilaciones sombrías; pero, en los momentos de mayor desconsue lo y cuando ya le parecia encontrarse frente á frente á la realidad, desamparada y pobre, venía la reacción con explosiones de alegría, con seguridades consoladoras... ¡ Qué tonta soy ! se decía de pronto ; todo esto por una frase de Emilio, lanzada así, sin intención.

Convino entonces, en que era demasiado

susceptible, en que no debía dar abrigo en sus sentimientos á una duda tan mortificante, en que todo aquello era exceso de susceptibilidad y en que, si las niñas de enfrente eran tan ricas, como había dicho Emilio, ella también lo sería alguna vez y entonces, ¡oh! entonces, la viejita viviría en la casa como una niñita mimada; ella la cuidaría como se proponía hacerlo desde ya, con todas aquellas atenciones más delicadas, rodeándola de comodidades y del confort tan necesario á sus años; hasta carruaje propio tendría su pobre mamita para ir á misa en las mañanas de invierno y para ir á Palermo á gozar en las horas de sol de los días de otoño.

— ¡Oh, qué felicidad, qué felicidad! exclamaba Adela; cuánto gozaré en prodigarle todas estas cosas y cómo vivirá contenta, cómo se encontrará bien.

Iré á buscar yo misma á todos sus pobres

del barrio para que ella pueda socorrerlos...
¡ Ah, la madre del loquito, no estará ya ex-
puesta á morir de hambre y de frío !

¡ Rica ! ¡ rica ! exclamaba Adela, batiendo
las palmas como un niño.

En ese instante oyó un ruido, algo como
un mueble que se cae y la voz de la anciana
que llamaba con palabras entrecortadas...
Iba ella á salir precipitadamente de la habi-
tación para acudir en su auxilio, cuando se
encontró de frente con la viejita, que le decia
alarmada : Adela, hija mía, fijate en mis
ojos... no sé que tengo... casi no veo...
¿ qué será Dios mio ?... ¿ qué será ?

VI

¡ Seis dias sin tener noticias de Emilio!

Y la esperanza de verle llegar de un momento á otro mantenía en el espíritu de Adela una excitación continua. Al principio eran las cavilaciones, las conjeturas, las suposiciones que más pudieran justificar la ausencia, pero después, no se satisfacía con las razones que ella misma procuraba encontrar para calmar la ansiedad y la zozobra que la habían invadido.

Cambiaba el giro de sus pensamientos á cada instante y de pronto, se decía á si misma llena de confianza: pero si soy una tonta

creyendo algo malo; no viene porque tiene que estudiar, que escribir la tesis, que preparar el examen. Sin embargo, estas reflexiones duraban un minuto, pasaban por su cerebro como una ráfaga y entonces, casi con las lágrimas en los ojos, corría á la sala, á mirar por las rendijas de la persiana, en tanto que el corazón le anunciaba algo que se resistía á creer y á aceptar como una consecuencia del abandono en que la habia dejado. No, no puede ser, exclamaba; no es capaz de una mala acción... ¡él!... no... pero si la última vez que vino estaba sonriente, alegre, cariñoso; si me tendió la mano como siempre... no, no puede ser. ¡Ah! algo le ha sucedido y sin darse otras explicaciones, escribía con mano trémula una carta llena de quejas, de reconvenciones, de súplicas, y, para que fuese más tierna, le hablaba de la enfermedad de la viejita, de que debía examinarle los ojos, de la planta

que estaba llena de jazmines ; y en cada renglón, un pedido, una promesa, una pregunta. Las cartas tenían el mismo éxito... Nada... ni una línea, ni un recuerdo. Emilio no estaba en su casa, no se tenían noticias suyas.

Cien veces en el día llamaba á la sirvienta, una mulatilla despejada y traviesa que había criado la viejita, para preguntarle :

— ¿ A quién entregaste la carta ?

— A una señora, niña.

— ¿ Dónde estaba la señora ?

— La señora salió de la sala cuando yo llamé con las manos en el zaguán.

— ¿ Y qué te dijo la señora ?

— Yo no le entendí bien, niña, porque la señora es extranjera.

— Pero, torpe, no me has dicho hace un momento, que te contestó que el Sr. Emilio no iba á la casa hace muchos días.

— Si, niña.

— ¿ Y entonces ?

— Ah, pero la señora no sabia donde estaba el niño Emilio.

— ¿Y las otras cartas?

— Ah, las otras cartas me dijo que las había guardado.

— ¿Pero quién las había guardado?

— Yo no me acuerdo, niña.

— Vete, eres una inservible.

Así concluían siempre las escenas, sin que Adela se apercibiera de que, dado el estado de excitación en que se encontraba y el tono en que hacía las preguntas, la mulatilla acababa por confundirse, asustarse y mentir de una manera inconsciente.

— Esto no puede durar, exclamaba Adela; yo necesito saber algo, tener algún indicio del motivo que ocasiona estas ausencias... Es una crueldad de su parte, una verdadera crueldad... ¿Qué le habré hecho yo?... Estará resentido conmigo; tal vez involuntariamente le habré contrariado... ¡Ah! de

todas maneras, castigarme así, no, no puede ser.

Y al decir esto, una explosión de llanto inundaba de lágrimas sus mejillas pálidas y un tanto demacradas.

— Le pediré perdón, exclamaba enjugándose las últimas lágrimas... Se habrá ofendido... ¿de qué?... pero si nada le he dicho que pudiese herirle... ¿tal vez mamita?... ¿alguna imprudencia?... no, tampoco, si ella, pobrecita, es tan fina y tan discreta; si lo trata con tan cariñosa deferencia... ¿estará enfermo?... ¿de guardia en el hospital?

Sucedíanse una á otra las preguntas, las conjeturas, las sospechas; luego una tregua pasajera, un momento de calma aparente y después el mismo desaliento, la misma inquietud, los mismos reproches, desvanecidos en un minuto, para dar lugar á otros, vinculados con la visita de Emilio.

Adela procuraba evocar y reconstruir en

su memoria los detalles de esa entrevista, pidiendo auxilio á su imaginación para poner mejor de relieve la actitud, las palabras, los gestos y hasta las miradas de Emilio. Recordaba muy bien los pormenores más insignificantes y en ninguno de ellos, encontraba ese algo que buscaba en vano para justificar una conducta tan inexplicable.

Se acercaba entonces á la anciana para someter á su juicio severo y recto el problema que ella misma no alcanzaba á resolver, pero la viejita, que también se encontraba alarmada y que sabía disimular con aparente calma el estado de su ánimo, no atinaba sino á contestar con palabras cariñosas, que no ejercían sobre el espíritu de Adela sino un efecto pasajero. Era lo de siempre: no te aflijas, niña; no te preocupes; ya verás cómo Emilio se aparece en cualquier momento más amoroso que nunca por la ausencia; ahórrate esas lágrimas y ese disgusto que

acabará por enfermarte ; no veo yo un motivo fundado para tanta zozobra ; sería una conducta inexplicable, un retiro en esa forma, y luego ¿ por qué ?... ¿ Le has dado tú algún motivo para ello ?

— ¡ No, mamáita ; no, qué motivos voy á darle ! exclamó Adela, prorrumpiendo en sollozos.

— Cálmate, niña, cálmate ; Emilio es un caballero cumplido y no querrá observar una conducta tan indigna con una niña como tú.

Adela levantaba la cabeza, miraba á su tia con los ojos velados aun por las lágrimas y sin poder contestar se retiraba para ocultar de nuevo los sollozos.

¡ Pobrecita ! exclamaba la anciana ; mucho me temo que ese Emilio con todo su aire de caballero y con su porte de personaje, concluya por engañarla.

Y la anciana pensaba tristemente en los años de su juventud, en la fe que habia de-

positado ella también en la palabra de sus galanteadores, en los desengaños que había sufrido y en las lágrimas que había derramado. Adela era la reproducción de su propia vida ; venia á humedecer con sus lágrimas las pocas cenizas que había dejado el tiempo, renovando dolores que ella creía extinguidos. Estaba en el final de su existencia, pobre, achacosa, y sin fuerzas ya para apuntalar ese árbol de juventud que había crecido á su lado lleno de savia y de vida, no podía prestarle su apoyo ; pronto se moriría y Adela se quedaria sola en el mundo, pobre también, con sus ilusiones muertas, y sin que ella pudiese legarle su experiencia, que había recorrido etapa por etapa, como en un calvario interminable.

Adela no podía comprender nada de cuanto había sufrido y ella no queria decirselo, por no aumentar el dolor de esa criatura, que lo creía todo, que lo veía todo de color

azul y que al primer desengaño quería ya morirse.

¡ Oh! resistirá como yo, decía la viejita; esos dolores no matan; se complacen, como animales dañinos, en destruir una por una las ilusiones, como si nos arrancasen el nervio más sensible; pero, al fin, nos resignamos. Esto es al principio, decía para sí la viejita; yo también creí que iba á morirme, también creí que mis lágrimas no se agotarían nunca y que no habria mayor dolor!... ¡ Ah! qué léjos estaba de la realidad... Han brillado después muchos dias serenos y tranquilos, he encontrado la paz y el consuelo para curar esas heridas y hoy, Dios mio, bendigo tu divina providencia por haber confortado con tus dones á esta pobre criatura, que espera por momentos la hora de la partida.

Así se expresaba la anciana conmovida en lo más íntimo por el dolor de Adela y, sin

quererlo, casi inconscientemente, mezclaba, á su compasión por la niña, ese egoísmo de la vejez, que encuentra pequeños todos los dolores y llevaderos todos los sufrimientos.

Adela, por su parte, se encerraba en la salita, espiando con ansiedad el momento en que oyera las pisadas de Emilio por la acera para salir corriendo á recibirle.

¡ Cuántas veces se había engañado ! ¡ cuántas se había levantado rápidamente del sofá, diciendo casi á gritos : ¡ es él !... ¡ ahí viene !... El ruido de las pisadas se extinguía y nuevamente se dejaba caer con desaliento en el sitio que ocupaba.

Varias veces había contemplado la planta de jazmines ; le parecía que ellos también participaban de su zozobra. Algunos, estaban tumbados en sus tallos, cual si sensibles al dolor, quisieran ocultarse entre las hojas de verde sombrío para no aumentar su desesperación.

En toda la casa empezaba á notarse el abandono de Adela; parecia que el día antes hubiesen sacado de ella algún muerto, tal era el desorden en los muebles, en las ropas y en los mismos objetos que Emilio le había regalado. Es que Adela los había acariciado, besado, derramado lágrimas sobre cada uno de ellos, como esperando un consuelo para mitigar su dolorosa situación.

Hizo promesas á la virgen, imponiéndose peregrinaciones y penitencias, pero pasaban las horas y los días y no recibía del cielo auxilio alguno. Hubo momentos en que su desesperación no tuvo limite, y entonces, era la anciana la que acudia á conformarla con sus palabras impregnadas de acentos cariñosos. Sí, si, contestaba Adela á las insinuaciones de la viejita; me resignaré, pero sus ojos se inundaban de lágrimas.

Sus amigas habían acudido á visitarla con más frecuencia; las que habían mirado con

un poquito de envidia la felicidad de Adela, eran las más asíduas, las que, demostrándole mayor interés, gozaban sin embargo con su desdicha.

Adela comprendía perfectamente la malignidad que envolvían las frases con que finjían interesarse por ella; entonces reaccionando á impulsos de su altivez y de su amor propio, finjía ella también estar alegre, mostrándose indiferente á las insinuaciones que le dirigían. No era cierto que Emilio la hubiese abandonado; alguna amiga envidiosa había propagado la noticia para dañarla.

¡Pero si anoche ha estado aquí hasta las doce! exclamaba Adela, afectando sorprenderse de que creyeran que habían roto sus relaciones.

Estas y otras manifestaciones, dejaban perplejas á las visitas de mala fe, á las que iban á indagar, á estudiar los estragos que se notaban ya en su semblante y también á

consolarse un tanto de no haber tenido jamás un novio ni aun para hacer un poco de ruido con el rompimiento.

Pero, no era posible ocultarlo. En el círculo de las relaciones de Adela no se hablaba de otra cosa, con esta particularidad: Emilio empezaba á tomar ya en la imaginación de muchas los perfiles de un heroe, de un seductor irresistible. Las menos escrupulosas se miraban, sonreían con malicia y concluían por decirse al oido cosas tan afrentosas para Adela que, de haberlas sospechado, habria caido muerta de vergüenza.

En medio de esta crisis de dolor, secaba de pronto sus lágrimas; alizaba con ambas manos sus cabellos, aplicándolos contra las sienes; mirábase el espejo, para observar los estragos que habia hecho en su fisonomía el insomnio y el llanto, y resuelta, tranquila, casi sonriente, cual si una nueva actitud respondiese á un pensamiento intimo, á una

convicción basada sobre el hecho mismo, se sentaba delante del bastidor sobre el cual había estirado prolijamente el raso color oro viejo para bordar en él las iniciales de Emilio entrelazadas con un manojito de flores. Era el obsequio que le destinaba para el día de su recepción: una hermosa papelería dorada, en cuyo frontis se veía un óvalo cubierto por un vidrio, debajo del cual debía figurar la labor de Adela.

Inclinó su frente sobre la tela, levantó el papel de seda que la cubría y contempló por un instante el dibujo. Las iniciales estaban terminadas; sólo faltaban las flores para completar el trabajo, pues apenas había concluido una hoja de un verde brillante, aterciopelado, naciendo de un tallo trabajado con hilo de oro. Sacó de un canastillo las hebras de seda multicolor, separó las que debía emplear y con mano segura empezó á hacer correr las agujas, produciendo

un ruidito suave al atravesar de parte á parte la superficie de la tela resistente. Pero su imaginación no se subyugaba á aquella tarea y desde el primer momento, comprendió que no podría continuar; se le ofuscaba la vista, confundía los colores y por intervalos no tenía ante sus ojos más que una chapa bruñida, tersa, de la cual se borraban lentamente las letras, apareciendo después más grandes, de relieve, como desprendidas de las finísimas ataduras con que estaban amarradas.

 Mi cabeza se extravía, exclamó, comprimiéndose la frente con ambas manos... Se levantó y se fué una vez más á implorar el auxilio de su virgen protectora.

 Ningún corazón elevó jamás una plegaria tan sentida; no era la oración rutinera, aprendida de memoria y repetida con inconsciencia; era el grito de una alma dolorida que presentía el derrumbe de su felicidad y que se encontraba impotente para evitarlo.

VII

Habían trascurrido los días cada vez más tristes y abrumadores para Adela.

Ya no lloraba; su alma desolada flotaba aun entre la esperanza y los recuerdos, en medio de una calma que aumentaba la zozobra de la anciana. Resignarse así no es posible, se decía ésta; yo sé lo que son estos dolores, yo sé lo que son las noches en las que huye el sueño, para traernos en cambio todas las imágenes de los días felices, como un tormento más en medio de la desgracia. Adela debe sufrir horriblemente y no quiere demostrarlo; ese dolor mudo, reconcentrado,

que se aumenta en el corazón como un veneno de efecto lento, acabará por enfermarla. Ayer hasta la he visto sonreír y se ha entretenido en conversar conmigo de cosas alegres. ¡Ah! conozco yo también esa faz del sufrimiento; en vano queremos engañarnos á nosotros mismos; el mal está dentro como un gusano que ha hecho del corazón su crisálida; su obra continúa en silencio; poco á poco taladra, horada y, cuando creemos que todo ha concluido, que nuestra resignación es suficiente, que nuestro dolor se ha extinguido, y recogemos los despojos de nuestras alegrías pasadas, de nuestras horas de felicidad, para formar con ellos una existencia tranquila, sentimos que todavía existe alguna fibra que no ha muerto, un punto doloroso que no podemos comprimir sin provocar una nueva crisis que exalta nuestros sentimientos y renueva nuestros dolores. La curación es lenta y penosa. Muchas, ¡pobre-

citas! no resisten al tratamiento que les impone el tiempo, nunca más lento que para el dolor, y en medio de esa crisis, en el primer choque, con el primer desengaño, cuando ven desvanecerse ese mundo ideal que habían elaborado día a día con colores tan lindos, con puntos tan brillantes, se creen perdidas, se abandonan, desfallecen y una noche interminable de ensueños horribles trastorna su cerebro. ¡Ah! yo lo recuerdo muy bien, agregaba la viejita con acento amargo. ¡Pobre Adela! Es dura la ley, es cruel el rigor con que nos tratan, pero no es de ellos toda la culpa; debemos quejarnos de nosotras mismas, de nuestra sensibilidad, de nuestro apasionamiento casi enfermizo. Somos como los niños que ven el caballo de cartón reluciente, nuevo, en su actitud briosa y airada. Al principio, la novedad, el deseo de poscerlo, las caricias, las reyertas y el egoismo para defenderlo de las manos

de otros niños; por último, un buen día, nace la curiosidad y el deseo de verlo por dentro, hastiados de encontrarlos siempre igual, siempre en su misma actitud, y el caballo de cartón abierto enseña su pasta interior rugosa, fea, sucia, mientras el niño llora y se desespera porque su caballito, tan lindo, tan brioso, que parecía vivo, es un conjunto informe de pedazos que se arrojan á un rincón.

¡Ah! si nosotros pudieramos verlo por dentro antes de seducirnos con la esbeltez y las gracias exteriores!... Cuando llega el desengaño, ya no hay remedio... Muchas quieren conservar los pedazos unidos, disimular las quebraduras... es inútil... al rincón, al rincón con ello, exclamaba la viejita exaltándose... Hay que buscar otro para no tener esas curiosidades peligrosas y no recoger en cambio los pedazos de cartón negruscos y rugosos. Feliz de aquella que no siente

esta curiosidad, agregó la viejita, concluyendo su monólogo pesimista.

Adela penetraba en ese instante, trayendo en sus manos un periódico cuyas columnas recorría distraída y casi sin leerlas.

La viejita le dirigió una mirada escudriñándola, procurando distinguir en las facciones y en el gesto de Adela las huellas de nuevas lágrimas, pero su visión, ya muy debilitada, no le permitía darse cuenta de estas cosas; veía el semblante de la niña como al través de una niebla; le parecía que estaba muy pálida y que sus ojos se hubiesen agrandado... ¡Ah! mi enfermedad progresa, pensó para sí.... ¡Oh! la vejez nos transforma por fuera como la pasta del caballito de cartón, agregó con una sonrisa amarga, mientras se restregaba la manos, afectando su alegría habitual.

Adela se había instalado en un sillón de esterilla, enfrente de la anciana, aparentando

leer las noticias del día, pero en realidad siguiendo el giro de su imaginación, que la trasportaba al mundo de sus recuerdos y de sus dichas pasadas.

Ambas guardaban silencio. La anciana no se atrevía á interrumpirla, esperando que ella misma diese el tema para conversar y, entre tanto, hacía esfuerzos para distinguir su semblante cada vez que Adela, por una interrupción cualquiera, diese vuelta la cabeza hacia la ventana que daba al patio. En uno de esos movimientos quedaron sus facciones iluminadas por completo.

¡Ah! también hoy ha llorado mucho, se dijo con sentimiento.... ¡Cuánto sufrirá esta pobre criatura !

Adela había inclinado de nuevo su frente sobre el diario; la anciana estaba inmóvil, con los labios entreabiertos, las manos entrelazadas y el cuerpo inclinado hacia adelante, en actitud de prepararse á escuchar la lectu-

ra y repitiendo mentalmente la frase con que sintetizaba el estado de Adela ¡Pobre criatura!... ¡pobre criatura!...

Habían cambiado apenas algunas palabras cuando de pronto Adela se levantó como herida en el corazón, y de pie, rígida, estrujando con los dedos crispados el diario que estaba leyendo, lanzó un grito ronco al principio, como si su laringe se hubiese perforado; un gemido prolongado después, y luego cayó como fulminada á los pies de la anciana.

¡Adela!... ¡Adela!... ¡niña!... ¡se muere!... ¡pobre de mí! exclamó la viejita en el colmo de la desesperación y del terror, mientras hacía esfuerzos inauditos para levantarla. ¡Adela!... ¡Adela!...Dios mio!...dijo y juntando las manos en ademán de súplica se sintió desfallecer.

¡Ah! no puedo más... es mucho sufrir, agregó, é inclinando su cuerpo sobre el de la

niña, procuró levantar su cabeza, rodeándola con sus manos temblorosas; sostúvola así un instante, mientras cubria su frente de besos y de lágrimas, en tanto que la llamaba con voz conmovida, prodigándole las frases más tiernas.

Adela no daba señales de vida; apenas se oía el ruido suave de su respiración, la viejita redoblaba sus llamados afectuosos y no se atrevía á abandonarla, temerosa de que pudiese hacer algún movimiento peligroso; felizmente, habia acudido la mulatilla sirvienta, que estaba de pie, inmóvil, como alelada por la impresión que le causara aquel cuadro; apercibióse la anciana de su presencia y en el instante exclamó: ¡ Ah! eres tú... ayúdame, ayúdame...

— Si, señora... si, niña... decia la mulatilla, pero no atinaba á moverse de su sitio.

— Ven aquí... ven... trae una almohada... agua de colonia... pero ligero... Adela...

¡ Ah! pobre Adela... se muere... Dios mio!...

La viejita comprimía contra su seno la cabeza de Adela; cuando la negrilla hubo colocado la almohada, la deslizó suavemente sobre el brazo izquierdo, apoyando la palma estendida de la diestra sobre la sien izquierda de su querida niña; sin poder evitar las pequeñas sacudidas y temerosa de que sufriese un choque violento, inclinó aun más el cuerpo, casi hasta apoyar su propia cara contra la de la niña; sostúvola así un instante, como si presintiera que al abandonarla fuese á exhalar el último suspiro, pero sus fuerzas se habían agotado y tuvo que dejarla.

Adela había caído de espaldas, rígida como una muerta, con los brazos extendidos á lo largo del cuerpo, cerrando fuertemente los puños. La viejita permanecía arrodillada á su lado, procurando hacerle aspirar el vinagre de que había impregnado su pañuelo,

en tanto que llegara el médico, en busca del cual había enviado con apresuramiento á la negrilla.

En una de esas aplicaciones hizo Adela una inspiración profunda, acompañada de una sacudida brusca, que hizo estremecer todo su cuerpo; la viejita lanzó un grito de júbilo y empezó á llamarla de nuevo por su nombre, besándola en la frente repetidas veces. Una segunda inspiración, más violenta que la primera, acompañada esta vez de gemidos y sollozos, conmovió aun más á la pobre anciana! Adela!... Adela!... ¡Ah! si ese malvado la viera en el estado en que se encuentra tal vez sintiera un poco de remordimiento! exclamó la viejita, y observando que Adela respiraba con dificultad, produciendo en cada inspiración un estertor ronco, pensó con desesperación en que podía asfixiarse. Inclínose entonces sobre el cuerpo de la niña y con movimientos rápidos, tanto

cuanto lo permitia el temblor de sus manos, empezó á desabrocharle el vestido. Palpando aquí, desgarrando allá, haciendo saltar un botón, rompiendo con agitación creciente y de un tirón brusco las ataduras más resistentes, dejó libre por fin el pecho, tan oprimido por las ropas.

En el apresuramiento había desgarrado en distintos puntos la batista de la camisa, sin preocuparse de la desnudez de la niña puesta más de manifiesto por un movimiento brusco de ésta. Al verla así, arrancóse la anciana una gasa negra con que habitualmente se cubria el cuello y veló con ella el seno blanquísimo de Adela, sin sospechar que hacia resaltar más la belleza de esos senos, que parecian dormidos bajo la finísima tela que los cubría.

El médico declaró aquello un ataque nervioso sin importancia: histerismo, anemia, la enfermedad de las niñas débiles y suscep-

tibles. Ejercicio, señora, mucho ejercicio, tónicos, paseos al campo y buena alimentación. Escribió después unos cuantos garabatos en un papel y se retiró muy satisfecho de su diagnóstico y del tratamiento que había prescrito. Al despedirse de la anciana volvió à insistir con tono sentencioso sobre las indicaciones que había aconsejado y cuando estuvo en la calle, entre fastidiado y convencido, se dijo para sí:

— ¡Bah! la misma historia de siempre: leen novelas de la mañana à la noche y luego languidecen porque nadie se las roba ó porque no llega el ideal que se han forjado en forma de galán irresistible. Así se educa hoy à las mujeres. Apostaría à que ésta, exclamó, aludiendo à Adela, es una literata. Fierro y duchas en vez de poesia y de romanticismo!

Y muy satisfecho de sus aforismos y de la manera prosaica con que clasificaba las afecciones nerviosas, siguió su camino perfecta-

mente penetrado de que su tratamiento era el más eficaz para curar todas las dolencias del cuerpo y del alma tratándose de mujeres histéricas.

Una crisis de llanto disipó el ataque que había postrado á Adela. La viejecita, que no la habia abandonado un instante, estaba sentada al lado de su cama, comprimiendo una de sus manos, mientras decia entre dientes.

— ¡Malvado!... ¡malvado!... Asi se muera esta pobrecita!...

Varias noches pasó sin poder conciliar el sueño, dormitaba apenas algunos minutos, para despertar en seguida sobresaltada y trémula. Por su cerebro debilitado por la aflicción y el cansancio, cruzaban imágenes paavorosas. La figura de Emilio se le presentaba trasformada en un monstruo de ojos de fuego; sonriendo con una risa sardónica y de burla, se habia apoderado de Adela, á la

cual comprimía con sus brazos robustos. La tenía aprisionada, sin que ella pudiera desasirse; en vano luchaba, daba gritos, imploraba auxilio, con los ojos arrasados de lágrimas; el monstruo no se conmovía; seguía abrazado de su cuerpo, como la yedra que se enrosca al tronco; besábala repetidas veces en la frente, en las mejillas, en los labios, dejando en cada beso una mancha rojiza, como si de ellos brotara sangre; ella se estorzaba siempre más por desprenderse de sus brazos, que comprimían su cintura como garras; el monstruo reía con satisfacción, con muecas de sátiro voluptuoso, dilatando las ventanas de la nariz, como para exhalar un vaho de lujuria, y sus besos, sus caricias, eran cada vez más impetuosas ó irritantes. Por fin, Adela perdió el conocimiento; su cuerpo se dobló como un arco; cayó su cabellera á la espalda como un penacho desgredado: su frente pálida y tersa estaba salpi-

cada con las manchas rojizas donde el sátiro había impreso sus labios; pálida, desencajada, moribunda, exhalaba de sus labios una espuma sanguinolenta, y su garganta, su bella garganta de niña, tenía el color azulado de la carne machucada; sus ropas desgarradas habían dejado su seno al descubierto, ese seno que la anciana había velado con la gasa negra, estaba ahora allí á merced de todas las profanaciones con que Emilio saciaba sus apetitos infames. Seguialo estrujando rabioso, con su mano garfia, dejando en él la impresión de sus dedos y de las uñas con las que había abierto grietas sangrientas en su piel suave y blanquísima. En una de ellas, aplicó sus labios como un vampiro; la viejita vió horrorizada cómo el seno de la niña se hinchaba, se ponía turgente, rubicundo, violáceo, y la vió á ella misma levantar su cuerpo, oyó sus ayes, sus lamentos, sus gritos de dolor, de desesperación, de voluptuosidad, y

vió sus brazos que se levantaban rápidos, nerviosos, que se extendían buscando el cuello de Emilio y que ella también lo abrazaba, lo comprimía, lo estrujaba y clavaba con rabia sus manos en sus cabellos, asiéndose de ellos hasta arrancarlos. ¡Te quiero! ¡te quiero! le gritaba Adela con voz ronca; ¡mátame, arráncame el corazón, pero no me abandones! El monstruo reía con satisfacción diabólica y la arrastraba en una carrera vertiginosa... De pronto percibió el abismo en que iban á caer; la viejita los vió precipitarse y dió un grito:

— ¡Adela! exclamó con todas sus fuerzas y se levantó de la silla, agarrándose la cabeza con sus manos crispadas, sintiendo que el corazón golpeaba contra el pecho con palpitations violentas, temblorosa, con los ojos extraviados, erizado el cabello y con gruesas gotas de sudor que bañaban su frente.

Adela había despertado, abriendo su

grandes ojos, que resaltaban con más brillo por la palidez intensa de su semblante. Hizo girar lentamente su cabeza hacia el lado donde estaba la anciana, trémula aun por la impresión penosa que acababa de experimentar, y le dirigió una mirada impregnada de dulce languidez, en tanto que apartaba de su frente las hebras de cabello que se habían escurrido durante el sueño.

—¿Qué tienes mamita?... ¿qué te ha pasado?

—Nada, hija mia... nada... un sueño horrible... figúrate... que soñaba contigo... ¡ah!... no... mañana te contaré... era una pesadilla... ¡Ah!... malvado... malvado!...

VIII

La convalecencia de Adela fué larga y penosa. Había sufrido una conmoción intensa y sus fuerzas debilitadas se resentían cada vez más de la postración moral en que se hallaba sumerjida. Una nueva lucha empezaba ahora para su espíritu; debía imponerse de golpe el convencimiento de una realidad amarga y dolorosa : Emilio la había abandonado, y con él, todo ese mundo de ilusiones y de esperanzas que se había forjado en los días risueños, cuando, alegre y feliz, saltaba al cuello de su anciana tía, en medio de los trasportes infantiles con que entreveía una

nueva existencia, impregnada de toda la dicha á que creía ingenuamente tener derecho.

El golpe había sido rudo; no estaba ella preparada para soportarlo. Después de tantas promesas y efusiones tiernas, había despertado como si una mano torpe la arrastrara de los cabellos.

Se resistía á creer que el corazón humano fuera capaz de cubrirse de galas tan seductoras para despojarse de ellas sin esfuerzo y exhibirse de improviso en su desnudez pequeña y egoista. Ella había vinculado tanto sus afectos á las promesas de Èmilio; vivía confiada en su palabra como un niño; tenían sus miradas el brillo de una pasión intensa; había en sus acentos un eco de verdad tan sincera; le había repetido tantas veces que ella era su felicidad, su porvenir, su existencia dividida en dos; le había hablado con tanto apasionamiento aquella mañana en que ella le sorprendió recostado en el sillón, en-

tregado á sus sueños de gloria y de fortuna; habiendo sido tan tiernos y tan puros los trasportes de su cariño; le había jurado entonces que nunca la abandonaría; se lo había dicho con el alma asomada á las pupilas... ¿Cómo no creerle? Ella le había dado todo lo que puede ofrecer una niña buena, apasionada, que entrega su cariño, su cariño inmenso, su fe, esa fe ciega de la mujer enamorada, que lo idealiza todo, que vive de las palabras, de las miradas, del aliento del hombre en que cifra su felicidad. Emilio le había repetido tantas veces que sin ella no comprendía la dicha, la alegría, el porvenir; que era su luz, su estímulo diario y constante para luchar en la existencia, para vencer las dificultades, para triunfar, pronunciando su nombre, para enardecer su entusiasmo cuando las contradicciones lo abatían!... ¡Cuántas veces le había repetido estas cosas, contemplándola con los ojos humedecidos, comprimiendo sus

manos con trasportes que ella creía sinceros!

¡Cuántas veces ella misma, emocionada, indecisa, le había hablado de sus dudas, de sus temores, de sus lágrimas, que la felicidad misma arrancaba de sus ojos!

Él, cada vez más apasionado, siempre más tierno y cariñoso, había protestado de esas dudas, de esas lágrimas y de esos temores.

Se lo representaba ahora en todas la actitudes, en todos los momentos que había estado junto á ella, siempre enamorado, inteligente, alegre, comunicativo.

Reconstruía en su memoria todos los recuerdos, desde el primer día que le había conocido: la mirada que le dirigió al pasar, la expresión de su fisonomía, que no había podido olvidar desde ese instante, la curiosidad y el interés que le había despertado, hasta la última vez que estuvo en su casa, afectuoso como de costumbre y con su despedida habitual.

En la salita azul encontraba un mundo de impresiones dolorosas; en cada mueble existía algo que lo recordaba; le bastaba mirar los sillones para verle sentado con la pierna derecha cruzada sobre la izquierda, los brazos entrelazados sobre el pecho, la cabeza inclinada hacia atrás, apoyada en el respaldo, como si estuviera dormitando.

Oía el murmullo de sus palabras, dichas en voz baja, pero que su oído habituado percibía por completo; veía las sonrisas que se dibujaban en sus labios, la animación que daba á sus pupilas, el lenguaje mudo pero expresivo con que la hablaba su fisonomía; todo lo tenía presente, toda esa página de sus días felices se le presentaba á cada instante, á pesar de los esfuerzos que ella hacía para olvidarlas, para borrarlas de su memoria.

¡Ah! si viera cuánto sufro, cuánto daño me ha hecho, tal vez un remordimiento pun-

zaria su corazón y le hiciera volver sobre sus pasos, exclamaba Adela, mientras corrían las lágrimas por sus mejillas pálidas y enjutas.

Recorría á pasos lentos toda la casa, desde la salita azul hasta la habitación de la anciana, en la que se reunían muchas noches de invierno, cuando la viejita se recogía temprano.

Sentados frente á frente de la mesita que adornaba el centro, á la luz tenue de la lámpara, cubierta por una pantalla, en el ambiente tibio de esa pequeña habitación, Emilio le leía sus composiciones poéticas, sus ensayos literarios, en los cuales siempre había una alusión delicada para ella. Muchas de esas estrofas, se habían grabado en su memoria y podía repetir las; sobre algunas, había hecho composiciones musicales para darle una grata sorpresa. Una de estas composiciones era dedicada exclusivamente á ella.

Emilio había compendiado en esos versos toda la ternura, todo el apasionamiento, toda la nobleza de una alma que es capaz de sentir las emociones más dulces y los sentimientos más delicados.

Y de la habitación de la anciana á la salita azul, en una tarde de verano, apacible, impregnada de brisas olorosas que venían del patio saturadas con el aroma de los jazmines; solos los dos, sentados en el sofá, alegres, comunicativos, riéndose como dos niños traviesos, buscando pretextos para enfadarse por un minuto y reconciliarse en un segundo, con una mirada, con una sonrisa, con una reminiscencia cualquiera. ¡Ah! y las lecturas de *María*; aquellas páginas que habían recorrido también juntos, penetrándose del sentimiento y de la dulzura encantadora que palpita en esos pasajes siempre frescos, siempre melancólicos y tiernos. Sus lágrimas habían caído sobre el libro para unirse en una

sola cuando la pasión de Efrain arranca de su alma desolada, gemidos de dolor sobre las reliquias de la que ya no existe. ¡Cómo habían comprendido ellos ese idilio y con cuánto sentimiento habían acompañado ese dolor! ¡Cuántas veces, ella misma, temerosa de su porvenir, le había dicho á Emilio: yo también tengo presentimientos y no sé por qué se me figura que los presentimientos tienen su explicación, su razón de ser y su fundamento en cada vibración extraña que agita nuestra alma.

—Romántica, le contestaba Emilio, ¿quieres convertirte en heroína de novela ?

Adela inclinaba los párpados y sentía que el rubor coloreaba sus mejillas. Emilio la abrumaba con sus risas y sus burlas, concluyendo por decirle, cual si recitara el final de un capítulo de romance: Adela, la joven modesta y buena, la que debía casarse con Emilio, desengañada de la vida, tomó el velo en las capuchinas; él, que era un perverso,

se casó con una de las niñas feas, las que á pesar de ser sordas, sabían tocar muy bien el piano.

— Y eran muy ricas, agregaba Adela, comprendiendo que iba derecha á herir su amor propio.

Adela no podía alejar estos recuerdos; hubiera sido lo mismo que pedirle que viviera, después de haberle arrancado el corazón. Ellos eran parte de su vida; se habían alimentado en su cerebro con las fantasías de su imaginación; habían crecido y se habían desarrollado dentro de su sér, nutriéndose de su alma, de sus nervios, de su savia; eran ella misma, tenían que seguir viviendo, y ahora, para torturarla, para caer diariamente, como la gota de agua, sobre la piedra con que pretendía sofocar los gritos que le hacía exhalar su carne desgarrada por el sufrimiento.

— ¡Mentía! exclamó Adela, casi desfallecida, y mentía á una criatura que creía

en su palabra como en la palabra de Dios...

La anciana asistía en silencio á estas escenas, dándose perfecta cuenta del estado de ánimo de la niña, pero ella, con su tacto especial esquivaba cualquier ocasión que pudiese despertar una reminiscencia del pasado.

Limitábase á hacer menos triste la situación de Adela fingiendo una calma que estaba lejos de sentir, comprendiendo muy bien ese dolor y hallándose impotente para mitigarlo. El tiempo, decía con amargura, podrá cicatrizar esa herida, abierta en la plenitud de la existencia. ¡Ah! yo no asistiré á la curación de esa alma, porque mis fuerzas languidecen día á día, pero Adela sabrá hacerse fuerte en la adversidad y llegará, sino á ser feliz, por lo menos, á encontrar soportable la vida en el cumplimiento del deber. Luchará; yo también lo he hecho y he llegado, después de muchas fatigas y de muchos desengaños,

al final de la jornada; yo también estaba sola, y sin embargo, he triunfado; el pasado está tan lejos de mí, que me parece haber vivido en otro mundo y bajo otra existencia.

Quedábase un instante pensativa y luego, moviendo su cabeza, cubierta de mechones blancos, decía con tristeza: ese Emilio es un sér innoble; es de los que creen que engañar á una mujer no es una acción mala!

IX

La viejita había guardado cuidadosamente el diario que leía Adela el día que le sobrevino el ataque pensando, con sobrado fundamento; que sus páginas encerrarían el misterio de una conmoción tan violenta.

No estaba equivocada. En la primera columna de noticias aparecía el nombre de Emilio con su título de doctor en medicina, rodeado de elogios por la tesis que había presentado y por el brillo con que había defendido la última prueba. Agregaba el diario, que había instalado un consultorio, en el que atendería especialmente las enfermedades de

señoras y, como punto final, el anuncio de que pronto iba á contraer matrimonio con una señorita de lo más distinguido de nuestra sociedad.

La viejita se había impuesto con dificultad y con zozobra de la noticia que venía á revelarle toda la verdad de lo ocurrido.

Cuando hubo terminado la lectura, dejó caer el diario, que tenía extendido sobre las faldas; se sacó los anteojos, que estaban humedecidos por las lágrimas, y, haciendo una contracción con la comisura derecha de sus labios, exclamó: está bien, se casa, es ya médico; la niña que había halagado su amor propio y apasionado su alma de estudiante, no satisface sus aspiraciones de médico; ¡ah! pero no es justo que se despida así de nosotras que lo hemos querido tanto, que lo hemos amado como á un hijo, como á un hermano, que hemos alentado su carrera con nuestras palabras, que salían de lo más inti-

mo de nuestro corazón. El estudiante encontraba holgado y distinguido este hogar humilde, el médico necesita buscar el ruido, el oropel, la atmósfera perfumada y los halagos de la sociedad; el estudiante nos tendía la mano con efusión y con cariño, el médico nos da la espalda.

¡Ingrato!... yo iré á despedirme de tí por mí y por Adela!... quiero hacerte quedar bien, agregó con una sonrisa irónica. Un hombre educado, un médico, un caballero que va á figurar entre lo principal de nuestra sociedad, que va á casarse con una niña de lo más distinguido, debe conocer muy bien todas las reglas que impone la buena sociedad, la moral... ¡oh! la moral no figura para nada en estos casos, en tanto que pueda ocultarse con la apariencia de una conducta irreprochable.

La anciana se expresaba así, herida en lo más íntimo. Formó desde ese instante, la firme resolución de visitar á Emilio, sin mucha

esperanza de obtener que se conmoviera por Adela, pues era demasiado altiva para humillarse y se sentía demasiado noble para colocarse en una situación tan inferior.

No es el caso de suplicar, pensó para sí, pues, si Emilio se hubiera dejado invadir por ese egoísmo que hiela aun las pasiones más ardientes, Adela sería para él la misma y dentro de sus aspiraciones cabría perfectamente su hogar feliz, engrandecido por el trabajo, por los esfuerzos de dos almas que luchan unidas. ¡Ah, Emilio, Emilio! — exclamó la viejita levantando su brazo y pronunciando estas palabras con tono casi profético — te emplazo para entonces... tú no eres capaz de sentir el dolor y el remordimiento, pero tal vez la felicidad te niegue en cambio sus halagos...

Cumplió la anciana la promesa que se había hecho.

Una mañana de invierno, nublada, triste,

con un cielo cubierto de nubes espesas, arrastradas por el viento como grandes montones de lana sucia, resolvió la viejita dirigirse á la casa de Emilio. Mucho había reflexionado antes de decidirse, pero, al fin, su resolución estaba tomada, y, aunque no abrigaba esperanza alguna de éxito, no quería permitir tampoco que Adela fuese abandonada así, sin miramientos, y que la maledicencia se enzañara con ella, desde que sus únicas armas de defensa eran la resignación y el sufrimiento.

Tempranito, finjiendo una promesa hecha á la virgen, argumentando con respuestas sùtiles á las protestas de Adela porque abandonaba la cama á esa hora, en una mañana tan fría, salió la anciana en dirección á la iglesia.

Mientras caminaba con paso rápido, arriada á la pared de los edificios, cubierta la cabeza y parte de la cara con un chal negro, iba repitiendo mentalmente todo cuanto

había pensado decir á Emilio. Llevaba perfectamente trazado su plan de ataque y de defensa y estaba dispuesta á no salir de la casa sin una satisfacción plena y amplia por la conducta que había observado.

¡Cómo se sorprenderá de verme á esta hora! ¡ Ah! es que estos hombres sólo tomen á los que saben esgrimir armas y en un buen momento, les toman de la solapa para decirles: caballerito, su comportamiento no es el de un hombre de bien. Entonces, vienen las oscusas, los arreglos, las reparaciones y toda la serie de embrollas que emplean para salir del paso; pero, cuando se trata de una niña como Adela, la acción no es mala, porque no temen encontrar una mano fuerte que les pida cuenta de su proceder. Es una injusticia, una injusticia, pensaba la anciana, acelerando aun más el paso para buir de la lluvia menuda que había empezado á caer.

Próxima ya á la casa de Emilio, sintió que las fuerzas la abandonaban un tanto; el cansancio, la emoción, el temor, ese cúmulo de impresiones que la contrariaban desde hacia tanto tiempo, habian debilitado su energia á punto de que hubo un instante, en que pensó volverse y renunciar á su empresa.

No me falta valor, se dijo, pero las fuerzas no me ayudan; al fin, ¿qué puede hacer una pobre mujer anciana enfrente de un hombre que tiene su partido hecho y que sabrá encontrar una contestación para cada una de las insinuaciones y de las protestas que yo le dirija?... No, no debo retroceder... y al decir esto, la imagen de Adela, extenuada por el desengaño y por las lágrimas, se presentaba ante sus ojos como implorando un auxilio que sólo ella podia prestarle.

Llegó al fin á la puerta de la casa de Emilio, á ambos lados de la cual se ostentaban las chapas de bronce bruñido que la anciana

contempló con desdeñosa tristeza. Miró el número, ya que le era difícil descifrar el nombre inscripto en las placas metálicas, y, viendo que correspondía, comprimió con mano trémula el timbre eléctrico.

En el zaguán, tuvo que apoyarse para no caer. Su respiración se había acelerado de una manera angustiosa; palpitábale el corazón, como si quisiera decirle huyamos de aquí; temblaba como un pájaro asustado, y en ese momento, hubiera deseado que Emilio no estuviese en su casa para salir precipitadamente, ir á la iglesia más próxima, refugiarse en el rincón más sombrío y llorar, llorar con desahogo, como no lo había podido hacer después de tantos años.

Pero no era posible; había acudido el sirviente y, sin dirigirle la palabra, la había invitado á pasar adelante, en la convicción de que era una clienta que requería los consejos del médico.

Dejóse caer en la primera silla; pidió al sirviente, con acento entrecortado por la emoción que aun la dominaba, un vaso de agua, y esperó resuelta y resignada la llegada de Emilio.

Si en ese momento hubiese entrado, ella no habría podido articular una palabra; se le pegaba la lengua al paladar, dando chasquidos; sentía las fauces secas y doloridas, como si tuviera fiebre; temblábanle los labios con contracciones convulsivas y, cuanto mayores eran los esfuerzos que hacía para dominarse, más aumentaba el estado de agitación que la había invadido.

Voy á inspirarle lástima, pensó con desesperación, y ante esta idea toda su altivez se ofendía, todo su orgullo de mujer virtuosa y buena, levantó en su espíritu arranques de valor. No, no triunfará, exclamó en voz alta, sin poderse contener.

Más tranquila ya, empezó á dirigir sus mi-

radas de curiosidad y sorpresa por todos los ámbitos de la sala destinada á la espera de la consulta.

El lujo que la rodeaba era un nuevo enigma para la anciana; luego Emilio no era pobre, como tantas veces lo habia dicho, y en esto también mentia... Pero este hombre está familiarizado con el embuste, como una mujerzuela, pensó la anciana, y, aumentando su curiosidad, se levantó para ver de cerca las cosas que la rodeaban.

Un rico juego de muebles adornaba el espacioso recinto: sillas de marroquí estampado sujeto á la madera por grandes clavos con cabezas doradas en forma de pequeños conos; sillones de respaldo alto, cómodos, confortables, bien dispuestos, simétricos; una mesa de estilo antiguo en el centro sobre la cual descansaba una urna de cristal que cubria un cráneo colocado sobre un sustentáculo de bronce, un cráneo blanquísimo, con los

huesos separados de su engranaje y sujetos por hilos metálicos apenas perceptibles, — una verdadera pieza anatómica artísticamente preparada ; — parecía un cráneo que hubiese estado á punto de estallar y que una resistencia invisible lo hubiese contenido.

Contempló la anciana un largo rato, con los anteojos pegados al fanal de vidrio, aquellos huéscos casi en el aire, suspendidos unos de otros como por atracción, le hacían parecer muy horrible la fría realidad de la muerte.

Las paredes estaban adornadas con cuadros, cuyo mérito no pudo apreciar; sólo distinguía las aristas doradas y los relieves de los marcos; lo demás era para ella manchas confusas de diversos colores. Luego, una serie de pequeños muebles de lujo, de fantasía, y nada que recordara á Adela, pensó con tristeza; ¡ Adela, que tantos regalos le

había hecho para adornar su estudio cuando se recibiera !

Emilio tardaba en presentarse; ¿ la había espiado tal vez por alguna rendija ? ¿ estaría oculto detrás de la pesada cortina que cubría la puerta que daba acceso á la pieza de consultorio ? ¿ se negaría á recibirla y la haría despedir friamente por el portero ? Conjeturaba de esta manera la anciana, cuando de pronto oyó el ruido de la puerta, que se abría con estrépito que la hizo estremecer, y al mismo tiempo, una explosión de risa bulliciosa y grosera, que llegó á su oído como una afrenta.

Sintió una impresión penosa, una especie de escalofrío que recorrió todo su cuerpo; iba ya á levantarse, y esta vez con la resolución súbita de abandonar la casa, cuando vió aparecer una mujer, vestida con lujo, que separaba las cortinas para salir.

No podía distinguirla bien, porque había

arrollado la cortina á la mitad del cuerpo, cubierto por un abrigo de terciopelo, adornado con pieles color ceniza.

Dábale la espalda y, mientras agitaba con la izquierda un largo guante amarillo, enjuto como un andrajo, separaba con la derecha los pliegues de la cortina, inclinándose al interior de la habitación para continuar en secreto la conversación íntima que sostenía. Dió vuelta de pronto, como desprendiéndose de alguien que la sujetara por dentro y, levantando el brazo izquierdo, hizo un movimiento rápido al interior, produciendo un chasquido característico con el guante, que chocaba como un latigazo contra el cuerpo de una persona; cerróse bruscamente la puerta y en vano forcejeó con el pestillo un instante y dió varios golpecitos con el puño enguantado; la puerta no se abrió y entonces pudo ver la anciana á la persona que tenía por delante.

Una joven alta, esbelta, con grandes ojos negros rasgados, de cutis pálido, labios gruesos con comisuras arqueadas en una mueca maliciosa ; cubría su cabeza un sombrero de anchas alas, adornado con plumas del color de las pieles, debajo del cual, se destacaba sombreado y con más realce, el óvalo de su linda cara. Había en su porte, el movimiento audaz de una mujer que provoca, que incita, que ostenta el seno levantado y opulento como una tentación.

Avanzó en esta actitud, haciendo sonar sus pisadas y chocando los muslos contra el vestido demasiado estrecho. Al llegar casi enfrente del sitio en que se hallaba la anciana, arqueó su cuerpo hacia atrás y, girando rápidamente el brazo derecho hacia la cintura, recogió en un grueso pliegue la tela de su vestido, arrollándola á su cuerpo para dibujar mejor sus caderas formadas por las correctas curvas de la elipse.

Miró á la anciana con ojos de sorpresa y, como si su presencia le inspirara una ocurrencia feliz, volvióse de nuevo hacia la puerta, la abrió rápidamente, introduciendo la cabeza por entre los pliegues de la cortina, mientras oyó la viejita que decía :

Emilio, doctor...

Luego un palabreo confuso y por último una nueva explosión de risa. Apartóse después vivamente de la puerta, esta vez como si de adentro le hubiesen dirigido una amenaza, y recogiendo de nuevo los pliegues de su vestido avanzó con los párpados inclinados y una expresión hipócrita marcada en su fisonomía. Al pasar al lado de la anciana, le dirigió una mirada, en la que iba envuelto un relampagueo de mofa, y desapareció cerrando tras de sí la puerta con violencia y dejando el ambiente de la sala saturado con el perfume penetrante de las esencias de que estaban impregnadas sus ropas.

— ¡Desgraciada! exclamó la viejita, eres muy digna de él:

Poco después, apareció el sirviente, hizo una inclinación de cabeza y separando la cortina con una mano, mientras abría la puerta con la otra, le dijo con tono ceremonioso: puede V. pasar, señora.

Al levantarse la anciana casi cayó de rodillas; presa nuevamente de una emoción súbita, se sintió desfallecer, pero esta vez, pudo reaccionar bruscamente; ya estaba allí, enfrente de Emilio, y esta sola impresión la absorbió por completo.

— ¡V. aquí! exclamó éste al verla y, frunciendo el ceño, se puso intensamente pálido.

— V. lo extraña tanto, replicó vivamente la anciana y, sin que él le indicara un asiento, se dejó caer en el extremo de un sofá que estaba á la derecha.

Hubo un momento de silencio; Emilio,

profundamente contrariado por la presencia de la anciana, no había podido ocultar la emoción; no estaba preparado para sorpresa tal, á esa hora y en condiciones tan desventajosas; parecía un delincuente delante del juez y, aunque la anciana no podía sacar partido de todos los detalles de esta escena, pues la escasez de vista no se lo permitía, pudo darse perfecta cuenta, por la actitud de abatimiento y por el tono de sus palabras, de que en el primer asalto había dado en el blanco.

— ¿Y bien, señora? exclamó de pronto Emilio, cruzándose de brazos delante de la anciana, en actitud provocativa.

— Es V. el que me lo pregunta, replicó ésta; perfectamente, voy á satisfacer su deseo; escúcheme V., Emilio... perdon, he querido decir doctor...

Emilio hizo una mueca de desdén y conservando la misma actitud esperó impasible el ataque.

— ¿Qué le hemos hecho á V. para que nos trate de la manera como ha procedido?

Emilio no supo qué contestar; en el primer momento, tuvo la intención de tomar á la viejita de un brazo y enseñarle la puerta de salida, pero un sentimiento de compasión, un poco de remordimiento y la cobardía, que siempre deprime la conciencia de los culpables, le detuvo.

— Nunca las he tratado á Vds. mal; por lo menos, creo haber procedido en casa de V. muy correctamente.

— ¿Muy correctamente, Emilio? ¿No tiene V. nada que reprocharse? exclamó la viejita, mirándolo fijamente.

Emilio guardó silencio un instante, como si hiciese una consulta íntima, y luego contestó:

— Nada, absolutamente nada, señora.

— Tal vez V. no sienta las impresiones que debiera experimentar; en fin, esto es cuestión

de sensibilidad más ó menos delicada...

Emilio se mordió los labios y dirigió á la viejita una mirada de ira... esta vieja ha venido á mi casa á insultarme, pensó para sus adentros ; como no se me concluya la paciencia, iremos bien.

— Vea, Emilio ; yo no me he impuesto el inmenso sacrificio de venir á esta casa para decirle á V. que Adela sufre horribilmente y que no se han agotado todavía sus lágrimas ; yo no he venido á suplicarle que tenga compasión de esa niña, que en su candorosa ingenuidad había hecho de V. un padre, un hermano, un Dios ; yo no he venido, exclamó de pronto con exaltación, para decirle que su existencia dependía tal vez de V. ; todo eso V. lo sabe y ha podido comprenderlo. Si V. nada sentía por ella, no debió fomentar una pasión en la cual cifraba ella toda su felicidad ; pero, si no he venido para recordarle sus deberes...

— ¡ Señora ! exclamó Emilio interrumpiéndola, mis deberes no me los enseñará V. !

— Está bien ; tiene V. razón ; V. es un caballero y debe conocerlos ; pero, como médico, debe conocer también el corazón humano y saber que una niña como Adela no puede ser engañada impunemente ; que su educación, su sensibilidad, su moral, no le permiten conformarse con una conducta como la que V. ha observado sin resentirse profundamente. ¿ Cómo clasifica V. al hombre que sin razón, sin fundamento, falta á su palabra ?

— De esta manera, exclamó Emilio, levantándose y abriendo de par en par la puerta ; retírese V., señora ; puede V. aplicar sus lecciones de moral á quien más las necesite.

La viejita se levantó, pálida y trémula :

— Voy á retirarme, pero antes debo decir

á V. que, si alguna vez le concedí la mano de Adela, es porque ignoraba lo que V. podría ser; ahora he venido para decirle que Adela se casa y que queda V. perfectamente desvinculado del compromiso que había contraído con ella; Adela se casa... y espero podrá ser feliz.

— ¿Se casa? exclamó Emilio con azoramiento.

La viejita sonrió y, mirándolo fijamente, exclamó:

— ¿Cree V. que no tiene el derecho de hacerlo?

Emilio experimentó en ese momento una impresión extraña. El egoísmo dominaba todavía sus sentimientos; sentía una complacencia brutal, pensando que Adela lo amara aun, que sufriera por él y que tal vez estos mismos sufrimientos comprometieran su existencia; pero, cuando vió que Adela podría olvidarlo, casándose, y que tal vez fuera

muy feliz, se consideró humillado y encontró que sus sentimientos, dominados por el cálculo y por la vanidad de una posición social encumbrada, le habían traicionado. Recorrió rápidamente el pasado, no encontrando en él la más ligera sombra ; sus amores de estudiante estaban vinculados á la época más feliz de su existencia ; Adela era una niña pura, candorosa, ingenua, que le había amado con frenesi ; él la había correspondido y su corazón, embriagado ahora con amores más ruidosos, la había olvidado.

Su pasión por Adela no se había extinguido, según él mismo llegó á comprenderlo, pero andaba de por medio el peor consejero : el egocismo, que interponía una valla entre sus sentimientos, tan tiernos y vehementes en otra época, y sus aspiraciones de ahora, que lo habían conducido por otros rumbos, seduciéndolo esa tendencia malsana que lo impulsaba á conquistar una posición social

con un golpe de estado, como él decía.

Ya era tarde para retroceder.

Estaba encerrado en un círculo de hierro. Adela se casaba, feliz, olvidada de él, despechada tal vez por su abandono, pero, en fin, ya no se moriría apasionada y llorosa como una heroína de romance. Era humano su proceder, lo encontraba justificado, y, sin embargo, el hecho de pensar que pronto pertenecería Adela á otro le inspiraba un sentimiento extraño, como si tuviera celos del que no podía ser su rival.

Él se había comprometido con una niña de familia distinguida, rica, inteligente, que le dominaba como á un niño. ¿Estaba enamorado ahora? No lo sabía ni se había preocupado de averiguarlo. Casándose sabría á qué atenerse. Se abandonaba un poco al acaso y llenaba de esta manera el programa de sus cálculos. ¡Ah! pero Adela volvía á ocupar el sitio de que en vano había pretendido

desalojarla y hasta comprendió, en la fugacidad de un minuto, que la voluntad no domina al corazón cuando la pasión lo gobierna.

Hasta entonces había procurado olvidarla en el aturdimiento de su nueva vida, pero la viejita que tenía por delante como un recordimiento, como una protesta, altiva como la dama más encumbrada, desdeñosa casi hasta el desprecio, valiente y enérgica en medio de su debilidad, renovaba en su espíritu todo un pasado que creía extinguido.

Adela, en la salita azul, rodeaba de las mil chucherías con que la había obsequiado, sonriente, confiada, con su aire modesto y distinguido, avanzaba hasta él, — en una de aquellas tardes de verano en que el aire tibio, que penetraba del patio, le acariciaba como un aliento perfumado, — ofreciéndole su ramillete de jazmines como el símbolo predilecto de sus amores, tan puro, tan fra-

gante, tan fresco como la inocencia de la niña.

Esta visión pasó en un abrir y cerrar de ojos por su imaginación; Adela le pareció entonces más linda, más seductora, más angelical, más digna de ser adorada, mientras él, en medio de su vanidad y de su ambición, sintió la soledad, el vacío, y arrepentido, irritado consigo mismo, estuvo á punto de arrojarse sobre la anciana, besar sus manos, implorarle perdón y decirle: ¡ vamos, vamos corriendo á casa de Adela; la quiero, soy el mismo de antes, no la olvidaré jamás, ella me perdonará! ¡ Ah! pero era tarde, habia contraído otros deberes, ya no se pertenecía. Ese mismo lujo que ostentaba no era suyo... ¡ habia vendido su felicidad, su porvenir y la felicidad de una pobre criatura, de la cual era ahora indigno!

La viejita observaba la actitud de Emilio; habianse quedado en pie, silenciosos: él,

con la vista fija en el suelo, mustio, contrariado; ella, sorprendida de su silencio y de su actitud.

— ¡Se casa Adela! exclamó Emilio, después de tan larga pausa.

— Sí, Emilio, y sólo espera para hacerlo una palabra de V., dijo timidamente la anciana, vislumbrando una esperanza.

— Una palabra mía, una palabra mía, añadió éste con voz alterada.

— Sí, una palabra de V., para romper el compromiso que V. había contraído con ella.

— ¡Ah! el compromiso que yo había contraído con ella, repitió como inconscientemente: es cierto, yo le había pedido á V. que me hiciera el honor de concederme su mano.

— ¡Emilio! exclamó la viejita, sorprendida de la entonación sinceramente respetuosa con que había pronunciado estas pala-

bras y sintiendo que su corazón latía con golpes precipitados. ¡Dios mío! ¡Dios mío! — pensó la anciana — has iluminado el corazón de este hombre; ¡oh! si pudiese llevarle á Adela esta noticia!... y sin lograr contenerse se acercó á Emilio y le tomó con ambas manos una de las suyas, á tiempo que le decía :

— ¡Ah, Emilio! sea generoso, V. todavía está enamorado de Adela, sálvela, no deje morir á esa pobre criatura, que tanto, tanto le quiere!

Emilio estaba profundamente contrariado. Cruzaban por su cerebro las ideas como si al nacer quisieran dejar huellas dolorosas de su paso. Jamás había experimentado una contrariedad tan íntima ni sus cálculos habían sufrido nunca una derrota más desastrosa para sus sentimientos. ¡Ah! él tenía la culpa, solo él; después de custodiar su tesoro como el avaro, lo había perdido sin espe-

ranza de recuperarlo. Egoísta, egoísta, se dijo, sintiendo dentro de su pecho una tempestad que lo abrumaba. Miró enternecido á la anciana y le pareció más noble en su actitud digna y humilde. Esa pobre viejita, achacosa, débil, á la cual acababa de despedir de su casa como á una pordiosera, le había querido como una segunda madre; á él le había bastado un minuto para olvidar esa afec- ción desinteresada y recompensarla con un ultraje.

Comprimia todavía la anciana su mano, repitiéndole casi llorosa la súplica que le hiciera por Adela pero él, no atinaba á con- testar, movía simplemente la cabeza y cerraba los ojos, como para ahuyentar la visión de sus recuerdos, que se presentaba tenaz ante sus miradas.

— No puedo, no es posible, dijo por últi- mo, con acento inseguro; ha venido V. tar- de; pero créame, señora, ha venido V. á

despertar en mis sentimientos lo que yo creía extinguido, á poner dudas sobre mis propios afectos y á enseñarme el camino que he debido seguir. ¡ Ah! la más pura, la más buena de las criaturas, dejará en mí un eterno remordimiento... ¡ Ah! si Vd. supiera cuánto me ha hecho sufrir en un minuto! Si Adela leyese en el fondo de mi alma, podría ver cuanto la he querido y cuanto la quiero aun, pero ella debe despreciarme y tiene razón para hacerlo; yo mismo, señora, me siento indigno de ella. ¡ Ah! no me guarde Vd. rencor por mi conducta, yo también sufro y mucho, volvió á repetir Emilio.

— No, Emilio, no, replicó la anciana; no abrigamos esos sentimientos hacia Vd.; hablo por mí y por Adela; eso sería innoble. Nada quiero para mí, no soy yo la que habla en estos momentos, es Adela, Adela, á quien he querido salvar. Adela, á quien pronto dejaré sola en el mundo, sin más amparo que

Dios, á Adela, que se muere, Emilio! y la anciana rompió á llorar con sollozos que en vano procuraba sofocar comprimiéndose la boca con el pañuelo.

— Luego su casamiento... preguntó Emilio con ansiedad.

— No, no se casa, exclamó la viejita; yo se lo he dicho á Vd. despechada; contrariada por su actitud, porque yo habia llegado hasta aborrecer á Vd., Emilio... Perdóneme ¡ hijo mío!... ¡ hijo mío!... exclamó la viejita sollozando con más fuerza... perdóneme, dijo y se arrojó al cuello de Emilio como una criatura desesperada que busca un refugio ante el peligro... Perdóneme, repetia la anciana y sus lágrimas humedecian el pecho de Emilio, el que, sin poderse contener él mismo, comprimió las sienes de la anciana con sus manos temblorosas é imprimió en su frente fria, un beso cariñoso, cual hubiese podido hacerlo con su propia madre.

La anciana no pudo contener una exclamación de júbilo.

— ¡ Emilio ! ¡ Emilio ! repetía fuera de sí, ¿ puedo creer en lo que Vd. me manifiesta así, de una manera tan elocuente, tan afectuosa ? ¡ Ah ! perdóneme ; yo he venido á su casa bajo otras impresiones ; yo lo creía á Vd. malo ; no, me he engañado ; Vd. es un noble corazón... Adela, Adela, estás salva-da, hija mía !... permítame que vaya corriendo á comunicarle esta noticia que le devolverá la salud, la alegría. ¡ Ah, Emilio ! yo, como una segunda madre de Vd., le bendigo con toda mi alma.

Emilio no contestaba ; con los brazos cruzados sobre el pecho, la vista fija en el suelo y una sonrisa amarga en los labios, escuchaba todos aquellos acentos de júbilo, esas explosiones de cariño, de alegría, de gratitud, pareciéndole una crueldad destruirlas ; sufría en silencio las consecuencias de su extravío y

no atinaba á salir de la situación en que sus propias declaraciones le habían colocado y contra la cual no se sentía con suficiente valor para protetar después de las manifestaciones de la anciana.

Esta, seguía en su entusiasmo pintándole su nueva situación, la reconciliación con Adela... Pobre Adela! Seria menester prepararla, advertirla; recibiría una impresión demasiado violenta... ¡Oh, mi pobrecita!... si no sé como empezaré por decirle que Vd. la quiere siempre, que Vd. no la engañaba, que todo fué una niñería, que Vd. volverá á verla...

— Eso no es posible, señora, murmuró Emilio, interrumpiéndola.

— ¡No es posible! exclamó la anciana, abriendo los ojos como azorada. ¡No es posible! volvió á repetir, cual si todo aquello fuese una ilusión de sus sentidos.

— No, señora; cálmese Vd. y escúche-

me... Vd. me ha hecho sufrir un tormento atroz...

— ¡Yo! ¡yo! perdóneme Emilio, le juro...

— No señora, tenga calma, le hablo con la más profunda sinceridad y deseo que Vd. se penetre de mi desesperación y que crea en ella, como ha creído en mi arrepentimiento y en mi declaración hacia Adela; créame, señora, ahora soy yo quien se lo jura á Vd.; mi voluntad no me pertenece, no puedo volver al lado de Adela, porque estoy en visperas de casarme, dijo Emilio como con esfuerzo y casi abochornado de hacer esa declaración.

— ¿Usted?

— Si, estoy en visperas de contraer matrimonio y son tantos y tales los vínculos que he contraído, que no puedo romperlos... tendria que huir, que esconderme, que...

— ¡Dios mío! exclamó la anciana; ¿y los vínculos que había contraído Vd. con Adela?

— Señora, no me haga Vd. nuevos re-

proches ; no me torture más ; sea generosa, dijo, tomando entre las suyas una de las manos frías y descarnadas de la viejita... En fin, agregó en un arranque de desesperación : déjeme V. pensarlo, quiero meditar, estar solo... solo con mis pensamientos íntimos, que sacuden mi cerebro como si fuesen á desgarrarlo... luego, mañana cualquier día, le avisaré á V. mi resolución y, entre tanto, que Adela lo ignore todo, que no sepa que V. ha venido, que me ha visto ; se lo pido como un favor, como un ruego que parte de lo más íntimo de mi alma.

La anciana se retiró contrariada ; las últimas declaraciones de Emilio envolvían, sin embargo, una esperanza alentadora y una duda : ¿ triunfaría la vanidad ?

Cuando Emilio quedó solo, sentóse delante de su escritorio, apoyando el codo sobre el borde del mueble, y comprimiendo su frente con la mano extendida.

Largo rato permaneció en esa actitud. cuando se levantó, sacó del bolsillo una cartera de cuero de Rusia, con sus iniciales de oro primorosamente cinceladas; extrajo de ella un pequeño retrato y, acercándose á la ventana para iluminarlo mejor, lo estuvo contemplando fijamente. Después de un instante, lo arrojó bruscamente sobre el escritorio y empezó á pasearse por la habitación con los brazos á la espalda.

— Adela era la ilusión, la felicidad y el porvenir, dijo deteniéndose. ¿ Y tú ? agregó, dirigiendo una nueva mirada al retrato que había arrojado sobre el escritorio.

X.

Después de aquella entrevista con Emilio, en la que la anciana vislumbrara una esperanza para Adela, había pasado los días en la mayor zozobra. A cada instante creía ver la figura de Emilio cruzar el patio con esa despreocupación y ese aire de engreimiento que le era peculiar. Ella preparaba entonces su mejor sonrisa y restregaba la palma de la mano por su falda de merino para alargársela más suave y más caliente; — las manos de los viejos tienen algo de la frialdad de los muertos, decía la viejita; — pero el enamorado no apareció... Ni una carta, ni un

anuncio, ni un indicio cualquiera que confirmase sus promesas.

No es posible, pensó al principio, que Emilio me haya engañado; su desesperación era sincera, su arrepentimiento venia de lo íntimo... no, no me ha engañado, pero ¡ay! le falta carácter para resolver sin vacilar este problema difícil que decidirá de su porvenir.

Transcurrió así el tiempo y la anciana vió alejarse hasta perderse el anhelado acontecimiento; ya no volverá, se dijo, y, desde entonces, cuando la evidencia de que aquel rompimiento era ya inevitable llevó á su espíritu la convicción de que Adela nada tenía que esperar, tuvo el presentimiento de su próximo fin, amargado por la idea del abandono en que quedaria su pobre niña. Lloró como una alma desolada que ve por todas partes el abismo y que, después de tantos años de luchas y contrariedades, deja

tras de sí otra existencia, como una proyección de su propia vida, entregándole, por única herencia, sus dolores, sus lágrimas, su experiencia durísima y la soledad de su hogar, en el cual consumiría su savia y sus mejores días, como una flor marchitada al nacer, por el desengaño y el egoísmo.

Abatida, sin aliento ya para reaccionar, sintió como nunca el peso abrumador de la vejez. Su única aspiración, por la que había vivido y luchado sin tregua, acababa de desvanecerse y con ella toda la energía de que hiciera gala en otros tiempos.

En algunos momentos, cuando la desesperación le arrebatava hasta las horas de descanso, sentía una impresión tal de aniquilamiento y de desgano de la vida, que la misma muerte se le presentaba como un bien supremo para concluir con su existencia atribulada.

Dormirse para siempre, decía, no sufrir ya

más esta serie interminable de pequeños tormentos, extinguirse en el eterno sueño, es también una felicidad, una compensación miserable, pero al fin una compensación, la única á que puede aspirar una criatura infeliz, que ha recorrido con fe el sendero de la vida, esperando encontrar, después de la arena árida, la yerba húmeda y fragante donde reposar de la fatigosa jornada.

Una visión siniestra se presentaba ante sus ojos: se veía ella misma, amortajada, dentro de un féretro de poco precio, vestida de negro, con un pañuelo blanco, doblado como una venda, pasado por debajo de la barba y asegurado con un nudo en la parte media del cráneo, con los ojos cerrados, la boca entreabierta, paralizada en el último aliento, pintada en sus facciones la placidez del reposo eterno. Los brazos cruzados sobre el pecho, sus manos huesosas, color de cera, con los dedos entrelazados, comprimiendo

su pequeño crucifijo; rígida, atrofiada, como si su estatura hubiese disminuido, expuesta en el centro de la salita azul, sobre un modesto catafalco, cubierto de paño negro orillado con un galón de oro medio deshilachado. Los hachones, como centinelas con penachos de fuego, proyectando sobre ella sombras tenues y rayos amarillentos, desprendidos de una llama que oscila apenas. Por todas partes el silencio, la quietud, interrumpida de cuando en cuando por el cuchicheo de las amigas, de las curiosas, de las que van en punta de pie á contemplar las facciones de la muerta; por alguien que llora en un rincón, sofocando sus sollozos; por el murmullo de un rezo y por el ruido de un terrón de cera que se desprende de los hachones, como una lágrima grotesca, congelada y endurecida al caer! ¡Ah! y Adela, que entra de golpe, llevándose por delante los muebles, abriéndose paso por entre los

concurrentes que tratan de sujetarla; que llora, grita, implora, forcejea por desasirse; pálida, desgñada, con las ropas desprendidas, los ojos hinchados por las lágrimas, la llama con desesperación, mientras reclamándola á la vida con acentos tan conmovedores con explosiones tan intensas de cariño y de dolor, que le hacian comprender cuánta seria la desolación de esa pobre niña el dia que ella sucumbiera.

No, Dios mio, ese eterno bienestar es una ingratitud y es la imaginación la que me transporta á él; deseo vivir, aunque tenga que multiplicar mis sufrimientos, vivir para ella, para ella sola, para mi pobre Adela... ¡ Ah ! ¿para qué querría yo esta existencia si nó fuese para amparar á esta criatura desgraciada?

Pero las fuerzas no le ayudaban ya, iba extenuándose dia á dia y, por más que Adela se esforzara en conjurar por todos los me-

dios á su alcance el peligro que rodeaba la existencia de la anciana, harto comprendía que su tarea era estéril. Asistía día á día al derrumbe de esa existencia, que se extinguía lentamente, sin quejarse, sin demostrar su sufrimiento.

Cuando le preguntaba cariñosamente si se sentía mal, la viejita sonreía, contestaba negativamente y dirigía á su vez la misma pregunta á Adela.

Esta se esforzaba por aparecer mejor de lo que se encontraba y, aunque las huellas de sus sufrimientos no podía suprimirlas con el esfuerzo de su voluntad, ponía el mayor empeño en ocultar á la anciana las lágrimas que había derramado. Alarmada ya por la postración que la había obligado á guardar cama casi diariamente, Adela quiso intentar el último recurso. Tomó el hilo de su vida pasada, haciendo en la casa todo el ruido posible, fingiendo preocuparse de su

persona, de sus trajes, de sus muebles; se sentó al piano como en otros tiempos y los acordes de las piezas predilectas de la viejita llegaban hasta su oído, entorpecido por la debilidad; largas horas pasaba á su lado, procurando hacer recaer la conversación sobre temas alegres, riéndose de sus travesuras de niña, recordando el estrépito que promovía con las persianas, la irritación que había experimentado la viejita el día que le dió bromas sobre los *bibelots*, llegando, en su entusiasmo por reanimar el espíritu y las fuerzas de la anciana, hasta decirle que Emilio era un embustero, un pretencioso, que se había figurado que una niña como ella le serviría para pasar el tiempo en sus horas de ocio, que ya lo había olvidado por completo y, más que eso, que se consideraba muy feliz en no haberse vinculado para siempre á un hombre de esas condiciones morales. Todo esto lo repetía

Adela maquinalmente, pero sin poder ocultar la emoción que experimentaba, sin poder remediar el temblor de su voz y la palidez que cubria su semblante.

En más de una ocasión, después que habia procurado engañar á la anciana, desviándola de sus pensamientos tristes, se levantaba como herida en el corazón, corria á la salita y, arrojándose sobre el sofá, ocultaba su rostro para sofocar los gritos de desesperación y los sollozos que ahogaban su garganta.

Se engaña á sí misma y procura engañarme, decia la anciana, moviendo la cabeza con desaliento. ¡Ah! yo sé muy bien que todo esto es fingido; ¡pobre Adela! teme también ella que mis dias estén contados.

XI

Una mañana, cuando Adela fué al dormitorio de la anciana, para ofrecerle el desayuno que tomaba habitualmente, la encontró muerta.

No se había quejado, no había pedido auxilio durante la noche. Adela se había despedido de ella como de costumbre, sin sospechar el funesto desenlace; no le había manifestado la viejita que se sintiera mala; por el contrario, le había hablado de sus proyectos para cuando se mejorase y del deseo que tenía de mudar de casa y de barrio. Aquella vivienda, testigo tantos años de sus

días felices, parecía reclamarle ahora esas alegrías, que habían huido para no volver. Adela le había agradecido con demostraciones efusivas aquella resolución, pues estaba conforme con sus deseos y con la necesidad cada vez más imperiosa de olvidar, de borrar de su memoria y de su imaginación todas aquellas imágenes que surgían de la materialidad de las cosas que la rodeaban y que tanto influían en sus sentimientos y en sus recuerdos.

Nos iremos lejos, — le había dicho la viejita con acento cariñoso, — lejos del bullicio de la ciudad; buscaremos una casita con jardín, bañada por el sol, y allí, con la quietud y el silencio, nos olvidaremos de todo. ¡ Ah ! tú no sabes, agregó, cuánto bien hacen al espíritu el aire puro, el sol tibio, el perfume de las plantas y ese alejamiento de la gente... ; Es tan mala esta gente !...

Quedóse pensativa, recostada hacia la ori-

lla de la cama, apoyando el codo sobre la almohada y sosteniendo con su mano blanca y temblorosa el borde de su mandíbula descarnada. Parecía que un mundo de recuerdos tristes hubiesen acudido á su memoria; suspiró profundamente y, tendiendo una mano á Adela, le dijo casi con tono de súplica: acuéstate, mañana hablaremos de nuestros proyectos y pronto los realizaremos.

El tono de las últimas palabras había conmovido á Adela, experimentó en ese momento un deseo vehemente de abrazar á la viejita y de cubrirla de besos cariñosos; ¡ah! es que Adela no había podido aun desahogar todo su dolor; sentía dentro del pecho algo como un círculo de hierro que comprimiera su corazón y sus pulmones; necesitaba llorar, pero llorar con desesperación, sobre el pecho de una persona amiga, diciéndole todos sus sufrimientos para en-

contrar un consuelo, un alivio que la anciana no podía proporcionarle.

Cuando se convenció de que la anciana estaba muerta, su dolor no tuvo límites; se arrojó sobre el lecho con los brazos abiertos; la tomó después como á un niño á quien se levanta de la cuna; la comprimió contra el seno, inundando de lágrimas y cubriendo de besos su rostro frío. Llamábala con acentos desgarradores, repitiendo á cada instante: ¡ah! ahora puedo decirte cuánto he sufrido, ahora puedo arrojar fuera de mi corazón este mar de lágrimas que he ido acumulando día á día por temor de entristecerte, ahora puedo decirte que Emilio vive todavía en mi alma como el primer día, que su sombra me persigue á todas partes, que en todas partes me sonríe, me habla, me llama, me tiende su mano... ¡Ah mamita!... ¡cuánto, cuánto he sufrido por ocultarte mi dolor! ¡Cuánto sufriré ahora que tu ya no existes,

que no te veré más, que no oiré tu palabra, que caía sobre mi corazón como un bálsamo, que ya no tendré tus consejos y el aliento de tu fuerza de voluntad para olvidar, para resignarme, para no morirme, y nuevos besos y nuevos abrazos, en tanto que un torrente de lágrimas corría de sus ojos. ¡ Ah ! pero tú sabías que no lo había olvidado, tu comprendías que yo hacía esfuerzos para engañarte, alma noble y generosa ; jamás una queja salió de tus labios, nunca un reproche vino á contrariarme.

Adela cayó de rodillas, sollozando y teniendo entre sus manos la de la viejita, — una mano con los dedos flexionados, como si al despedirse de la vida hubiese creído encontrar la suya para comprimirla — hasta que la acercó á sus labios para besarla como una reliquia.

Cuando se levantó, estuvo largo rato contemplando el cadáver. Las facciones de la

anciana no se habían alterado ; por el contrario, habiale dado la muerte una expresión de calma y de dulzura que la hacía parecer más bien una persona dormida. De su bella frente se habían borrado las arrugas, haciendo más pura la curva suave que terminaba en los arcos prominentes de las órbitas. Estaban los párpados caídos y humedecidos en sus bordes, como si la última lágrima hubiese sido detenida por la muerte ; sus mejillas enjutas, relucientes, con ese brillo semejante al del marfil, no tenían ya los pliegues que en cada contracción levantaban la comisura de sus labios y daban tanta animación y una expresión tan vivaz á su fisonomía inteligente.

Adela estuvo contemplándola con una mirada de piedad infinita ; lloraba ahora en silencio y cada uno de estos detalles se iba grabando en su cerebro, como para favorecer mejor la evocación de su imagen cuando ya descansara en el sepulcro.

Inclinóse después para besarla una vez más en la frente, arregló su cabello canoso, aliándolo contra las sienes, cruzó sobre el pecho sus brazos ya rígidos, y entre sus manos, entrelazadas con esfuerzo, colocó un pequeño crucifijo.

— ¡Adiós! pobre mamita ¡adiós! exclamó después, comprendiendo todo el peso de su inmensa desgracia, y con una congoja indecible agregó:

— ¡Sola!... ¡sola!...

Y cruzando la habitación con los ojos enrojecidos é hinchados por el llanto, se dirigió con paso incierto al pequeño jardín del patio, para recoger todas las flores que se habían abierto durante la noche y adornar con ellas el lecho de la muerta.

XII

Ningún dolor comparable al de Adela después que murió la anciana. En el momento de sacar el modesto féretro de caoba, encima del cual había colocado piadosamente una corona de violetas artificiales, sujeta á las manijas de ambos lados por una ancha cinta de raso negro, Adela, que contemplaba la escena desde su habitación, al través de uno de los vidrios que empañaba con su aliento, no pudo reprimir sus sollozos ni las exclamaciones de eterna despedida, traduciendo con frases desgarradoras las explosiones de su intenso duelo.

Cuando lo vió aparecer por la puerta de la salita azul, balanceándose como una cuna, mientras las personas que lo conducían se achicaban, se retorcian, se ponian de lado para facilitar la salida por la estrecha puerta, le pareció que aquellos hombres, algunos de los cuales ella creia ya muertos, viejos, encorvados, vestidos de negro, caminando lentamente, con las piernas rígidas, unidas, le arrebatában á su viejita, se la llevaban con la despreocupación y la indiferencia con que se cambia de sitio á un mueble y, sin poder dominarse, con los ojos llorosos, el cabello en desorden, dejando enredado en el respaldo de un sillón su pañuelo de lana á cuadros blancos y negros que llevaba á la espalda, corrió precipitadamente, rechazando con violencia brazos y manos que salian de entre las sombras como apariciones, para sujetarla, para contenerla. Desasiéndose de unos, empujando á otros, sin oír razones, sin aten-

der consuelos, desesperada, fuera de sí, dando gritos que hacian retroceder á las personas que le salian al paso, llegó así á la salita azul, mientras los últimos acompañantes, cabizbajos, alisando la copa del sombrero, invitándose para ir en el mismo carruaje, le formaban una barrera, negra, movediza, dejando detrás de ellos, como un despojo, el catafalco levantado en el medio de la sala, cubierto por el paño de terciopelo negro, descolorido, raído, salpicado por la cera derretida como escrecencias de lepra, arrollado en el suelo en uno de los cantos, pisoteado, roto como un trapo viejo, y los hachones, medio consumidos, con crestas blancas, rugosas, pegadas á lo largo, apagados en ese momento y exhalando todavía espirales de humo acre por la pavezza negra, torcida como un pico de ave de rapiña, carbonizada, con un punto brillante como una luciérnaga, que aparece y se esconde, que aumenta el relam-

pagueo fosforecente de su luz, que la agranda, la cubre con sus alas, hasta que al fin, desaparece en una crepitación de agonía.

Adela vió todo esto al través de sus lágrimas y de la semi-obscuridad de la salita. La tensión nerviosa que la había excitado y sostenido, la abandonó de golpe. Cayó entonces de rodillas, apoyando su frente contra el borde del catafalco y con los brazos estirados sobre el terciopelo, haciendo esfuerzos por sostenerse, por apoyarse sobre esa superficie suave, lisa, untuosa, que se escurría de sus manos formando pliegues como la piel de un animal. Oyó en seguida el ruido del carro fúnebre, que empezaba á rodar pesadamente sobre el empedrado, y el choque casi unisono de las portezuelas que se cerraban de golpe, enviándole un eco de despedida, inarticulado, lúgubre, mezclado al vocerío, al murmullo de la calle, al ruido de las persianas con que los curiosos movían sus varillas para es-

piar, penetrar con sus miradas en el interior de la salida é imponerse, con esa inconsciencia del vulgo que obedéce á las exigencias de los sentidos, de lo que pasa en el interior de una vivienda de donde han sacado á un muerto, lo que ha de servir de tema de conversación á más de uno, que lleva bien apuntado en la memoria el número de carruajes y el de coronas, la clase del fúnebre y el valor del féretro.

Continuaba ella sollozando y sintiendo desgarramientos íntimos, como si la vida se fuera desprendiendo poco á poco de su sér. ¿Es cierto que te has ido? decía de pronto. ¿Es cierto que ya no te veré más?... ¡Pobre mamita!... Era su alma la que hablaba, era su vida entera que protestaba de la desgracia, ante el misterio de lo desconocido, de lo impenetrable, y continuaba así, llamando á su viejita con todas las expresiones más tiernas de su cariño y de su dolor.

Debilitada, enferma, quiso levantarse y no pudo; se le doblaron las rodillas, como si sus articulaciones se hubiesen dislocado; se sentía oprimida, asfixiada, en aquel ambiente saturado con las emanaciones de los zahumerios de benjuí, el olor á cera derretida, el humo casi pegajoso, las pavezas de los hachones que seguían ardiendo á intervalos y despidiendo olor á trapo grasiento quemado, el desinfectante que se había derramado sobre el catafalco y las flores secas, marchitas que se habían esparcido por el suelo. Procuraba no respirar aquel aire viciado, denso, que penetraba á sus pulmones con esfuerzos, como un velo que le quedase adherido á las fauces.

Dejóse caer, arrastrando el paño negro que vino á cubrir la mitad de su cuerpo como una mortaja, y allí, en el suelo, en la actitud que tomaba cuando iba á la iglesia, empezó una oración, interrumpida cien veces

por los recuerdos de la anciana, cuyo nombre unía al de Dios, ya que ella había sido por tantos años su providencia.

Agrupadas á su alrededor estaban las amigas, formando una mancha negra, de entre la cual salían cabezas, gestos, miradas, actitudes de sombra, suspiros, súplicas y un murmullo de palabras como un deletreo.

Sentadas en el sofá, conversaban en voz baja dos señoras viejas, enjutas, con aspecto de personas pobres, vestidas de negro y abanicándose con movimientos suaves, como si quisieran llevar el compás con lo que hacían con la cabeza.

Dos viejecitas antiguas, insensibles, perseguidas por la desgracia y los achaques. Eran gemelas; no se habían casado por no separarse; tenía una de ellas la preocupación de que iban á enterrarla viva y por esto, eran las primeras en presentarse, cuando moría alguna persona de su relación, para estudiar

detenidamente los signos de la muerte.

Al ver entrar á Adela y oír sus exclamaciones de dolor, se miraron, deteniendo los vaivenes del abanico, é hicieron un pito con los labios llevando después en una contracción una comisura en dirección á la oreja del mismo lado, como queriendo significar que aquella desgracia habria sido para ellas un átomo comparada con la inmensidad de sus desdichas.

XIII

Con la muerte de la anciana había llegado para Adela el momento más difícil. Sentía como si la viejita se hubiese llevado al sepulcro una parte de su existencia, tal era el enervamiento y el desconsuelo que dominaba en su espíritu.

Era una verdadera prueba para sus sentimientos y para su condición de niña huérfana. No le arredraba tanto tener que luchar con la escasez de medios, con las privaciones, con la miseria tal vez, como la falta de un amparo moral, que ahora le reclamaba con

más energía la pasión que aun alimentaba por Emilio.

Su imaginación, como la de todas las personas impresionables y delicadas, se había aliado con sus recuerdos para torturarla. Borrábase de su memoria el tiempo transcurrido y se le figuraba siempre que Emilio debía acudir afectuoso y conmovido á imponerse de su desgracia, á darle el pésame, y que esto sería motivo para que le pidiera el perdón de su conducta pasada, mientras ella, emocionada, más enamorada que nunca, le tendería su mano para que la retuviese, como en otro tiempo entre las suyas.

Continuaba alimentando esta ilusión como una necesidad, como un consuelo, como la esperanza que cruza por la mente del viajero perdido en la maleza cuando, atraído por el miraje, toma aliento, se hiergue, se echa en cara su desesperación y su cobardía y corre, camina, sin sentir la fatiga, sin experimentar

el hambre, hasta que la realidad le postra, desfallece y muere.

No comprendía aun cómo Emilio hubiese podido olvidarla después de tantas promesas y protestas de cariño. Es que ella, en su ingenuidad de niña, juzgaba de su conducta por sí misma, por sus propias impresiones, por la vehemencia con que le había entregado su corazón, con ese desprendimiento de las almas confiadas.

Por momentos protestaba de este abandono como de una injusticia, y la esperanza, nuevamente alimentada por la duda, le hacía olvidar que enfrente de ella estaba la realidad fría, implacable, ante la cual debía someterse. Rehusaba aceptarla, como rehusa el enfermo que le amputen un brazo, con esa resistencia instintiva, que no obedece á la razón, sino á la sensibilidad, al temor, al horror mismo que inspira la carne que es menester cortar en colgajos para salvar la vida.

Su alma estaba empeñada en esta lucha ; prefería morir antes que desprenderse de esas ilusiones, que se adherían á ella como la carne dolorida y enferma que se aferra á los tejidos sanos en un último esfuerzo por conservarse.

La materialidad de las cosas no la había preocupado hasta entonces, pero hubo de conformarse con su nueva existencia recogiendo como el náufrago los últimos restos de su barco para improvisar un hogar en la playa desierta.

Abandonó un día su casita, cual si fuera al destierro, y cuando contempló en la calle los muebles de su salita azul, amontonados, en desorden sobre un carro alto, cuadrado, y oyó los crujidos de la madera y el desgarramiento del damasco que en un descuido se abrió como una herida, experimentó ella también un desgarramiento íntimo, — ella, que los había cuidado tanto y que encon-

traba en cada uno tantas reminiscencias del pasado.

Su salita azul estaba ahora en la calle como abochornada; miraba ella los muebles y le parecía que en medio de aquella confusión de sillas, espejos, sofás, mesitas, en presencia de esa desnudez de las cosas materiales, trataran de esconderse, de empujarse, buscando en los rincones más ocultos del carro un refugio contra las miradas de los curiosos, de la gente de la calle, que había formado un grupo para presenciar el desfile de la mudanza. Adela contemplaba sus muebles, puestos allí en exhibición, y se le figuraba que todo el mundo iba á imponerse de su desgracia y que todos los que fijaban en ellos su atención penetraban en la intensidad de su dolor.

Hubiera deseado que su nueva vivienda estuviese inmediata, para sacarlos de noche, con cuidado, de á uno, é instalarlos con el

decoro que parecían reclamarle. Ahora, puestos así sobre un carro: los sofases con las fundas arremangadas para mostrar sus remiendos y sus resortes como visceras de acero, las mesas tumbadas como armazones desvencijados dentro de los cuales estaban sujetos los cuadros, comprimidos por almohadas sin funda, enrojecidas de vergüenza, blanduzcas y flexibles como la gordura falsa de los hidrópicos, y luego las sillas, amarradas de á dos como presidarios, y las consolas livianas, brillantes, con sus forros de felpa y sus flecos, que hacía ondear el viento; prendidas de ella, como en compañía más selecta, las pequeñas repisas, el banquito donde la viejita apoyaba su pié, calzado con botines de paño, haciendo ver en el centro una mancha blanca como una cabeza calva; por último, el esqueleto de la araña, con una envoltura de diarios viejos atados con hilo, como el cuerpo de una momia; todo ese con-

junto puesto en desorden, al azar, llenando los claros del carro, mezclado, confundido, como la gente en las manifestaciones, codeado, masoneado, tratado torpemente por las manos groseras y sucias de los peones, que dejaban impresos sus dedos con manchas grasientas en los respaldos y su aliento en los espejos, en los cuales se miraban mientras reían y se insultaban, increpándose el desgaste de una silla, la rotura de una cornisa, el crujido de algo que estaba como bajo un montón de ruinas, cediendo al peso del derrumbe.

Adela veía todo aquello y los colores se le subían á la cara; se le oprimía el corazón; veinte veces estuvo para dar un grito, cuando veía un mueble á punto de caer de las manos de aquellos torpes que lo conducían, y veinte veces se contuvo, por temor de sus insolencias y de que se vengaran haciendo un destrozo intencional.

Su casita, en la que había vivido como en un santuario, era arrastrada á la calle, mezclada al fango, deshecha en pedazos, amontonada en un carro, escudriñada, insultada, tratada como en un saqueo. Cuando arrojaron á uno de los carros el último mueble y empezaron á desfilar ante sus ojos, haciendo más violento los choques y los crujidos, y vió todos aquellos muebles, que no parecían los mismos, se estremeció ante los movimientos bruscos de los vehiculos, que parecían querer volcar en la calle el contenido, que llevaban amarrados con cuerdas y pedazos de frazadas viejas. Ella, que miraba por las rendijas de la persiana, no pudo contener ya sus lágrimas, y cuando vió el último carro, que pasó rosando el cordón de la vereda, como dando tropezones, tuvo que apoyarse contra el quicio de la ventana para no caer.... En el sillón de esterilla, el asiento predilecto de su viejita, iba arrellenado uno

de los peones, fumando su pipa de yeso y leyendo un retazo de diario que había arrancado del envoltorio de la araña.

Contempló después con tristeza aquellas paredes desnudas, con el papel desgarrado en algunos puntos y los agujeros de los clavos como órbitas huecas; tuvo miedo; recorrió rápidamente aquellas habitaciones desiertas, apenas iluminadas por la escasa luz de una tarde fría y nublada; volvió á la salita azul y, disponiendo con la imaginación los muebles en sus respectivos sitios, iba á darse vuelta, para enviar una mirada de despedida al interior de esa vivienda que ya no volvería á ver, pero el estrépito de una puerta que se cerró con violencia, sacudida por una ráfaga de viento, produjo un eco siniestro; sintió ella entonces una impresión súbita de terror y echando sobre su semblante el tupido crespón de duelo que caía desde su cabeza á la espalda, salió precipitadamente á la calle. Su

planta de jazmín estaba aun en la vereda, esperando el turno; uno de los peones cuidaba de ella; cuando Adela vió que aquel hombre pasaba las manos por las hojas aterciopeadas, sintió que se crispaban sus nervios, como si ella misma sintiera en sus mejillas, el roce de esa mano callosa y de dedos mochos. Apresuró el paso y al llegar á la esquina vió que por la acera opuesta aparecía un hombre conduciendo un gran ramo de flores; dió vuelta instintivamente, para contemplarlo, mientras á pocos pasos de ese, venía otro, llevando abrazado y con esfuerzo un magnífico bronce representando el grupo de Boucher. Al llegar á las casas de las feas se detuvieron, miraron el número de la puerta, para cerciorarse de que era la seña indicada, y penetraron en seguida.

Al proseguir su camino, oyó Adela una voz de mujer que decia á su espalda: esta noche se casa una de las niñas.

Ella se estremeció involuntariamente y la frase de Emilio resonó en su oído.... ¡son tan ricas!

Repitió mentalmente el dicho y apresuró aun más su marcha, temerosa de que la sorprendiera la noche en la calle, á ella, que jamás habia salido sola y á esa hora.

XIV

Una reacción favorable se había operado lentamente en el ánimo de Adela. Las distracciones del trabajo, las obligaciones que ella misma se había impuesto, por la necesidad de atender decorosamente á su nueva posición, habían influido de una manera benéfica en su organismo moral, á punto de que la conformidad con que contemplaba ahora el pasado la sorprendía á ella misma y la hacía pensar seriamente en que tal vez había exagerado un poco sus dolores, por el hábito de renovarlos diariamente, con esa complacencia que se encuentra en el dolor

mismo cuando él nos proporciona el recuerdo de las dichas que le precedieron y á las que está vinculado como el gusano á la planta, que da flores fragantes pero que, un buen dia, muere porque ha carcomido sus raíces.

Había ponderado ella la situación y se había resuelto á afrontarla como un nuevo sacrificio que el tiempo y la resignación irían aminorando hasta devolverle, sinó sus alegrías, por lo menos para continuar con más ardor en la lucha; — muy poco exigía en compensación de lo que ella había sufrido y de la incertidumbre en que estaba siempre respecto del porvenir.

Dividía su tiempo entre las tareas que se había impuesto y sus recuerdos. La viejita estaba siempre ante sus miradas como una evocación que se presentara á cada instante á inspirarle confianza y aliento, ella rezaba todas las noches pero, más que una plegaria, eran monólogos, que sostenía en el silencio

de su vivienda, haciéndose la ilusión de que el alma de la anciana la acompañaba en esos momentos y le agradecía sus recuerdos piadosos, como le agradecía en otro tiempo las atenciones que le había prodigado durante su enfermedad.

No había oído hablar ya de Emilio y se consideraba feliz en conservar su recuerdo como una reliquia que se guarda escondida en el seno y que se saca de vez en cuando para imprimírla un beso con respetuosa devoción.

Se levantaba en su espíritu ese recuerdo como el de una persona muerta y hubiera deseado, ya que el destino había dispuesto que él la abandonara, no oír jamás su nombre ni tener noticias de la posición que ocupara. Si había llevado su felicidad, su porvenir, un pedazo de su alma; ella le había reclamado con lágrimas ardientes estos bienes; el silencio había contestado por él;

ahora nada tenía que esperar ya. Vivir y vivir honradamente, aferrada á la prosa de una existencia monótona, sin impresiones, sin alegrías; recorrer á paso lento la misma senda que habia recorrido la anciana, pero más desgraciada que ella, pues no tenía un solo vínculo que atrajera sus afectos.

Cuando las ráfagas heladas de melancolia y de abatimiento pasaban sobre su corazón, deprimiendo su espíritu con una tristeza invencible, redoblaba entonces sus esfuerzos para ahuyentarla, abandonaba su humilde vivienda, recorría las calles al acaso, con paso precipitado, esquivando las gentes, dando tropiezos, hasta que el cansancio la hacia detener. En muchas ocasiones se paraba de golpe, alarmada por la distancia recorrida -- habia caminado como una inconsciente -- y por lo general penetraba á la iglesia más próxima, elegía el paraje más apartado, en el fondo de alguna capilla envuelta en el mis-

terio de las sombras, rodeada de la quietud y del silencio, aspirando el aire impregnado con ese olor suave á incienso, como si fuera una exhalación de los santos, que parecían animarse en sus actitudes místicas. Elevaba allí su plegaria, enviaba al cielo sus pedidos, ese favor tantas veces reclamado por las almas que sufren, y satisfecha, tranquila, como si todos los santos de la iglesia hubieran prometido interesarse por sus súplicas, abandonaba el sagrado recinto para volver con paso lento á su vivienda.

Era allí objeto de las mayores atenciones de parte de una familia con la cual compartía su pan diario. Tenía para ésta tantos atractivos y eran tantas las simpatías que había despertado, que á fuerza de quererla habían concluído todos por rodear su nombre de una aureola de respeto, de admiración y de cariño, que en los menores detalles procuraban demostrárselo. La situación de Ade-

la, la bondad de su carácter, tierno y angelical como el de una criatura, el sello de sufrimiento que se destacaba de su fisonomía de niña resignada, había interesado á todos y, sin quererlo y á pesar de su retraimiento y de sus reservas, era ella la dueña de la casa, la que disponía de todo, la que fallaba sin apelación en todas las disidencias, aún en las más íntimas. Formaba parte de la familia, se la disputaban, los niños corrían á abrazarla y se sentían orgullosos cuando habían merecido sus caricias; todos hubieran deseado que Adela estuviese siempre allí y hasta pensaban con disgusto y con afectuosa zozobra en el día que pudiera abandonarlos.

— Esta niña debe sufrir mucho, decía una de las señoras á una amiga íntima, á la cual la habían presentado.

— ¡Cómo se le conoce en la expresión de los ojos!

— ¿Ha visto qué manera de mirar?

- Es una languidez de persona enferma.
- ¡ Y qué aspecto tan distinguido !
- ¡ Ah ! si es de muy buena familia.
- ¡ Pobrecita !
- ¿ Está de luto por los padres, no ?
- No, por una tía.
- ¿ Dicen que estaba de novia ?
- Nosotros no hemos podido saberlo, pero debe ser así.
- ¿ Ella nunca conversa de eso ?
- No, jamás ; algunas veces la hemos oído llorar, pero no nos atrevemos...
- Es natural... no... podría tomar á mal que Vds. trataran de indagar.
- Y con razón ; ella es tan buena, tan cariñosa... le aseguro á V. que es una santa esta niña !
- Si basta mirarla... lo está diciendo...
- Estos y otros diálogos mantenían las señoras de la casa con las visitas, atraídas también ellas por la curiosidad, por las pondera-

ciones y por el misterio que rodeaba á Adela. Contemplábanla como á una criatura excepcional y en su presencia casi se sentían emocionadas, cual si conocieran toda la historia de sus amores y de sus lágrimas.

Ella había notado toda esa atmósfera de simpatía y de curiosidad que despertaba, sonreía y, sin preocuparse de ello, continuaba su existencia, entregada con fe al trabajo que podía proporcionarle el escaso caudal de sus conocimientos y de sus habilidades de niña bien educada. Por este lado se consideraba feliz, tan feliz, que hubiera deseado que su viejita hubiese podido verla desplegando una actividad de la que no se hubiera creído capaz.

Hasta había conquistado fama para confeccionar vestidos con corte tan elegante y una gracia tan especial, que hubieran podido hacer competencia á los que salían de las mejores casas.

Aceptaba esta tarea con la reserva propia de las señoras que han ocupado una posición social holgada y que se ven obligadas por los reveses de la suerte á tomar una aguja, aguja que pesa en sus manos delicadas como el martillo del obrero, que ha visto perder su fortuna y que á la vejez tiene que machacar el hierro sobre el yunque.

Un día le fué encomendada la confección de un traje de novia.

Lleváronle las ricas telas y los azahares, tan blancos, tan artísticamente hechos, que tentaban á aspirar su perfume, cual si fuesen recién cortados de la planta.

Adela desplegó emocionada aquellas telas y en el primer momento se sintió como impulsada á rehusar la tarea. ¡ Cuántas veces había soñado ella con su traje de novia! ¡ Cuantos recuerdos iba á despertar en su memoria la confección de ese vestido!

Crujía el raso bajo la presión de sus dedos, brillando como una chapa de plata; lo había extendido sobre su mesa de labor, desparrramando los azahares y los retazos de tul, y ella de pie, pálida, indecisa, contrariada por su debilidad, miraba todo aquello como si esas telas y esas flores hubiesen entrado á su vivienda á desterrar las sombras de tristeza que la cubrían, á llevar la alegría y el ruido, formando contraste con su vestido negro de riguroso luto.

¿Quién será su dueña? pensó. ¿Será feliz?... ¡Cómo me agradaría conocerla!

Examinó detenidamente el corte de las distintas piezas y pudo juzgar del cuerpo y de la estatura. Es bajita, se dijo, pero debe ser muy linda, agregó, y, como si una simpatía secreta la vinculase á la desconocida, experimentó el deseo de emprender su obra con más empeño y entusiasmo de los que había sentido al principio.

— ¡ Pobre niña ! exclamó — si ella supiera que su traje de novia me ha causado tanta emoción y que casi lo he salpicado con mis lágrimas, creería que es un signo de mal augurio y tendría una contrariedad en su noche de bodas... que sea feliz... yo sola debo llorar en silencio y ocultar mis lágrimas... Y tomando con precaución las telas las dispuso en la forma más adecuada para dar comienzo á su labor.

Trabajó sin descanso hasta altas horas de la noche y dos días después aquellos pedazos de formas extrañas estaban perfectamente unidos y sólo faltaban los azahares para que el traje estuviese terminado. Cuando lo contempló, pasando las palmas suaves de sus manos delicadas sobre la superficie reluciente del raso para arreglar mejor los pliegues de la falda, tuvo un pensamiento que la hizo sonreír con tristeza. Casi tiene mi propio cuerpo; ¿si yo me lo probara? Desechó

este pensamiento y doblando el vestido cuidadosamente empezó á elegir los ramilletes de azahares para fijar mejor su distribución.

Oyó en ese momento que un carruaje se detenía á la puerta y poco después el ruido de pasos precipitados y el choque de las manos enguantadas de alguien que llamaba desde el patio. Levantó las cortinillas de tul que cubrían los vidrios de la puerta de su habitación, que comunicaba con esta parte de la casa, y quedó mirando sin atreverse á abrir. Una niña de porte distinguido, vestida con lujo y en actitud de esperar con impaciencia, le hizo una ligera inclinación de cabeza.

Bajó Adela la cortinilla y presintiendo que la desconocida fuera la dueña del traje abrió la puerta y se adelantó á recibirla.

— ¿La señorita Adela ?

Adela hizo también una inclinación de cabeza, pero con un aire á su vez tan distinguido, que la niña fijó desde ese momento su atención en ella. Muy simpática, pensó, y luego:

— ¿ V. tenía encomendado un vestido de novia?

— Está terminado, señorita; sólo faltan los azahares, contestó Adela con las mejillas encendidas; puede V. pasar.

La niña entró sin miramientos á la vivienda; Adela penetró en seguida y la ofreció, para que se sentara, uno de aquellos sillones, forrados de damasco, que adornaron en otro tiempo la salita azul.

La desconocida estaba ahora como confundida de la actitud que había asumido. Aquella vivienda, el aspecto de Adela, su aire de niña distinguida, casi tan joven como ella, la suavidad de sus maneras, la modestia de su traje, la corrección con que se expre-

saba aún en los detalles más insignificantes, llamaron su atención. Había en toda su persona un conjunto de rasgos tan especiales, que despertaron aún más la simpatía con que la había atraído desde el principio.

Es extraño, pensó; esta habitación es una mezcla de lujo, de pobreza, de ostentación y de modestia; es algo muy original; luego, esta niña, que se me figura haber conocido antes; casi no desdeñaría en ser su amiga.

Y mientras Adela desplegaba ante sus ojos el valioso traje que había confeccionado con tanto empeño, su dueña se sentía más atraída por todo aquello que la rodeaba, con la curiosidad propia de una persona que recibe impresiones que no creía encontrar.

— Muy lindo, muy lindo, repetía; sí, es de mi agrado, y contemplaba en tanto el piano de formato moderno y de buena fá-

brica, la pila de papeles de música y luego algunos cuadros que adornaban las paredes ; entre ellos, los retratos de los padres de Adela, que se destacaban allí como para inspirar respeto por su actitud severa y circunspecta.

En el fondo, la camita de bronce, adornada como una cuna ; enfrente de ella, un mueblecito de *toilette*, — una verdadera joya de ebanistería, adornado con ese bagaje de botes y frasquitos de cristal, que no contienen nada pero que encierran el secreto de ciertas bellezas de impresión, — un regalo de la viejita en el día de su cumpleaños.

Con miradas rápidas, abarcando todo con ese primer golpe de vista que poseen las personas acostumbradas á otro medio social y á la monotonía de las viviendas de lujo, casi todas iguales por la disposición y el estilo de los muebles, la niña se había penetrado de

que allí se encerraba un misterio y de que la señorita que tenía por delante no estaba lejos de encontrarse á su nivel, por más que su posición humilde las separara. Y no pudiendo resistir más la curiosidad que la impulsaba, hizo una mueca graciosa, á tiempo que le decía á Adela :

— Perdone V., señorita, pero veo aquí tantas cosas que me llaman la atención, que, si V. no lo tomara á mal, satisfaría el deseo de mirarlas de cerca.

Adela se limitó á contestar con un inclinación de cabeza y una sonrisa que quería decir: todo está á su disposición. Y como si no esperase otra cosa, empezó la niña á recorrer todos los ámbitos de la habitación.

Deteniase ante un cuadro, lo miraba largo rato y daba luego su parecer, como persona inteligente acostumbrada á emitir esos juicios. Levantaba de su sitio una de las tantas chucherías que conservaba Adela, — una fi-

gurita de porcelana, un pequeño bronce, — lo tomaba delicadamente, comprimiéndolo con las yemas sonrosadas de sus dedos, poníalo frente á la luz, lo daba vuelta y, haciendo una mueca graciosa, se dirigía á Adela con cierto candor para decirle :

— Este *bibelot* es precioso. Dejaba el *bibelot* y se apoderaba de la *baigneuse*. ¡ Ah ! qué graciosa, qué graciosa ; si está hablando en esta actitud tan natural. Contemplaba todo y volvía á colocar cada objeto en su sitio, acompañándolo de caricias, de miradas, de sonrisas, entreteniéndose en darle su posición primitiva, arqueando su cuerpo flexible hacia atrás para estudiar mejor el efecto. ¡ Muy lindas ! ¡ muy preciosas ! decía, mientras se colocaba apresuradamente los guantes. Luego, una pregunta sobre el valor, la procedencia de esos mismos objetos ; en seguida, otra sobre los azahares, sobre un pliegue del vestido, y así, con cierta mezcla

de aturdimiento y de desenfado, con un poco de superioridad y de engreimiento, del que difícilmente se despojan aquellos que tratan con personas que consideran inferiores en la gerarquía social, la niña lo vió todo, moviéndose con ruido de un lado para otro, imponiéndose de los detalles con la curiosidad de un niño que va al teatro por primera vez. Después de la revista de la habitación, se apoderó de Adela, á la cual empezó á asaltar con preguntas sobre su condición, sobre su pasado, sobre su manera de vivir, experimentando sorpresa, compasión y un vivo deseo de averiguar cada vez más, de saberlo todo, como una amiga íntima que vuelve de un viaje de muchos años.

Adela contestaba las preguntas con reserva, con evasivas, sintiéndose por momentos casi molestada por la visita, y, como para distraerla un tanto de su interés por ella, se permitió á su vez una pregunta :

— ¿ Se casa V. pronto, señorita?

— Si, mañana, contestó ella casi maquinalmente, y luego agregó : ¿ V. toca el piano, no?... ¡ Ah! tiene V. un piano muy rico... ¿ Quiere V. permitirme?... Y sin esperar el permiso sentóse en el taburete, levantó con estrépito la cubierta y pasó rápidamente por el teclado sus dedos de muñeca, comprimidos y embotados por el guante. ¡ Muy lindas voces, muy lindas! Rápida y nerviosa se arrancó los guantes y empezó á tocar un trozo de Lucía. ¡ Divino! pero es menester afinarlo, exclamó, dando el último golpe con las yemas de los dedos sobre las teclas, que se hundían como si por encima de ellas se escaparan las notas gemidoras.

Adela experimentaba una serie de impresiones, que no alcanzaba á definir : sentía descos de llorar, de reir, de abrazar á esa criatura alegre, ingenua, que habia entrado á su casa como un pájaro alborotado, huido

de la jaula, que no encuentra sitio donde posarse; que había olvidado su vestido para ocuparse del piano, que hablaba de su casamiento casi con indiferencia, como si fuera el acto más vulgar de su vida, y la comparaba con ella, envidiando su despreocupación y la manera tan extraña de sentir esas impresiones que para ella lo había constituido todo.

—¿V. no toca el piano ahora, señorita? volvió á preguntarle, haciendo girar el taburete para colocarse frente á frente de Adela. V. debe tocar muy bien, agregó, á juzgar por las piezas que veo acumuladas, y, sin dar tiempo á que Adela le contestara, giró nuevamente el cuerpo sobre el asiento y empezó á hojear los papeles de música, deteniéndose en la lectura de unos y arrojando otros con desdén... *Barbero de Sevilla*... no me gusta... *Carmen*... *Aida*... Recorria rápidamente esta última partitura, tarareando

algunos trozos, mientras llevaba el compás con su pie diminuto é imprimía á su cabeza movimientos rítmicos, interrumpidos con flexiones rápidas hacia adelante y gritos de impaciencia cuando equivocaba una nota.

— ¡*Hugonotes!* — exclamó de pronto, hojeando otra pila de papeles — ¡sublime! ¿Y esto? ¿y esto?... dijo mientras levantaba en alto un hallazgo inesperado — un papel de música manuscrita... ¿Es música de V.?... Si, es de V., exclamó mientras leía con atención y sorpresa. *Adela*, dice la picza; ¡ah! y con letra; y sin esperar á que Adela confirmase la sospecha, extendió el papel sobre el pequeño atril y con la facilidad de ejecución con que lo haría un maestro hizo vibrar las bellas notas de la partitura que efectivamente habia escrito Adela sobre el motivo de una composición poética que le habia dedicado Emilio.

— ¡ Muy lindo !... ¡ lleno de gusto ! exclamaba á cada instante, mientras imprimia á su cuerpo movimientos suaves como una ondulación y apoyaba con fuerza su pie contra el pedal... ¡ Ah ! y los versos me vienen como de perlas... qué composición tan sentida.. ¿ quién es el autor ? preguntó, haciendo en los bajos una octava que vibró con un sonido ronco.

¡ Ah ! pero V. está llorando... dijo al ver que dos lágrimas corrían por las mejillas de Adela, que estaba de pie, apoyada sobre el respaldo de una silla. ¿ Yo la he hecho llorar ? repitió la niña contrariada. ¿ Tal vez esa composición le trae á V. recuerdos penosos ?... Perdóneme, he sido imprudente, pero mi carácter es así... Mamá siempre me lo reprocha y me dice que soy una niña aturdida.

— No, no es nada, se apresuró á contestar Adela, secando rápidamente las lágrimas y

haciendo esfuerzo para sonreír; es que Vd. toca con mucho sentimiento... y me ha impresionado... ¡Ha pasado tanto tiempo sin que se hiciera música en esta casa!

— ¡Ah! es muy linda esa pieza... muy sentimental... ¿quiere V. tener la bondad de prestarmela para un día?... voy á sacar una copia... qué gracioso, agregó, esta noche se la toco á mi novio... es una improvisación, ¿no le parece?... y él que es medio poeta.

— ¿Es poeta su novio? preguntó tímidamente Adela, pronunciando la última palabra con cierto temblor nervioso.

— Sí, poeta y médico, contestó la niña... ¡Ah! no me agrada que sea médico... la esposa de un médico debe ser una mártir...

Cuando Adela supo que el novio de la niña era médico, el corazón le dió un salto; sintió que su semblante se enfriaba, como si le faltara la sangre, y comprendió que debía

haberse puesta muy pálida, pues la niña la miró con extrañeza, diciéndole :

— ¿Qué le pasa á V. ?... Está V. tan pálida...

— Nada, señorita... No se alarme V. ; es un vahido, dijo llevándose la mano á la frente... Es mi enfermedad habitual... Pero se disipa pronto y, como para confirmar cuanto acababa de decir, sonrió con dulzura y se dirigió al piano para arrollar la pieza de música que tanto había interesado á la novia.

— Pero V. debe conocerlo al Dr. Emilio...

La niña no pudo proseguir, quedó como si la lengua se le hubiese pegado al paladar, con la boca entreabierta y una expresión de azoramiento y de temor en la mirada, al oír el grito penetrante y extraño que había lanzado Adela.

Tuvo miedo y se arrepintió de haberse

detenido tanto en la habitación de esa persona, que le era completamente desconocida.

Mamá tiene razón, pensó ; soy una aturrida. Es que allí era todo tan raro, tan original, empezando por la dueña de casa, con su porte de señorita distinguida, que sin quererlo se había dejado llevar por sus impresiones y por la espontaneidad de su carácter franco y bullicioso.

Esta infeliz debe estar muy enferma, se dijo, mientras permanecía en su sitio como una estática, sin atreverse á avanzar ni á despedirse... Su primera impresión fué la de huir, pero le parecía una conducta mala retirarse así, sin consideración alguna por Adela, quien, después de lanzar un ¡ay! tan intenso, tan profundamente conmovedor, se había inclinado sobre el piano, cubriéndose la cara con las palmas extendidas.

— Señorita, se atrevió á decir después de

un instante, V. sufre mucho; ¿qué le ha pasado? ¿está V. enferma? ¿quiere que le pida á Emilio que la vea? agregó ingenuamente.

— No, no, exclamó Adela con exaltación creciente; no, no, por Dios... y se dirigió hacia ella con los ojos inundados de lágrimas; le tomó las manos y se las comprimió con contracciones nerviosas; no, gracias; es V. muy buena... discúlpeme, le he hecho pasar un momento desagradable... perdóneme.

— ¡Pobrecita! exclamó sobresaltada y enternecida la niña; yo no sé por qué sin haberla conocido á V. antes me ha interesado V. tanto, agregaba correspondiendo á las manifestaciones afectuosas de Adela. ¡Ah! V. debe sufrir mucho... el dolor es para mi un espectáculo siempre nuevo y más en una niña de la edad de V... ¡he sido yo tan feliz siempre!... ¡oh! si yo pudiese ayudarla... si

V. quisiera... tengo yo tantas amigas que podrian interesarse por V...

Adela se sintió como humillada ante el generoso ofrecimiento de la niña, pero dábase cuenta de la ingenuidad con que hablaba y del propósito sincero que la movia; tomóle de nuevo una mano y, fijó en sus ojos una mirada impregnada de reconocimiento, á tiempo que le decia: gracias, gracias, es V. muy buena, V. no me conoce... tiene V. un corazón muy sensible... ¡gracias, señorita! no hablemos más de eso, yo soy muy impresionable... estoy enferma, pero mis males no tienen remedio, agregó Adela con desaliento.

— Bueno, yo quiero que V. esté alegre; esos males, no sientan bien á nuestra edad... mire exclamó de pronto, se me ocurre un proyecto... mañana á la noche me caso, en la iglesia... yo quiero casarme en la iglesia, en el altar mayor, todo iluminado, adorna-

do con flores, con música... ¡ah! es tan linda la música del órgano; qué preciosos son esos sonidos roncós que resuenan en la bóveda ¿no la emocionan á V?... yo no me consideraría casada dijo después de una ligera pausa, si no lo hiciera con todas las ceremonias religiosas, porque eso del registro civil, agregó con una mueca desdeñosa, yo no lo entiendo; eso está bueno para los hombres. Si mi novio no consintiese en acompañarme á la iglesia, yo rompería el compromiso.

¡Ah! si supiera V. cómo me he reído cuando fuimos á la oficina del registro civil; viera la cara que puse cuando el empleado nos tomó los dichos; si eso no es una ceremonia; es como vender una casa ó comprar un negocio; y cuando yo le dije esto á Emilio, se puso serio y me contestó que yo estaba sugestionada por el cura y qué se yo que tantas cosas... ¡Ah! y que desde este mo-

mento yo era su mujer, que tendría que obedecerle, en fin, como si realmente él fuera ya mi marido.

¿Sabe V. lo que hice?— agregó, sin reparar en el aspecto de Adela, que había tomado un aire sombrío y á quien le temblaban los músculos de la cara en una convulsión rápida y apenas perceptible — me saqué el anillo y con tono formal se lo presenté, diciéndole al mismo tiempo : señor doctor hasta que este anillo no esté bendecido, puede V. hacer de cuenta que no me conoce.

¡Ah! qué miradas me dirigió, exclamó riéndose. Bueno y ahora vamos á mi proyecto, agregó, plantándose delante de Adela con los brazos levantados á la altura del seno y las manos entrelazadas ; yo quiero que V. asista á la ceremonia de la iglesia, quiero que V. me vea lucir el traje de novia, ya verá cómo la voy á hacer quedar bien y

cómo la van á felicitar mis amigas... ¿irá V?... ¿me lo promete?... exclamó, mirándola fijamente, como esperando una respuesta.

— ¡Yo! contestó Adela con una expresión de terror y de angustia que infundió miedo á la niña... No, no es posible... no es posible murmuró después, con un tono de voz que parecía un gemido.

Pero qué criatura tan original, pensó la niña... debe estar muy enferma... desde que he venido á esta casa lo estoy notando... ¡qué ojos! ¡qué miradas! ¡qué color de semblante! y ¡cómo se ha desfigurado!... ¡Ah! pues aunque ella no quiera, le voy á rogar á Emilio que mañana la vea, que la asista... ¡pobrecita! es una lástima que esta infeliz vaya á morir por falta de cuidados. Y, oprimida por la impresión penosa que le había causado Adela, resolvió retirarse. Al hacerlo, pidióle disculpa por haber absorbi-

do su tiempo y, con el propósito de alhagar su vanidad, volvió á examinar el lujoso vestido, ahora con más detenimiento, prodigándole un mundo de elogios y haciéndose el propósito de recompensar generosamente su tarea.

Al subir al carruaje, recordó que había olvidado sobre el piano la composición que tanto le interesara; reflexionó un momento, indecisa, deteniendo la portezuela... ¡No! se dijo después, obedeciendo á una resolución súbita, y la cerró violentamente.

Cuando arrancaron los caballos, hizo á á Adela, que la había acompañado hasta la puerta, una inclinación de cabeza, seguida de una sonrisa afectuosa, y se retiró bruscamente al fondo del coche. Es que el semblante de Adela, visto así de frente, en plena luz, la había conmovido.

Parece una muerta, exclamó; ¡pobrecita!

XV

Adela había quedado en el zaguán, sin atreverse á dar un paso; tenía ruidos en los oídos, como golpes de platillo, que corrían con vibraciones penosas hasta su cerebro.

Estaba aturdida, mareada, sentía hundimiento de abismo y le pareció que las paredes del estrecho recinto avanzaban hasta encontrarse para comprimirla y aplastarla. Aquello era horrible; miró hacia la calle, con intención de huir, y la calle estaba oscura, como si empezara á anochecer; la casa de enfrente había desaparecido, la buscó con una mirada ávida de luz y de horizontes y nada pudo distinguir; estiró entonces sus brazos, inquieta

y trémula, pero sus manos se encontraron con el vacío, su cerebro estaba gestionado, dolorido, sentía como una expansión dentro del cráneo y golpes de martillo en las sienas.

Pálida, estremecida por sacudidas nerviosas que la hacían contraer involuntariamente los músculos de la cara, dejando sus labios entreabiertos, secos por ráfagas de vapor caliente que le subían desde el pecho; sin fuerzas ya para sostenerse, buscó un punto de apoyo, dejándose caer como un cuerpo inerte contra la pared. Chocó su cabeza, produciendo un ruido seco de cántaro que se rompe, y ya iba á rodar por tierra cuando estiró sus brazos en cruz y, clavando las uñas con desesperación pudo sostenerse con balanceos y oscilaciones de ebrio. Con la violencia del golpe saltaron costras de reboque que se desmenuzaron sobre su cabeza.

Sosteniase en esta actitud violenta cuando sus ojos empezaron á percibir la luz, una luz

de crepúsculo, triste, casi sin matices; escurrióse entonces poco á poco, tanteando como un ciego y rasguñando siempre la pared, en la desesperación de no encontrar un punto más accesible de donde aferrarse. Así pudo llegar hasta la extremidad del zaguán. Allí tenia que descender el umbral de marmol y girar hacia la derecha para penetrar á su vivienda.

Ese pequeño trecho fué toda una escurción: vacilando, retrocediendo, avanzando de golpe con resoluciones y horripilamientos de paralítico que ha perdido su bastón, con las manos crispadas, los dedos doloridos y desgarrados en las yemas por el frote, por las asperezas, pudo llegar en un último esfuerzo hasta su habitación y sin orientarse, distinguiendo vagamente los muebles que habian cambiado de color y de posición, una silla que estaba á poca distancia de la puerta le pareció un hombrecito giboso, vuelto de espaldas, y su propia imagen, que se repro-

ducia en el espejo de un armario, tenía el tono y los contornos de las sombras que proyecta la linterna mágica. En medio de esta confusión, de este caos de impresiones, de ideas, de alucinaciones, creyó que se había enloquecido y quiso gritar, pero le faltó la voz. De pronto, sillas, armarios, espejos, perspectivas, contornos, colores, todo había desaparecido; la noche era oscura, densa, siniestra, con firmamento de estrellas grandes, movedizas, de mil colores; sintió una sensación de bienestar, de aniquilamiento, como si la hubiesen cortado una vena y fuese perdiendo poco á poco la sangre, y por último, la inconsciencia, el tumbo de un cuerpo que cae y el silencio interrumpido por la respiración estertorosa de un agonizante.

.

Cuando volvió en sí, lo primero que se presentó ante sus miradas fué el traje de la novia. blanco. reluciente. extendido sobre

su cama como si estuviese en actitud de esperar á su dueña para salir á la calle, envolviéndose á su cuerpo con pliegues suaves, y acompañándola en su alegría con el rumor de sus crujidos. Sobre la delantera de la falda estaban amontonados los azahares, cual si animados de vida se hubiesen entrelazado, agrupándose temblando con los estremecimientos de los nidos cuando pasa una ave de rapiña.

Adela habia caido en el vértigo casi enfrente de la cama; cuando quiso levantarse le pareció que su cuerpo habia adquirido un peso enorme; hizo un esfuerzo y apenas pudo incorporarse, apoyándose sobre el codo derecho. Sintió entonces un quebrantamiento tan intenso, un deseo tan imperioso de descanso, que, si no la hubiese atormentado un fuerte dolor que experimentaba en el cráneo, en el punto que habia chocado contra la pared, se hubiera dejado caer nuevamente sobre el pavimento.

En esa actitud, deslizó su mano hacia el punto doloroso y, al comprimir suavemente su cabello, sintió que estaba mojado; retiró la mano con viveza y, al mirar la palma, vió que estaba manchada con sangre; se estremeció, y el recuerdo de aquella herida que se hiciera en el dedo, cuando daba la libertad y la vida al vástago prisionero de su planta de jazmín, vino á su memoria como la fecha del primer dolor. ¡Ah! también era aquella una mancha de sangre, exclamó; pero entonces era un punto, una gota rutilante, como un rubi salido del engarce. Ahora, dijo pensativa... y volvió á mirar la palma y sus ojos... distinguieron una mariposa de fuego, que ponía en relieve sus alas abiertas y simétricas. ¡Ah! agregó, suspirando, antes eras dorada! Cuántas he visto pasar ante mis ojos persiguiendo enloquecidas las ilusiones que me había forjado.

XVI

Sentada en un sillón, entregada á sus pensamientos íntimos, veía correr las horas con el abandono y el estupor de un convalesciente que deja por primera vez el lecho, después de una larga enfermedad.

¡ Cuánto daño me ha hecho sufrir esa criatura, que ha penetrado á esta vivienda como por asalto, trayendo á mi memoria lo que yo deseaba olvidar ! Y al decir esto recordaba su sorpresa, su curiosidad, su aturdimiento y el interés que se había tomado por ella.

Jamás sospecharía que cada palabra, cada reminiscencia, cada gesto, cada vibración que

arrancaba del piano cuando ejecutaba su composición, eran otras tantas heridas que abría en su carne fatigada y doliente, otros tantos gemidos que debía comprimir dentro del pecho, por temor de descubrirse ante esa niña, que había caído allí á batir sus alas de felicidad.

Después de esa entrevista todo había cambiado para Adela; su existencia era un esfuerzo, un sacrificio superior á su aliento, á su resignación, á su conformidad. ¿Para qué quería vivir? El destino la había despojado de todo; cada día le reclamaba algo: hoy una afección, mañana un sentimiento, después un recuerdo, ¡se le presentaba á cada instante como un acreedor implacable, exhibiéndole las cuentas de su pasado y con exigencias de usurero, sin lástima, sin piedad, sin espera, pedia y pedia siempre; primero: sus días felices, sus mañanas de enamorada, el sueño de sus noches apacibles

todo se lo habia llevado sin conmovirse por sus lágrimas, sin escuchar sus súplicas, y cuando ella creía encontrar una tregua, un momento de calma, volvía á presentarse, más exigente, más cruel, para escudriñar todo y llevarse los últimos despojos que habia ocultado recelosa dentro de su alma para salvarlos de su voracidad. Pero él habia penetrado hasta allí, olfateando la presa, guiado por la codicia ; habia descubierto el último aborro y de un golpe, en un desgarramiento brusco, habia metido la mano para arrancarle ese girón de felicidad que era su propia vida.

El traje de novia estaba siempre allí como un centinela de vista, que no la abandonaría hasta el día siguiente : la espiaba, la seguía, se enredaba á sus ropas, la tironeaba, se habia apoderado de su vivienda, la llenaba con su larga cola, la agitaba con el crujido de sus pliegues, ocupaba su imaginación, se

pintaba en su retina ; cerraba los ojos y lo veía amplio, extendido, como una sábana reluciente que la invitaba á envolverse en ella para sentir el frote de su superficie suave, acariciadora. Había inundado de luz todo aquel recinto, una luz blanca, como un reflejo de nieve, que se dilataba, se difundía se levantaba como una onda, cubría los muebles y la envolvía á ella misma, que se destacaba con más vigor, con su traje negro, del fondo de aquel cuadro.

Se detenía á mirarlo, fascinada por esta ilusión, ella, que lo había confeccionado con tanto gusto, y se le figuraba que en esa tela tan fina, tan brillante, sobre la que había pasado la yema de sus dedos como por la mejilla de un niño, había también impreso sus dudas, sus anhelos, ocultándolos en sus pliegues, en las blondas, en los grupos de azahares, — como una esperanza, como un presentimiento de enamorada, de la misma

manera que había guardado en las hojas de su devocionario, los pétalos marchitos de aquel jazmín que le llevara Emilio.

Había acariciado los azahares, les había hablado, les había hecho promesas, encargos íntimos, confidencias candorosas; les había contado la historia de sus amores y hasta los secretos de su alma los había revelado delante de ellos, mientras los unía, los enderezaba, formaba grupos, de entre los cuales había separado uno, para esconderlo dentro del seno, como signo de buen augurio, al lado de la medallita de su virgen protectora.

Ese vestido era también algo suyo, algo que había visto en sus ensueños de niña apasionada; así, lo había trabajado con el gusto exquisito con que el artista prepara el lienzo, empasta los colores, esboza los contornos y se muestra satisfecho, cuando surge del fondo azul de un cielo purísimo, una nube blan-

ca, que parece desprenderse del lienzo, para cruzar con rapidez el espacio.

Y llegó un momento en que el vestido se impuso á sus miradas, como una seducción, como algo que tuviese vida, que la atrajera, que le hablase el lenguaje de los crujidos, de sus pliegues y, en la exaltación de sus recuerdos, de sus ensueños, de su apasionamiento, experimentó un deseo irresistible de poseerlo, de apropiárselo, de ceñirlo á su cuerpo! Lo miraba y sentía estremecimientos y espasmos que la impulsaban á arrojar-se sobre él, como si tuviese el temor de que huyese, de que se lo llevaran, de que lo robasen. Estaba en un estado de ansiedad y de agitación que no podía dominar. Dentro del seno, se movía, la rasguñaba con sus hojitas de verde claro, el azahar que había escondido; en cada movimiento de su respiración acelerada, sentía un frote como una caricia y estremecimientos de larva que busca la luz.

— ¡ Es mio ! exclamó de pronto con acento vibrante. ¡ Es mío ! Y dirigiéndose al sitio en que estaba extendido, lo estrujó con mano nerviosa, se abrazó de él, comprimiéndolo contra el pecho y arrastrando su larga cola, hasta que cayó en un sillón con el traje envuelto á su cuerpo.

En ese momento cruzó ante sus ojos la visión de Emilio, dando el brazo á su prometida ; salian de la iglesia : él, erguido, satisfecho, elegante, casi altanero, cómo un conquistador que lleva sus trofeos para exhibirlos ante la muchedumbre asombrada ; ella, hermosa, radiante de felicidad, con miradas que acarician y sonrisas que empujan un beso al borde de los labios, como la espuma que desborda de la copa. Luego, lo mejor de la sociedad, lo más selecto, formando un grupo compacto, de entre el cual se destacan señoras y niñas lujosamente vestidas, adornadas con piedras preciosas, luciendo

sus gargantas redondeadas, sus brazos desnudos, exhibiendo algunas el seno levantado, fresco, con una ondulación suave, como un vaiven de agua mansa. Una serie de caras lindas, risueñas, mostrando sus dientes blanquísimos, hablando de la novia, de Emilio, de la feliz pareja; un murmullo suave de voces, de risas comprimidas; un roce de sedas, de rasos, de tules; después, la confusión, el apresuramiento, los saludos cariñosos, las despedidas con los ojos, con el abanico; las puertas de la iglesia, abiertas de par en par para dar salida á esta concurrencia distinguida, que parece llevar prendido de sus ropas perfumadas el ambiente impregnado de incienso, que se levantó en el altar mayor como una nube tenue, al través de la cual se divisan infinidad de lucecitas brillantes, en forma de estrellas, y los santos, que parecen ascender en la nube para despedirse ellos también de los novios.

Ya están lejos, con las manos entrelazadas, acurrucados en el fondo de un carruaje que corre como huyendo, para detenerse de pronto ante la vivienda suntuosa, donde esperan á la pareja feliz las flores, las caricias, las felicitaciones, los abrazos, los mil obsequios, los cumplimientos lisongeros y los acordes de una música que parece burlarse de los acordes rancos del órgano, con carcajadas de notas, que vibran como si saltaran alegres por encima de aquellas cabezas, cubiertas de flores, de piedras preciosas, de hebras doradas, salpicando de alegría, de animación, de bullicio, aquella fiesta; haciendo ellas mismas dansas caprichosas con los rayos de luz, sobre las guirnaldas de flores, animando sus matices, esparciendo sus perfumes, ahuyentando el crepúsculo y el eco de las pisadas de los desposados, que se buscan, se atraen, se toman de las manos y huyen seguidos por las notas que los acom-

pañan, los despiden y les envían la última vibración de sus ecos para escoltarlos.

Adela asistía á la fiesta desde su pobre vivienda, replegada sobre sí misma, extenuada por el cansancio, por las impresiones que la abstraían en un mundo nuevo, sin ilusiones, sin luz, sin horizontes; no tenía ahora ni el consuelo del llanto; en sus lindos ojos, hundidos en las órbitas, como en un nicho, no brillaban ya las lágrimas.

Continuaba abrazada del vestido con una idea fija que la atormentaba, la perseguía; una idea que se había levantado de pronto, como la ampolla de una quemadura, que despotizaba su cerebro, lo invadía todo, se introducía en sus sinuosidades, en sus pliegues, en sus cavidades, para impedir que otras pudieran ahuyentarla. Adela hacía esfuerzos para sustraerse á esta persecución, á la tenacidad con que se había apoderado de su pensamiento, esto, que no se atrevía ni á

pronunciar por temor de que la impulsara realizarlo.

Alejábase por un momento y se sentía como aliviada de un gran peso, pero la tregua era pasajera y de nuevo la idea fija, despojada ahora de sus colores sombríos, la atraía como una tentación.

Estaba próxima al abismo: oía el rumor de sus ecos misteriosos, la caída de las aguas, el estrépito de sus derrumbes; comprendía que allí estaba el peligro, pero la curiosidad, el deseo de contemplarlo, la atraía. Luchaba, retrocedía, cerraba los ojos para no ver aquellas fauces de antro; no quería escuchar aquellos rumores, pero su voluntad no gobernaba ya en su cerebro, en el que despotisaban sus sentimientos y sus impresiones. Sorprendióla la noche en esta actitud y, á medida que avanzaban las sombras, penetrando á su vivienda como con cautela, ella se sentía mejor. Había levantado su ca-

beza recostándola contra el respaldo del sillón ; sus ojos estaban fijos en un punto luminoso, que oscilaba como un fuego fatuo en un ángulo del cielo raso ; lo veía moverse, agrandarse, hacerse por momentos más brillante y desaparecer de pronto, para reaparecer en seguida, como una faja luminosa que se perdía á su vez, absorbida por las sombras. Viene de la calle, dijo, y recordó con ese motivo que una noche, en su salita azul, sentada en la ventana, al lado de Emillo, haciendo mover las varillas de la persiana, entrenidos con las sombras caprichosas que penetran por las rendijas, él la acariciaba una mano, ella había desprendido de su seno un espléndido jazmín, húmedo aun por los besos que le había prodigado, y fingía rehusarse á entregárselo, para avivar en él el deseo de poseerlo y obtener como recompensa, la promesa de que al día siguiente iría más temprano.

Todo lo había olvidado, todo, agregó haciendo una inspiración prolongada, y cerró lentamente los párpados, cual si quisiera, de este modo, alejar sus recuerdos. ¡ Eran tantos los que rebosaban en su alma !

Durmióse al fin, rendida, enferma, asustada de sus propios pensamientos.

Había reclinado su cabeza sobre el hombro derecho, presentando la mitad de la fisonomía levemente iluminada por los reflejos tenues que entraban de la calle. Esa media cara, inmóvil, sin expresión, sin vida, destacábase de las sombras con bordes caprichosos, como un fragmento de modelo arrojado al azar por el artista. De pronto sus labios se abrían en una contracción que hacía levantar su mejilla, arrojando sombras alrededor de los párpados, y no se veía de ellos sino la mitad, dos pedazos de labio, hinchados, enfermos, que dejaban escapar palabras incoherentes, frases truncas, y que

no alcanzaban á dibujar una sonrisa. El nombre de Emilio se adivinaba en los golpecitos que daban el uno contra el otro, como si al pronunciarlo quisieran comprimirlo con un beso.

Pocas horas permaneció así; la agitación que la dominaba era cada vez más violenta.

— ¡Emilio! gritó de pronto, y se irguió rápidamente, pero sus ojos no pudieron distinguir sino un montón de sombras, que se levantaban á su alrededor como fantasmas; hundió en ellas sus miradas de niño que despierta en medio de las tinieblas y se le figuró que se unían, se agrandaban, venían hasta ella en medio del silencio de la noche, tomando formas humanas; experimentó entonces una impresión de terror que la obligó á huir, pero al dar los primeros pasos se sintió detener de golpe por el vestido de la novia, que se había envuelto á su cuerpo;

en el colmo de la desesperación, perseguida aún por las imágenes de sus sueños, con las manos crispadas y una angustia mortal dentro del pecho, hizo un supremo esfuerzo, quiso librarse de aquel vestido, que la rodeaba, la oprimía, y lo tironeó, lo estrujó, intentó desgarrarlo, pero sus dedos se doblaban, tenía calambres y espasmos que le quitaban las fuerzas, y el vestido se envolvía cada vez más, en cada uno de sus esfuerzos, arrollándose como si tuviese también la desesperación del abandono.

— ¡Dios mío ! ¡Dios mío ! exclamó Adela, dejándose caer sobre el sillón, en medio de una explosión de llanto ; ya no puedo sufrir más, he hecho cuanto he podido para soportar resignada este suplicio, pero ahora es superior á mis fuerzas, á mi resignación.

Y aquella idea fija, que habia pasado por su cerebro como una visión siniestra, volvía ahora á presentarse como la única solución

à su dolor, como un bien que se aparecía rodeado de atractivos, de misterio y de olvido.

¡ Ah! Emilio, exclamó después de un momento de calma, he guardado tu cariño, como las flores que he regado con mis lágrimas; te he querido como si en mi cerebro se alojaran tus sentimientos y tus ideas y ellas me obligaran à sentir y à pensar por ti y en ti; estaba triste cuando tu lo estabas, sonreía cuando tus labios lo querían, tu felicidad, tu porvenir, tus triunfos, tus anhelos eran los míos, tu imagen se había grabado en el fondo de mi pupila para no apartarme de ti jamás, te veía à cada instante, hasta en mis sueños eras tu el que venía en punta de pie para mirarme dormida y, en el sueño también, te sonreía; te habías apoderado de mi existencia, era tuya mi alma, exclamó dando un grito de agonía; mi vida también es tuya, tú la has despojado de todo, es tuya,

repitió, es tuya, y, levantándose bruscamente, corrió hacia la puerta, arrastrando ahora el traje de novia que parecía una faja luminosa proyectada por su cuerpo en medio de aquellas sombras.

Su planta de jazmin se destacaba de entre el grupo de macetas como un complot de hojas que esperasen su salida para atraerla con sus recuerdos.

Miróla un instante, moviendo levemente su cabeza, levantó después sus ojos al cielo y vió cuatro estrellas que parecían esperarla; eran las nuestras, dijo con tristeza y, reclinando su cabeza dolorida contra el quicio de la puerta, trajo á la memoria el recuerdo de aquellas noches en que las contemplaba desde el patio de la casita. Emilio se las habia señalado, apuntando al cielo con el índice extendido mientras le decía: todas las noches te enviaré un saludo desde mi cuarto mirando á esas estrellas... ¿y tú?...

Adela las veía ahora más rutilantes y parecía que le enviaran una queja por haberlas olvidado.

Largo rato permaneció así, encontraba alivio aspirando el aire frío de la noche y bañando su frente con el rocío, en tanto que sus labios murmuraban algo como una plegaria, en la que iban envueltos los nombres de Emilio y de su pobre viejita.

.

Pocos momentos después estaba de pie junto á su mesa de labor. La lámpara que ardía en el centro proyectaba un círculo de luz. Adela había extendido su mano derecha, tocando casi con el dorso el borde de la pantalla,—una mano pequeña, blanca, de dedos afilados; en el anular conservaba un anillo de compromiso, un arquito de oro, que apenas comprimía su dedo enflaquecido.

Adela lo hizo girar repetidas veces, lo deslizó hasta la yema, se detuvo, volvió á impri-

mirle movimientos al rededor del dedo y por último lo sacó. Comprimido ahora entre el índice y el pulgar izquierdo, lo acercó despues á la lámpara y estuvo como absorbida, contemplando un punto brillante que enviaba irradiaciones desde el centro de la curva; volvió á colocarlo en el dedo y, acercando el dorso de la mano á sus labios, le imprimió un beso prolongado, despues otro, y otro, y, contemplándolo de nuevo con la mano más aproximada al foco de luz, lo sacó lentamente del dedo otra vez, tomó uno de los azahares y, estirando con precaución el hilo metálico finísimo que estaba arrollado en espiral sobre el pequeño tallo, lo envolvió al rededor del anillo, uniendo así los simbolos de su felicidad perdida.

No debo conservarlo, dijo lentamente y en tanto que lo depositaba delante de la imagen de aquella virgencita risueña que no había escuchado sus plegarias.

Recogió despues uno á uno los azahares que estaban diseminados por el suelo, los colocó sobre el mármol de su tocador, quitó á la lámpara la pantalla de papel rosado que amortiguaba la luz y, colocándola sobre el lado opuesto del mueble, sentóse enfrente del espejo, con su semblante iluminado por el foco de luz que se irradiaba con intensidad.

Al verse reproducia en el espejo, se impresionó. ¡Ah! he envejecido en un dia; exclamó, distinguiendo con dolorosa sorpresa una infinidad de puntos blancos que estaban como adheridos á sus cabellos: era la cal que se había desmenuzado sobre su cabeza cuando chocó contra la pared del zaguán.

—¡Pobre mamita! si me vieras asi, cuántas lágrimas habrias derramado en silencio, fingiendo rezar, como tú decias para engañarme.

Al evocar este recuerdo, sintió ella misma que sus ojos se cubrían de golpe con un velo que nublaba su vista y que, al fijarla en los objetos, tenían irradiaciones extrañas, como si los rayos desprendidos del foco de luz se hubiesen detenido sobre ellos para quebrarse en mil colores.

Restregóse los ojos con ambas manos, pasando después la derecha sobre su frente, para apartar las hebras de cabello que caían en desorden; en seguida, empezó á tejer con los azahares una corona de novia.

Desempeñaba esta tarea con tanta calma, con tanta atención; disponía las hojas y las flores con tal coquetería, que, al verla así, cualquiera se hubiese imaginado que era realmente una novia, que preparaba su corona, para colocarla sobre su frente, con los primeros rayos del alba.

Cuando hubo anudado el último azahar, tomó la corona y la colocó sobre su cabeza;

al sentir el roce de las flores contra sus cabellos, se estremeció, miróse en el espejo y pudo ver que su semblante demacrado tenía la palidez de un muerto. Retiróse la corona de su cabeza y se levantó, tranquila, resuelta, como en los tiempos en que habitaba su casita; acercóse á su cama, dejó por un momento la corona y, alisando después, con las palmas extendidas, la tela de la almohada, la colocó sobre ella con la precaucion y la delicadeza con que se deja reposar la cabecita de un niño dormido.

Detúvose un instante pensativa, miró despues un pequeño reloj, que llevaba en el seno, sujeto por un cordoncillo negro. Eran las tres y un cuarto; un silencio de casa abandonada reinaba en todas partes; penetraba, por una rendija de la ventana que daba á la calle, una ráfaga de viento frio, y detrás de ella, el eco confuso de los rumores lejanos, esos rumores de la noche, que se

interrumpen de pronto por el estrépito de una puerta que se cierra, por el ladrido de un perro, por un grito indefinible, la vibración de los vidrios por el paso de un carruaje, las pisadas que resuenan, un lamento anónimo y algo que cae y que no se adivina.

Adela se detuvo á escuchar, sobresaltada; había oído pronunciar su nombre por dos veces; la segunda como un eco que viniera desde muy lejos; volvió á escuchar con más atención, pero el eco no se repitió; abandonó entonces la vivienda y, deslizándose como una sombra, atravesó el patio, andando de puntillas, arrimada después contra la pared, estudiando las pisadas, deteniéndose al menor rumor, avanzando en seguida hasta un pequeño pasadizo. Llegó de esta manera á confundirse con las sombras, dejando tras de sí un rumor de suspiros y de roces, volviendo á aparecer al poco rato.

Arqueando su cuerpo hacia adelante, descansando de trecho en trecho, para tomar aliento, en tanto colocaba con precaución un brasero en el suelo, volviendo á empezar su marcha, casi arrastrándose, llegó á su habitación jadeante, extenuada, dirigiendo miradas recelosas hacia el patio, é hizo una inspiración profunda, mientras dejaba cerca de su tocador el brasero, dentro del cual habia apilado varios trozos de carbón.

Nadie se habia apercibido en la casa de la excursión de Adela; ella se habia alarmado, sin embargo, pues llegó claramente á su oido el llanto de un niño, esperó un instante; el llanto continuaba con más violencia, asomóse entonces y vió que se destacaba de entre la obscuridad una arista de luz que correspondia á la ventana que daba frente á su habitación; poco á poco, el llanto se fué calmando, percibiendo ella el rumor del vaivén de la cuna que lo columpiaba. Este llan-

to y el recuerdo del niño, á quien tantas veces había acariciado, mientras él se entretenía en tirarle del cabello que caía sobre su frente, la enternecieron; esperó un instante más, con una mezcla de ansiedad y de temor, y poco después el ruido de la cuna y el llanto habían cesado por completo y, con ellos, desapareció la arista de luz, que se desvaneció rápidamente, volvió á aparecer más intensa y se extinguió por último, para dejar de nuevo la casa envuelta en el silencio y en las sombras.

XVII

Ardía el carbón con crepitaciones que hacían saltar chispas incandescentes fuera del brasero. Adela lo había trasladado cerca de su cama y contemplaba de pie, con los brazos caídos á lo largo del cuerpo, el espectáculo que había presenciado tantas veces y que jamás había llamado su atención. Miraba ahora aquellos carbones, que eran invadidos por el fuego, con la calma aparente y la despreocupación de un entretenimiento infantil. Veía avanzar, sobre la superficie negra, pequeñas llamas azuladas, que se encogían, se agrandaban, alargándose en punta,

se torcian en espiral, como viborillas escapadas de una cueva iluminada con resplandores rojizos, para huir del fuego que las perseguía. Trepaban por los pequeños terrones, se insinuaban en sus grietas, aparecían por una rajadura, culebreaban por entre las brasas y desaparecían como si se hubiesen refugiado en un antro. Detrás de estas, otras amarillentas, rojizas; luego, una crepitación, un estallido, una mole diminuta, que se desprendía desde el trozo más alto, se partía en dos, dejando ver una parte de su superficie invadida por el fuego; como una inflamación de un tejido humano, que avanza, lo hincha, le cambia el color y lo destruye. Al principio, aquella hoguera presentaba el aspecto de una gruta, con sus cristalizaciones rojizas, brillantes, las aristas de sus paredes calcinadas por las cuales corrían como fuegos fátuos exhalaciones de luz, amarillentas, verdosas, y espirales de humo negro, denso, que ascen-

dian, se escapaban por las quebraduras del techo y se difundían en el ambiente de la habitación.

Adela continuaba de pie, como inconciente, con los ojos fijos en aquella hornalla, que ella misma había encendido y que ahora se agrandaba, tomando las proporciones de un incendio, que la atraía y la fascinaba.

Aquel fuego, que transformaba los terrones negros en masas rojizas, relucientes, circundadas de una atmósfera diáfana, como un cristal; que ardía con explosiones de vida; que se retorció con choques y derumbes; que avanzaba, se unía con abrazos de llamas, respiraba con ruido de regocijo; que esparcía el olor de sus entrañas abiertas y arrojaba sus cenizas, formando pequeñas montañas, con sus pendientes, sus abismos, sus quebradas, sus cráteres; que inundaba de luz, de colores, de matices, de sombras caprichosas; que se reflejaba en sus muc-

bles, en sus ropas, en su carne, cual si quisiera transmitir á todo su propia vida de destrucción y de espasmos, — lo veía agrandarse, desbordar del brasero, correr como lava, llegar hasta ella, envolverlos en sus fulgores, en su cenizas suaves, tibias; respiraba sus emanaciones, que traicionan, adormecen y se llevan la vida en la inconciencia del vértigo.

Todo lo veía rojizo, como si el incendio se hubiese propagado á todas partes; la rodeaba la atraía, le cerraba el paso; quiso retroceder gritar, pedir auxilio y no pudo; su boca estaba seca, árida; su lengua se movía como si fuese de cuero carbonizada; le parecía que toda la ceniza del brasero penetraba en sus fauces; para obstruirlas, para asfixiarla; hizo entonces esfuerzos desesperados para correr, para huir, pero no pudo; en su cerebro había penetrado el calor que lo dilataba, lo hacía girar, le confundía las

ideas y le borraba los recuerdos; pudo llegar hasta una cómoda, tiró rápidamente del cajón, para buscar el retrato de su viejita; á la cual queria contemplar por última vez, pero en el cajón sintió también un calor quemante y sus ropas eran de llamas que se revolvian con contorsiones que la aterrizaron.

Respiraba aire caliente, humo, cenizas, exhalaciones acres que la irritaban, la enloquecian y multiplicaban las alucinaciones de delirio.

Tuvo que apoyarse con las dos manos en el respaldo del sillón; sobre él, estaba el vestido de novia; ella lo miró, abriendo enormemente sus ojos inyectados; ya no era el traje; allí estaba ahora la niña, la esposa de Emilio, sonriente, satisfecha, envuelta en los pliegues del raso, con las mejillas sonrosadas, una mirada voluptuosa, que se escapaba como una burla de sus ojos aterciope-

lados, y la frente, de la que habían desaparecido los azahares, para dejar una corona de besos, ardientes, apasionados; la vió así y se precipitó sobre la visión, con los brazos extendidos, las manos crispadas, gritando: ¡es mío!... ¡es mío!... y rasgando sus ropas, arrancándose los girones de su traje de merino, tironeando con frenesi, irritada por la resistencia, complaciéndose en el crujido de la tela, que caía en colgajos se despojó de sus ropas, desnudó sus hombros de niña, que colorcaron con pudores de cielo los resplandores del bracero; medio desnuda, desatinada, delirante, se arrojó sobre el traje de novia, gritando siempre, llorando ahora, con lágrimas que se secaban en los párpados, riendo después, con sonrisas que huían de sus labios, mientras sus manos crispadas, trémulas, tanteaban el raso, lo rasguñaban, arrancaban las blondas, desprendían las costuras, y así, con esfuerzo, con desgarramien-

tos de tela, como una persona que se viste huyendo, pudo Adela colocar sobre su cuerpo el traje que había arrebatado á su rival. ¡Vamos!... ¡vamos!... decía con voz enronquecida, y sus ojos miraban y no veían, y sus piernas empezaban á doblarse, y su cabeza le pesaba, como si fuera de plomo; sentía en sus sienes la impresión de dos manos vigorosas que la comprimían, un zumbido de colmena penetraba en sus oídos, aumentaba el vértigo y se sentía desfallecer en un adormecimiento que la arrastraba al vacío; su respiración se había hecho difícil, penosa; latía el corazón como enloquecido dentro del pecho; luego, con golpes más débiles, con contracciones de agonía, sintió que las fuerzas le faltaban, que desfallecía, que iba á caer, pero la alucinación la transportaba y pudo llegar hasta su cama; una vez allí, sus manos empezaron á buscar con desesperación, con movimientos desordenados, como

el ciego que quiere hallar la moneda perdida, y, cuando sus dedos tocaron la almohada, ¡aquí está!... ¡aquí está!... exclamó arrebatando la corona de azahares... Iba á colocarla sobre su cabeza cuando cayó de espaldas contra el pavimento, sin proferir una palabra, sin exhalar un quejido.

